

B

81358



BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLÚMEN XIII.

---

---

# DOS HERMANAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA,

~~~~~  
(Segunda edicion.)  
~~~~~

CADIZ 1884.

—  
TIPOGRAFIA LA MERCANTIL  
PLAZA GASPÁR DEL PINO.

*Patrocinio de  
Biedma y su familia*

8133

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

1884

LA DONA DEL MUNDO DE LOS DIAS

DOS HERMANAS

NOVELA ORIGINAL DE LA AUTORA

**ES PROPIEDAD DE LA AUTORA.**

LA DONA DEL MUNDO DE LOS DIAS

LA DONA DEL MUNDO DE LOS DIAS

CADIZ 1884

LA MENCANTIL

A LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE SAN MIGUEL  
DE LA VEGA.

Permíteme, Joaquina mía, que al frente de este libro escriba tu nombre tan querido para mí.

Cada vez que he terminado una obra he deseado ofrecértela, y al comprender su escaso mérito, y lo que tú, modelo de todas las virtudes, mereces, he desistido de ello.

No vale esta más, pero consigna en sus páginas un recuerdo que, para tí al ménos, le prestará valor, á la manera que lo presta un hermoso brillante á la pobre flor artificial en que está suspendido.

Que el nombre de nuestro ilustre abuelo D. Antonio de Qüadros, que perfuma y avalora las páginas de este libro, lo haga agradable á tus ojos, desea y espera tu hermana

*Patrocinio.*

A LA EXCMA. SR. MARQUESA DE SAN MIGUEL

DE LA VEGA

Excmo. Sr. Marqués, conplacido me he visto en el frente de este libro  
ver en nombre tan querido para mí

La vez que he tratado una obra de filosofía  
olvidada y al comprarla en escaso número y lo  
por el modelo de todas las virtudes, me he  
interesado de ella

Yo quisiera que para conseguir en sus páginas un  
recurso que para el mundo se prestara valor  
a materia que se presta en herencia brillante a la po-  
la del arte en que está suspenso

Por el nombre de nuestra ilustrada Sr. Antonia  
de Guzmán que he leído y avalora las páginas de  
esta obra, lo he regalado a los ojos de ella y espero  
que le sea útil

## CAPITULO PRIMERO.

### EL HERIDO.

Era el mes de Junio de 1808.

Zaragoza, la heroica ciudad que es el más hermoso blason de las glorias españolas, presentaba un aspecto á un tiempo sublime y terrible.

Las tropas francesas la rodeaban, y el orgullo de los soldados imperiales vencedores de Europa, no podia sufrir el que una ciudad abierta, sin medios de defensa, los rechazara.

Los soldados de Napoleon no sabian aún lo que son los libres leones españoles.

El dia 15 de Junio en que nuestra historia comienza, habia una gran agitacion en la ciudad.

El enemigo avanzaba atacando simultáneamente las puertas del Cármen, Santa Engracia y el Portillo.

Palafóx, el ilustre general á quien Za-

ragoza habia confiado su libertad, su independencia y su porvenir, recorria los puntos de defensa, tremolando la bandera de la Virgen del Pilar, y excitando á los zaragozanos, animados ya del valor de los héroes, á la defensa de sus hogares amenazados por el extranjero.

La ciudad en masa acudia á contemplar este magnífico espectáculo, y calurosos y entusiastas vivas resonaban constantemente saludando al invicto general, que en nombre del honor y del deber los incitaba á la lucha.

Las mujeres se mezclaban á los grupos que seguian á los batallones, y se ofrecian á prestar ayuda á los valientes.

Los balcones se coronaban tambien de lindas jóvenes que saludaban con entusiasmo á los bravos defensores.

A las nueve de la mañana de este dia, algunas guerrillas de las tropas imperiales habian roto el fuego contra los paisanos que ocupaban los sitios de defensa.

Al eco de la fusilería se unia de vez en cuando el ronco estampido del cañon, y el humo comenzaba á formar nubes blanquecinas en el espacio azul y trasparente.

En el interior de la ciudad oian con en-

tusiasmo estos ecos en tanto que se aprestaban á la defensa, y el acompañamiento de Palafóx se engrosaba más á cada paso.

El aspecto grave y sereno del general hacia presentir la victoria.

Al pasar la comitiva por la calle de Santa Engracia, cayeron de un balcon algunas flores que los oficiales que rodeaban al general se apresuraron á recojer.

Palafóx alzó la cabeza y saludó á las dos niñas que lo ocupaban, y al contestar á su saludo, exclamó una de ellas con entusiasmo:

—¡Gloria á los valientes!

El oficial que habia recogido algunas de las flores que les arrojaron y las habia prendido con suma gracia sobre su pecho, envió una ardiente mirada á las dos jóvenes y se alejó siguiendo al capitan general de Aragon.

—¡Dios mio! exclamó al verlos desaparecer la jóven que arrojó las flores; de buena gana me iria con ellos!

—¡Estás loca, Estrella! ¿Crees tú que una mujer debe gritar como tú gritas, ni seguir á las tropas?

—Pues no sería yo sola, porque todas las zaragozanas van.

—Todas no, van algunas.

—¿Y por qué no he de ir yo como ellas?

—Porque tú no puedes ir; ¿qué haría una niña entre el humo de la pólvora y las balas?

—Vaya, hermana, ¿te crees que yo no soy valiente?

—No dudo de tu valor, contestó sonriendo, y por eso debes acompañarme á mí que no tengo ninguno.

—Ya! Y porque tú seas delicada como una *sensitiva*, he de estar yo encerrada?

—Por eso.

—Pues me quejaré á Manuel.

—Mira, Estrella, hija mia, dijo la que hemos oido llamar *sensitiva*, dulcemente; Dios ha dado á cada sér sus deberes y sus glorias; los deberes de la mujer no están seguramente en las batallas, sus glorias son más modestas, no tienen otro campo que su hogar.

—Para las débiles como tú, puede ser.

—¿Tú eres fuerte?

—Ya lo ves.

—Bah! eso no es fortaleza; es un deseo que te abandonaría al ponerlo en práctica.

—Haz la prueba; déjame ir con la vieja Pilar al sitio del combate.

—No puede ser, Estrella; nuestra madre te confió á mi tutela, y yo debo velar por tí más que por mí.

Estrella hizo un gesto de mal humor, y ya iba á quitarse del balcon cuando oyeron un gran estrépito, y algunos hombres con los fusiles en la mano pasaron corriendo.

—¿Qué hay? preguntó Estrella al primero que miró hácia el balcon.

—Ha reventado un cañon en la puerta del Portillo, vamos por los heridos.

Estrella, sin pensar en lo que hacia se quitó del balcon y bajó rápidamente la escalera encontrándose en la calle.

—¡Dios mio! Señorita, qué desgracia, hoy no vamos á quedar uno á vida, exclamó una mujer del pueblo que habia á la puerta.

—Vente conmigo, Pilar, dijo Estrella á la vieja sirvienta.

—¿Pero á dónde?

—Mi hermano está en la puerta del Portillo y ha reventado un cañon, voy á ver si lo han herido.

—¿Y la señorita?

—Blanca nada sabe; vamos pronto.

Y arrastrando á la vieja criada dió algunos pasos, pero un grupo de hombres que conducian á un herido, fijó su atencion y se detuvo á mirarlos.

—¿A dónde llevan ese herido? preguntó.

—A la primera casa en que quieran encargarse de él, porque está muy malo y el Hospital está lejos.

—Llévenlo Vds. á mi casa, esta es, dijo señalándola. Y pensando que su hermana nada sabia, se volvió con ellos y corrió á decírselo.

—Dios mio! Manuel no está, dijo Blanca.

—¡Qué importa! ¡Es un oficial español y se muere!

Blanca bajó, y el herido ocupó el aposento de Manuel, en donde un médico le hizo la primera cura declarando que su estado era grave.

Entre la levita guardaba algunas flores, secas ya, y que Estrella hubiera reconocido seguramente.

Un escapulario del Pilar manchado de sangre descansaba en su pecho, y el médico lo quitó para que los vendajes cruzasen libremente, colocándolo junto á las flores en una mesita.

Blanca que con Estrella estaba en un gabinete cercano entró, y el médico la hizo una señal recomendándole silencio.

—¿Está muy malo? dijo la jóven en voz queda.

—Sí: la herida es profunda y peligrosa.

—¿Qué hay que hacer?

—Por ahora nada, darle á beber cuando lo desee un calmante que voy á recetar, y guardar un profundo silencio.

—¿Conoce Vd. á este jóven?

—No: creí que seria de la familia de ustedes ó conocido al ménos.

—Lo han depositado aquí: segun ha dicho Estrella es amigo de mi hermano, pero yo no le conozco. ¿Volverá Vd?

—Seguramente, pero ahora voy á retirarme; ya conocerá Vd. que no tengo un momento mio.

Y saludando á la jóven y recomendándole la mayor quietud para el herido, se alejó.

Estrella asomó á la puerta su linda y riante cabeza.

—¿Cómo está? dijo.

Blanca fué hácia ella, y bajando la voz le contestó:

—Muy mal: el médico ha recomendado silencio, yo quedaré ahora aquí, y luégo vendrás tú.

Estrella se alejó y Blanca fué á sentarse junto al lecho del herido.

Miró con interés y tristeza á aquella do-

liente y simpática figura, y recordando á su hermano, que estaba entre las balas, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sus miradas se fijaron en las flores y en el escapulario, y esa curiosidad innata en la mujer le hizo levantarse á mirarlo.

El escapulario era del Pilar, como ya hemos dicho, y en el anverso, sobre el merino morado que servia de fondo á la imágen, tenia bordada una cifra de seda blanca, una B y una L enlazadas.

—¡Ah! exclamó la jóven palideciendo densamente; yo conozco este escapulario, es igual al que mi santa madre puso en mi pecho el dia de mi primera comunión: sí, no hay duda, añadió sacando de su pecho la reliquia bendita; son iguales, Dios mio, ¿será este Luis, Luis que estaba en Zaragoza y yo no lo sabia, ó será una casualidad extraña?

Blanca sostenia en sus temblorosas manos los dos escapularios, y sus ojos llenos de lágrimas, se fijaban ya en éstos, ya en el jóven herido.

Este como si se hubiesen agotado sus fuerzas, dejaba caer la cabeza en la almohada con un abatimiento semejante á la muerte.

Sus ojos cerrados permitían ver como una estrecha franja de seda, sus anchas y suaves pestañas negras como sus cejas.

La densa palidez de su frente contrastaba con el suave brillo de sus negros cabellos que se rizaban en gruesos anillos; su boca tenía esa contracción que anuncia el sufrimiento...

—Agua!... dijo con apagada voz y sin abrir los ojos.

Blanca tomó el vaso del calmante y levantando con su brazo la cabeza al herido llevó el vaso á sus labios.

El jóven entreabrió los ojos y bebió con ansia.

Nada más admirablemente bello que aquel grupo que la caridad formaba, y que hubiera copiado el arte para un magnífico cuadro.

Blanca, alta, esbelta, rubia, con la frente purísima, los ojos azules como las Madonas del Correggio, parecía el ángel de la caridad inclinándose para consolarle sobre aquel valiente mártir de su deber.

Al retirar el vaso de los labios del herido, puso sobre su cuello el escapulario.

—La Virgen del Pilar lo salvará, murmuró con ternura.

Y arrodillándose para orar por él vió que habia cambiado los escapularios, y que el que tenia en sus manos estaba lleno de sangre.

—Dios lo ha querido, dijo besando la imágen estampada en él; lo guardaré como una doble y sagrada reliquia.

En este momento, Estrella, ocultando las manos á la espalda, asomó la cabeza.

Su hermana le hizo una señal y la traviesa jóven se alejó con presteza.

Sigámosla, pues de Blanca sólo podemos decir que siguió orando por la salud del enfermo á quien tan misteriosamente habia reconocido.

## CAPITULO II.

## LA SANGRE ESPAÑOLA.

Cuando Estrella dejando á su hermana con el herido volvió á su cuarto, fué al balcon sin temer á las bombas que los franceses enviaban á la ciudad y que destrozan muchos de sus hermosos edificios.

El eco del cañon se oia más continuo, más amenazador, más terrible cada vez.

El humo formaba como una bruma en los horizontes.

Al salir nuestra jóven, otra señorita, abriendo una reja cercana la saludó.

—Adios, Estrella, le dijo; si vieras qué susto he pasado!

—¿Por qué?

—Creí que era Manuel el herido que dejaban en tu casa.

—¡Mi hermano! Gracias á Dios no lo es; es un jóven á quien no conocemos.

—¿Y Blanca?

—Con él queda; el médico ha recomendado que haya un gran esmero, pues se encuentra muy grave.

—¡Qué lástima! ¿Es oficial de voluntarios?

—No; es capitán de Guardias Españolas. El sonido de los cañonazos no cesaba; el continuo cruzar de gente hacia un ruido infernal.

—Cármén, dijo Estrella alzando la voz para ser oída por su amiga, ¿eres valiente?

—¿Por qué?

—Contesta ántes.

—Pues bien, sí!

—¿Te atreves á que vayamos á buscar á mi hermano?

—¡Dios mio!

—Mira: llevaremos en una cestita hilas y vendas por si lo han herido, y unas botellas con agua y refrescos.

—Pero y si...

—Bah! no eres valiente!

—Sí, yo tengo valor, pero mi madre...

—¿Dónde está tu madre?

—En la Iglesia del Pilar...

—Cuando vuelva ya estaremos aquí.

—¿Pero y si viene ántes?

—En ese caso nada dirá; como dice mi

hermano, la defensa de la patria es una causa santa.

—Pero nosotras ¿qué podemos hacer?

—Ya lo verás; vé á preparar tu cestita en tanto que yo preparo la mia.

Cuando Estrella llegó á la puerta del cuarto en que rezaba su hermana, llevaba en una mano un sombrerito de paja, y en la otra una cesta con hilas, vendas y botellas.

Segura de que Blanca nada sospechaba, bajó y se encontró con su amiga.

Cubrió su cabeza con su lindo sombrerito, y se asió al brazo de su amiga llevando en el otro la cesta.

Eran casi de una edad, y formaban un lindo grupo.

Segun iban andando oian más cercano el estampido del cañon, pero no retrocedian.

La sangre española que corria por sus venas las alentaba.

Cuando salieron al paseo que llevaba á la Puerta de Santa Engracia, se detuvieron un momento pálidas y temblorosas.

El paisaje que desde allí descubrian tenia una horrible grandeza.

Conforme avanzaban se ensanchaba ante

sus ojos aquel cuadro de muerte y desolacion.

Las huestes francesas formadas á lo léjos simulaban un sombrío é imponente muro que las bayonetas coronaban, brillando al ser heridas por los rayos del sol.

Aquella columna se dividia y avanzaba en compacta línea.

Tronaba el cañon, y los franceses caian.

Los paisanos acudian allí donde faltaban fuerzas; si un artillero moria instantáneamente era reemplazado por otro.

Los heridos eran recogidos cuidadosamente y separados del sitio del combate.

Las mujeres se mezclaban á los grupos de gente armada, dando de beber á los heridos, y alentándolos con sus palabras.

Cuando nuestras valientes jóvenes llegaban á la puerta, un movimiento general indicó que pasaba algo extraordinario.

Palafóx llegaba á caballo á reconocer las fuerzas de este punto.

Un bizarro coronel adelantó hácia él y se detuvo saludándole.

—¿Qué hay, coronel? preguntó Palafóx.

—*Vamos bien*, mi general, contestó tranquilamente el coronel Qüadros; *triunfaremos*.

—Con hombres como Vd., el triunfo es siempre seguro.

Qüadros se inclinó, y viendo que uno de los artilleros habia sido herido y el cañon quedaba abandonado, se fué á él y prendió por sí mismo á la mecha.

—Mi coronel, dijo uno de los oficiales que le rodeaba, si los franceses llegan, si nos envuelven, ¿qué debemos hacer?

—*Pardiez*, contestó Qüadros, *debemos morir* (1).

Nuestras niñas llegaban en este momento á la batería.

—¿Quereis agua? preguntaron á los artilleros.

—Dáme, hermosa niña, dijo Qüadros que se disponia á montar á caballo: ¿cómo te llamas?

—Cármén, dijo dulcemente la linda jóven, presentándole un vaso de agua.

—¡Así se llama mi hija! murmuró el bravo coronel; ¿y á qué venís?

—Venimos á ayudar á nuestros hermanos, dijo Estrella que era la más atrevida.

—¡Sois dignas españolas! Adios, hijas mias, pedid á la Vírgen la victoria.

---

(1) Las frases subrayadas son históricas.

Y revolviendo su caballo, voló á los sitios en donde el peligro era mayor.

Las dos niñas lo miraron con interés.

—¡Qué jefe tan valiente!

—¡Y qué amable! exclamaron.

Y viendo á Palafóx cruzar á lo léjos, despues de hablar á los bravos Renovales y Sas, se alejaron hácia el puente de la Huerva.

Las animosas jóvenes siguieron hácia la puerta del Portillo; y aunque las balas silbaban y el cañon atronaba el espacio, no retrocedieron.

Las provisiones de sus cestitas estaban casi agotadas.

Sin pensar en la distancia que tenian que recorrer, seguian adelante, cuando vieron venir hácia ellas un peloton de soldados, que con su jefe á la cabeza iban á prestar socorro á los de Santa Engracia.

—¡Manuel! exclamaron á un tiempo las dos niñas reconociendo al capitan.

—¡Estrella! ¡Cármén! ¿qué haceis aquí?

—¿No estás herido, verdad? dijo Estrella sin contestarle.

—No, á Dios gracias; pero á qué venís?

—A buscarte, dijo Cármén poniéndose encendida.

—¿Y Blanca?

—Ha quedado en casa; han llevado un herido.

—Lo habreis recibido, ¿no es cierto?

—Oh! sí!

—¿Y tú dejas sola á la pobre Blanca? Vamos, vete á casa y no hagais locuras; y tendiendo rápidamente la mano á Cármen, que la estrechó ruborosa, se alejó á reunirse con los suyos.

—¿Qué hacemos? preguntó Estrella.

—Írnos. Ya ves lo que ha dicho Manuel.

Las jóvenes se volvieron por el mismo camino.

Cuando llegaron á Santa Engracia, el combate habia crecido.

Las balas se cruzaban y caian sobre aquel apiñado gentío, que seguian inmóvil en su puesto.

Los franceses, creyendo que un esfuerzo supremo podria darles la victoria, y desesperados con una resistencia que no esperaban, se lanzaron á los débiles muros, á las movibles baterías que apenas resguardaban á los bravos defensores.

Pero tras de aquellas tapias de tierra, habia murallas de corazones.

D. Manuel del Castillo, capitán del primer batallón de Voluntarios de Aragón, hermano de Estrella y amigo, ó quizá algo más, de su amiga Cármen, llegaba entonces con sus fuerzas.

El coronel D. Antonio de Qüadros había mandado avanzar un cañón, que esparcía el terror y la muerte en las filas francesas; el bravo Renovales secundaba admirablemente esta maniobra, y avanzaba con los suyos hácia las tropas enemigas.

La caballería francesa, con el valor de la desesperación, acometía á los defensores; resistiendo el choque pero desunidos un momento por él, los franceses llegaron hasta el cañón, y quisieron cambiar las cureñas, pero allí los que habían osado adelantarse quedaron sin vida.

Algunos lograron entrar hasta el cuartel de caballería; la confusión era inmensa, los paisanos se revolvían contra ellos, persiguiéndolos, y en la plaza del Portillo acabaron con los que no habían huido.

Entre tanto los voluntarios y las tropas ocuparon sus puestos.

La puerta de Santa Engracia, amenazada por el enemigo se llenó de valientes que acudieron á su defensa.

Renovales se apoyaba con los suyos y muchos paisanos que se le habían unido voluntariamente, en la Torre del Pino; Qüadros sostenía sus posiciones en la puerta de Santa Engracia, y cuando el enemigo hizo avanzar un cañon y alguna caballería, el vivísimo fuego que los recibió, los acertados disparos que diezmaron sus filas les hicieron retroceder, replegarse, y perseguidos de cerca por los leones españoles, dejaron en su poder armas y banderas, como trofeos de su victoria.

Apénas puede nuestra pluma consignar esos grandes hechos, asombro del mundo!

¡Cuán grande era el pueblo español, cuando unido por una sola idea, la de su independencia y su deber, asombraba á Europa con su valor, y le marcaba á la luz de su brillante defensa la senda que debia seguir!

Si el pueblo español recordara sus pasadas glorias, si supiera que su libertad, su independencia, su altivez, se afianza en esos principios salvadores que sus padres sostuvieron á costa de su vida; si pensara que el pueblo unido por ese invisible y admirable lazo que se llama *deber* es siempre fuerte, no gastaria su sangre y su inteli-

gencia en estériles luchas; no buscaría grandezas en lo que sólo puede ofrecer miserias, y conservando la corona de sus glorias, de sus tradiciones y de su altivez, sería un valladar que salvaría á la Europa de ser envuelta en las olas de la revolucion social que se extiende formidable desde los más humildes hogares á los más encumbrados tronos, amenazando arrollar en su corriente los restos dispersos de las sociedades y de las familias.

Nuestras dos animosas niñas ofrecieron sus vendas y sus hilas á los heridos, dieron los últimos refrescos á los soldados que peleaban, y se disponian á volver á Zaragoza, cuando un peloton de soldados que marchaba al sitio que le habia sido designado, las envolvió por un momento, y aunque las dos amigas se estrecharon asustadas, tuvieron que separarse impulsadas por los numerosos grupos de paisanos que seguian á la tropa.

Estrella corrió hácia los combatientes buscando á Cármen.

—¿La habeis visto? preguntó á los más cercanos.

—¿A quién, hermosa niña?

—A mi amiga Cármen, que traia tambien refrescos y vendajes.

—No: ¿es aquella? y el soldado señaló á una mujer que colocada á la grupa de un caballo que montaba un oficial francés, gritaba y hacia esfuerzos por desasirse.

El caballo pasando al galope por entre las balas, se alejó bien pronto en direccion al ejército enemigo.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡aquella es! exclamó llorando Estrella; ¡y se la llevan! ¡ah Cármen! ¡Cármen! Dios mio, que va á ser de mí!

Y Estrella siguió llorando y llamando á su amiga.

En aquel momento los defensores de Zaragoza se estrecharon para rechazar al enemigo, y Estrella oyó á un oficial decir á su jefe, que no era otro que el valiente Qüadros.

—Mi coronel, los franceses avanzan decididamente...

—*Mejor, así acabaremos más pronto;* contestó Qüadros revolviendo su caballo para acudir á los sitios de más peligro.

Estrella que continuaba llorando se alejó tristemente hácia la ciudad.

## CAPÍTULO III.

## BLANCA.

Blanca, no se habia apercebido de la desaparicion de su hermana, hasta mucho despues de faltar esta.

Absorta en el cuidado del herido que tan vivamente le interesaba, habia orado mucho tiempo con gran fervor arrodillada á los piés del lecho en que éste descansaba, ante una imágen de nuestra Señora en su advocacion del Pilar, pues en aquella época que dejó marcada tan gloriosa huella en la historia de nuestra patria, se adornaban las alcobas con santas Imágenes, encargadas sin duda de velar por sus piadosos moradores, durante su sueño.

Hoy han sido desterradas de ese lugar de descanso, que debe tener algo de sagrado, pues nadie sabe si el sueño que cierra nuestros párpados, suspendiendo en el pensamiento los ambiciosos cálculos, las dora-

das ilusiones, ó los vagos deseos, será el último de nuestra vida; pero la moda no lo quiere así, y siguiendo sus volanderos preceptos, hemos cambiado las santas Imágenes y las reliquias benditas por tapices y sedas, silloncitos de raso, claros espejos y suntuosas colgaduras, y no quiere esto decir que seamos más ricos, sino que ofrecemos en aras de la vanidad cuanto tenemos, ya que nada podemos ofrecer en aras del sentimiento, es decir, que el orgullo anula el corazón.

La jóven, despues de ofrecer á Dios el homenaje purísimo de sus oraciones, salió á dar algunas órdenes á la vieja Pilar y á ver á su hermana.

—¡Ay señorita de mi alma! dijo ésta muy asustada, ¿Vd. no sabe lo que sucede?

—¿Qué hay? preguntó nuestra jóven.

—¡La señorita Estrella se ha perdido!

—¡Cómo! ¿qué dice Vd? preguntó trémula de espanto Blanca.

—Y se ha perdido tambien la señorita Cármen, su amiga, pero Catalina dice que vió salir á las dos señoritas juntas y que llevaban sombreros.

—¡Dios mio! exclamó llorando Blanca, ¿por qué no me lo dijo? ¿Qué le habrá sucedido?

—Yo no he querido decir á Vd. nada, señorita Blanca, pero la niña Estrella quiso que yo la acompañase al sitio de la pelea...

—¿Pero Vd. cómo no me lo dijo?

—Creía que se le habria olvidado ya...

En aquel momento el herido murmuró algunas palabras y Blanca volvió á su lado.

Sus mejillas habian perdido algo de su lívida palidez, sin duda por la fiebre que habia sobrevenido.

Cuando Blanca entró tenia abiertos los ojos, unos magníficos ojos negros de mirada fiera y profunda, y miraba con extrañeza cuanto le rodeaba.

Al ver á Blanca sonrió dulcemente y murmuró:

—Tengo sed.

Blanca tomó un poco del calmante que el médico habia prescrito y lo acercó á los labios del herido.

—Quisiera agua más bien, dijo éste con voz desfallecida.

—Bebed esto; el agua puede dañaros.

—¡Oh, no!

Blanca dejó el vaso con suave paciencia y fué á buscar el agua.

—¿Donde estoy? preguntó el herido despues de beber.

—Estáis con unos amigos que os cuidarán bien; pero el médico no os permite hablar.

—Yo os conozco, dijo mirando fijamente á Blanca.

Esta se estremeció levemente y llevó un dedo á sus labios indicando silencio.

—Decidme vuestro nombre.

—Callad, por Dios, os vais á poner peor.

—Pues bien, una sola palabra, ¿os llamas Blanca?

—Sí, Blanca me llamo, contestó con extrañeza, y olvidando el estado del jóven preguntó:

—¿Como lo sabeis?

—¡Ah! ¡sois mi angel! el sueño de mi alma.

Blanca se puso encendida como una rosa y fué á sentarse algo léjos del lecho.

El herido fijó en ella sus ojos con una apasionada ternura y lentamente fueron cerrándose invadidos por un dulce sueño.

Blanca entre tanto sufría el tormento de la ansiedad y la duda, de la inquietud y la esperanza.

La pobre y delicada niña no sabia sobreponerse á tantas emociones.

Las luchas que sufría su noble pueblo, el

peligro de su hermano, su hermana, además, sin saber qué habia sido de ella, y luego aquel herido en quien habia reconocido á Luis de Sandoval, su primo y prometido esposo, al que habia consagrado sus ilusiones de niña, sus sueños de mujer; todas estas sensaciones penosas y grandes invadían su pensamiento y la hacían estremecer. Su corazón temblaba en su pecho como un pajarillo asustado de la tempestad.

Algun tiempo pasó así, hasta que la voz de Pilar la hizo salir de su triste actitud.

—Señorita, señorita, decia ésta, ya viene la niña Estrella, pero viene sola y llora!

—¡Dios mio! dijo Blanca lanzándose rápidamente á la escalera: qué nueva desgracia ocurre?

Estrella que llegaba se arrojó sollozando en sus brazos.

—Habla por Dios, hermana mia, dijo Blanca pálida como una azucena, habla por Dios, que me estás matando!

—Perdóname, dijo Estrella entre sollozos; bien castigada estoy por haberte desobedecido.

—¿Pero qué hay?

—Cármén...

—¡Dios mio! ¡acaba!

—La han robado.

—¿Quién?

—Un oficial francés.

—¡Ah! ¡Y sus padres! ¡qué va á ser de sus padres!

—Yo no lo sé, yo no me atrevo á decirles la verdad.

—¿Y Manuel?

—Lo he visto.

—¿Lo sabe?

—No: lo ví cuando iba con ella.

—¡Ah! ¡Es horrible! sus pobres padres, y Manuel que se desesperará...

—Yo no sé qué hacer...

—Pero ¿cómo ha sido?

—Yo te lo contaré todo y tú me dirás lo que debo hacer!..

—Pero tú...

—Yo tengo miedo, porque tengo la culpa de lo que sucede; sus padres cuando lo sepan me odian.

—¡Ah! ¡Estrella, Estrella! cuántos disgustos por una ligereza.

—Perdóname, Blanca...

—Pues bien, dí.

Estrella contó á su hermana cómo habia inducido á Cármen para que la acompañase; el horror y la grandeza del espectáculo

que admiraron; su encuentro con su hermano; y en fin, que habiendo sido separadas, buscó en vano á su amiga hasta que la vió huir con el oficial francés que la arrebató contra su voluntad.

—Si al ménos lo conocieras?

—No; no lo he visto más que un minuto, y huían.

—¡Ah! desgraciada! tú tendrás la culpa del horrible dolor de esos padres...

—¡Por Dios, Blanca!

—Y bien, yo les diré la verdad, quizá aún sea tiempo...

—¡Sálvame á mí!

—No puede ser, Estrella; yo no debo mentir, bastante siento que sea tan terrible la verdad! Entre tanto que yo voy á consolar á sus desgraciados padres, vé tú al cuarto de Manuel y cuida del herido.

Estrella obedeció á su hermana, mientras ésta se disponía á salir.

Algunos instantes hacia que estaba allí cuando los labios de Luis se agitaron suavemente y murmuraron un nombre.

Estrella se inclinó hácia el lecho para oírle mejor, y exclamó para sí:

—¡Calla! ¡Es particular! ¿de qué conoce este oficial á mi hermana?

—Blanca, suspiró el herido.

—¿Quereis algo? dijo en alta voz Estrella.

Luis abrió los ojos.

—Quiero beber, dijo.

Estrella tomó el vaso del agua y se acercó al lecho.

—No, no, dijo el herido mirándola, que venga ella, que venga Blanca.

—Mi hermana no está, dijo Estrella sorprendida y mirando con interés aquel rostro pálido y simpático.

—¡Ah! es vuestra hermana... ¿entonces no es un ángel?

—¿Qué decís?

—¿Blanca es una mujer?

—¡Dios mio! ¡si estará loco! murmuró con terror Estrella.

—¿Quién habia aquí antes? preguntó Luis fijando sus grandes ojos con el delirio de la fiebre, en Estrella.

—Mi hermana.

—¿Se llama Blanca?

Estrella pensó qué Luis habria oido el nombre de su hermana, y le contestó:

—Sí, se llama Blanca.

El herido sonrió y cerró los ojos.

—No quiero beber, dijo.

Estrella hizo un gesto de mal humor y dejó de nuevo el vaso ocupando su silla.

La preferencia del enfermo la molestaba, pero no podía separar de él los ojos.

Aquella boca que dejaba escapar frases incoherentes; aquella frente por la que cruzaba como una rápida sombra el dolor; aquel aspecto doliente, la interesaban profundamente.

El herido se agitaba en el lecho, abría los ojos buscando algo á su alrededor y murmuraba delirando:

—¡Blanca! ¡ven!

—¡Ah! dijo Estrella llenos los ojos de lágrimas; siempre pasa lo mismo: ¡qué desgraciada soy! A ella la aman todos, y yo... ¿Pero quién es este hombre; cómo la conoce, de qué la ama? ¡Ah! ¡si me amase á mí! ¡Cómo le amaría yo!

Y Estrella, hasta que vió llegar á Blanca, continuó llorando sin saber la causa de sus lágrimas.

## CAPÍTULO IV.

## MISION DIFÍCIL.

Apénas Blanca se alejó de su hermana, fué á la casa de Cármen para consolar á sus padres.

Quando llegó, las lágrimas se agolparon á sus ojos al ver á los afligidos ancianos.

—Entre Vd. hija mia, entre Vd., dijo Don Diego Valcárcel, padre de Cármen, saliendo á recibirla; supongo que sabrá Vd. ya nuestra horrible desgracia.

Blanca balbuceó algunas palabras y adelantó hácia una señora de respetable aspecto, que al verla dejó el alto sillón que ocupaba para besar á la jóven.

—¡Ah! ¡que horrible desgracia! exclamó: mi hija en poder de esos infames...

—Tranquícese Vd., señora: yo confío en que la veremos pronto á nuestro lado.

—¿Es acaso posible tener esa esperanza? Esos tigres no soltarán su presa.

—Quizá sí; mi hermano es valiente y discreto, él hallará un medio de rescatar á nuestra querida Cármen.

La anciana movió la cabeza.

—Manuel nada conseguirá.

—¡Oh, sí! Manuel hallará el medio de salvarla.

—Si fuese ménos caballero, ménos pundonoroso, tal vez; pero él será, aún á costa de su dicha, fiel á sus juramentos.

—¡Ah! ¿qué quiere Vd. decir?

—Que los franceses le exigirían para devolverle á mi pobre hija, otras concesiones que él no aceptaría por nada del mundo.

—¡Dios mio! ¿y no habrá un medio?...

—Yo he pensado buscar al que ha robado á mi hija, y ofrecerle dinero... dijo Valcárcel.

—¡Ah sí! Es una buena idea, son ambiciosos y egoistas...

—Mi hija es demasiado hermosa para que la cedan en cambio de una cantidad, por más que sea elevada, dijo suspirando Doña Manuela.

—¿Y cómo saben ustedes este triste suceso? Yo venía á consolarlos y á decirles lo poco que sé.

—Hable Vd., hija mia, quizá sus pala-

bras nos inspiren una idea: hemos sabido esta gran desgracia por Catalina, que vió salir á mi hija con Estrella, y al ver á ésta volver sola y llorando, le ha preguntado...

—¡Ah, señora! yo lamento que haya sido mi hermana la causa...

—No, hija mia, no, dijo bondadosamente D. Diego; su hermana ha podido como mi hija ser víctima de la fatalidad.

—Tiene Vd. razon, pero ha sido una ligereza indisculpable; yo asistia á un herido que esta mañana han depositado en casa, y Estrella, sin permiso mio, sin que tuviese yo conocimiento del paso que iba á dar, fué sin duda con Cármen, al lugar del combate...

—¡Ah! ¡la sangre española! dijo con entusiasmo y olvidando su dolor D. Diego; el valor que late en todo corazon aragonés.

—Pues bien, las dos niñas recorrieron los puntos defendidos por nuestros hermanos, ofreciéndoles refrescos; allí encontraron á Manuel, y él les dijo que se volviesen... cuando así lo hacian, se vieron separadas por una multitud entusiasta que se dirigia á la puerta de Santa Engracia; eran españoles, pero entre ellos cruzaban algunos de los franceses que huian, y uno de ellos

arrebató á Cármen, ántes que Estrella pudiese verla y la llevó al campo enemigo... Manuel nada sabe, pero estoy segura de que él la salvará.

—Dios la oiga á Vd., hija mia, dijo la afligida madre cruzando las manos; nuestra Santísima Virgen del Pilar tiene ofrecida una corona de plata, si vuelve mi hija á mi lado.

—Y yo, dijo Blanca llorando, bordaré de estrellas de oro el manto azul de la Purísima Concepcion, si logro volverla á ver.

—Dios nos la devolverá, dijo D. Diego; yo tengo completa confianza en su misericordia.

—Yo siento con ustedes esta desgracia á que acaso mi hermana ha contribuido, y si en algo puedo servirles ó ayudarles, desearé que me manden con toda confianza.

Y Blanca se levantó al decir estas palabras.

—Gracias, Blanca, gracias; ya sabemos sus buenos sentimientos y su buena amistad.

—Me permitirán ustedes que les deje; nada sé de mi hermano, Estrella quedó sola, y el herido acaso me necesite.

—¿Sabe Vd. quién es?

—No, dijo Blanca ligeramente ruberizada; no le conocemos, es capitán de las Guardias Españolas.

—¿Y la herida es grave?

—¡Ah! sí: contestó con una expresión de pena muy marcada; así lo cree el médico que le ha hecho la primera cura!..

—Voy á acompañar á Vd., acaso venga Manuel, y deseo hablarle, dijo Valcárcel.

—Diego, por Dios, que se busque á mi hija por todos los medios; yo no podré vivir sin ella.

—Para eso quiero ver á Manuel, para ponernos de acuerdo en los medios que hemos de emplear...

—¡Ah! pues vé, vé, y dime lo que hayais resuelto; yo entre tanto pediré á la Virgen que vele por ella...

Y besando á Blanca, la acompañó hasta la escalera y quedó llorando.

Valcárcel dió el brazo á la jóven hasta llegar á su casa.

Blanca que estaba profundamente triste, hizo sentar al padre de Carmen y fué á ver al herido.

Estrella salió á su encuentro.

—Mira, dijo á su hermana, el capitán se ha legado á beber, y te llama á cada momento.

—¿A mí?

—Llama á Blanca; yo creo que delira, porque dice unas cosas tan raras!

Blanca se aproximó al lecho y puso su mano en la frente del enfermo.

—Ah! dijo retirándola vivamente; cómo abrasa! ¡Qué fiebre tiene! será necesario que busquen al doctor.

Y se dirigió á la sala donde el padre de Carmen se paseaba con tristeza.

—Vd. me dispensará, le dijo, si lo he dejado solo, pero ese pobre jóven está muy malo...

—Qué! se ha empeorado?

—Yo no lo sé, pero casi puede creerse; tiene fiebre, delira... no sé si enviar por el médico...

—Yo mismo iré, dijo Valcárcel levantándose; se trata de uno de nuestros hermanos, y todos tenemos el deber de ayudar á su salvacion...

D. Diego salió, y Blanca se disponia á volver al lado de Luis, cuando sintió el rápido galopar de un caballo que se detenia en la puerta. Su corazon latió violentamente y un instante despues dos gritos de alegría se confundian al abrazar á su hermano Manuel que llegaba sano y salvo despues de la batalla.

## CAPITULO V.

## UNA FLOR TRASPLANTADA.

Algunos dias habian pasado despues de los sucesos que dejamos referidos, y vamos á llevar al lector al lado de Cármen, la bella niña arrebatada por un francés en la *bata-  
lla de las Eras*, nombre que se dió á la del 15 de Junio, en que los zaragozanos alcanzaron una gran victoria.

Más allá de Alagon, villa distante cuatro leguas de la capital, en una blanca y pequeña casita, medio perdida entre un grupo de árboles que la prestaba abrigo, como lo presta un limonero al nido de una paloma, estaba Cármen mirando tristemente hácia su querida ciudad.

Estaba pálida y desmejorada; sus ojos demostraban que habia llorado mucho en los dias que habian pasado desde que separada bruscamente de su amiga Estrella por los voluntarios que acudian á la de-

fensa de su pueblo amenazado, se sintió asir y arrebatarse por el oficial francés.

La pobre niña, desmayada de terror, no supo á dónde la conducían, y al verse en aquella casa aislada y solitaria, pues el terror había hecho á sus dueños abandonarla, se creyó separada para siempre de los suyos y en poder de sus enemigos.

Algunos momentos hacia que Cármen estaba en la actitud triste y resignada con que la presentamos á nuestros lectores, cuando se oyeron pasos acompañados de ese ruido especial de las espuelas al chocar en el pavimento, y un jóven con el uniforme de oficial de los ejércitos imperiales, se presentó en la puerta del aposento.

Cármen volvió la cabeza, al verlo hizo un movimiento de terror, y fijó la vista en el vacío.

El teniente Víctor de la Rochet tenía una arrogante figura y una expresión sumamente distinguida. Alto, rubio, con ojos azules y brillantes, bigote rubio, y manos finas y blancas, era uno de los oficiales más simpáticos del ejército de Napoleón.

Al ver la actitud de Cármen se detuvo un instante como si vacilara, y al fin se dirigió resueltamente hácia ella.

—¿Estais triste? la preguntó en un español difícil de reproducir; pero con un acento dulce y agradable.

—¡Qué os importa! contestó Cármen con los ojos llenos de lágrimas; ya lo sabeis.

—Lo sé y lo siento; daría una parte de mi vida por veros sonreír, por ver la alegría brillar en vuestros ojos.

—Ah! si lo deseárais, me dejaríais ir con mis padres; no puedo vivir sin ellos.

—¿Sólo por vuestros padres deseais ir á Zaragoza? dijo el francés fijando una mirada penetrante en la jóven.

Cármen se ruborizó y bajó los ojos.

Aquella nube de rosa que coloreaba su frente y sus mejillas, la embellecía notablemente.

—Ah! lo veis? no sabeis, no podeis mentir! exclamó Víctor con despecho.

—Y bien, ¿qué derecho teneis vos para retenerme contra mi voluntad?

—El derecho de la fuerza... será brutal, no lo niego, añadió al ver un movimiento de Cármen, pero estais en mi poder.

—Yo me libraré de él.

—¿De qué manera?

—No lo sé aún: Dios me inspirará.

— Escuchadme, señorita, dijo Víctor acercando una silla á Cármen y sentándose á su lado: yo os amo.

Cármen no contestó ni cambió la expresion desdeñosa de su fisonomía.

Víctor continuó:

— Cuando no sé por qué casualidad, al huir yo de Zaragoza os encontré cerca de mí, os retuve como un medio de venganza... al teneros en mis brazos desmayada, al sentir el calor de vuestro aliento, en tanto que mi caballo en una carrera desesperada me alejaba de mis enemigos, sentí por la primera vez, os lo aseguro, latir mi corazón. Entónces ví que érais muy hermosa, y no sé por qué mi sentimiento, es decir, la impresion que me inspirábais, que era en un principio impura, se cambió en respetuosa y tierna. Temiendo que mi aventura fuera conocida de mis compañeros, os traje aquí, donde nadie os ha visto, donde yo os he respetado como si fuérais mi hermana... pero esto no puede continuar, Cármen; yo puedo morir y vos quedar aquí abandonada...

— Dios me salvará.

— ¿Pero no me amais?

— No: ya os lo he dicho.

—Ah! siempre igual! decidme, ¿es que veis en mí al enemigo de vuestra patria, ó que amais á otro?

La voz de Víctor al formular esta pregunta era trémula y contenida.

—Ambas cosas, dijo friamente Cármen.

Los ojos de Víctor irradiaron una llamada de ira.

Su frente se contrajo y miró á Cármen de una manera amenazadora.

—Ah! murmuró, ¡con que amais á otro! ¡Con que despreciais la adoracion que yo os ofrezco! Pues bien, vais á ser mia, y por el diablo que me alegro; esa confesion rompe el muro de respeto que de vos me separaba!

—Ah! exclamó Cármen temblando, vos sois caballero y tendreis piedad de mí!..

—¿La tienes tú acaso de lo que yo sufro? dijo Víctor trémulo de furor y pálido como un cadáver.

—Pero vos tendreis hermanas, tendreis madre, y en su nombre os pido que me devolvais á mi familia...

—Eso no puede ser; no el nombre, sino la misma presencia de mi madre no podria impedir que te hiciese mi esclava.

—Ah! no por Dios!

—Aún es tiempo: yo te amo, Cármen: te amo como á mi salvacion, como á mi esperanza, como á mi vida: dime que me amarás, continuó Víctor arrojándose á los piés de la jóven y asiendo sus manos; dime que tu corazon será mio, y tu voluntad será mi ley...

—Pero yo no puedo amaros...

—¿Por qué?

—Yo amo á otro hombre...

—Bah! no será amor lo que ese hombre te inspire; eres muy niña, muy pura, para haber sentido una pasion... Será una emocion pasajera que se apagará ante mi amor, como ante la luz del sol la vaga luz de la luna... tú me amarás...

—¡Oh, no!

—Cármen! tú no sabes aún quién soy yo; tú no sabes lo que es irritar al leon y provocarle; tú no sabes que estás en mi poder!

—Y bien, dijo Cármen recobrando en el peligro su energía de española; y bien, no os temo, podeis hacerme morir, pero no podeis obligarme á que os ame.

—Ah! es decir que me desafías, que me niegas á título de odio lo que te pido de rodillas...

—Es decir, que el hombre que roba á una mujer, y al tenerla en su poder le exige amor, es un cobarde...

—¡Qué has dicho! rugió Víctor; me has llamado cobarde, ¡ah! tú lo quieres, pues bien; vas á ser mía, mi esclava, mi manceba, serás el juguete de mis soldados.

Cármén se levantó y con una gran serenidad que no se hubiera sospechado siquiera en la niña que lloraba una hora ántes, dijo á Víctor señalándole la puerta:

—Salid de aquí.

—Oh! ¿Has creído que yo te obedecería? te engañas!

—¡Salid! repitió con energía Cármén.

Al decir esto estaba tan hermosa, que Víctor la miró fascinado.

Sus cabellos negros, mal prendidos en su cabeza, caían con inimitable gracia rodeando su cuello en brillantes bucles.

Su frente ancha y blanca como el marfil, tenía una majestad suprema.

Sus cejas ligeramente fruncidas, formaban sobre su cútis de nácar dos finas franjas de seda, tan negras como sus cabellos.

Sus ojos eran grandes, negros, hermosísimos; su mirada llena de fuego é inteligencia, era una mirada pensadora, una mirada que imponía.

Su boca fresca y pura, ligeramente entreabierta por el imperioso movimiento de desden que estaba impreso en toda su fisonomía, dejaba ver entre los rojos labios sus pequeños y blancos dientes.

Un traje azul de alto talle y cortas mangas, dejaba descubierto su seno y brazos, de una admirable forma y de purísimos contornos.

Su mano pequeña y blanca, que señalaba la puerta, era bellísima.

El traje corto y ceñido de aquella época, dejaba descubiertos sus preciosos piés, calzados con zapatitos escotados.

Víctor miró con éxtasis aquella soberbia belleza, á quien su altiva actitud prestaba nuevos encantos.

Se acercó á ella en silencio.

—¡Qué hermosa sois! murmuró; ¡qué hermosa y qué altiva! Yo os amo, Cármen, y quiero que me ameis. Perdonadme si en un momento de extravío he podido amenazaros; yo seré siempre vuestro esclavo, pero no me digais que vuestro corazón es de otro hombre, porque os mataré. ¿Nada me decís? continuó al ver que Cármen guardaba un despreciativo silencio; adios, Cármen, quizá no os vuelva á ver; si es así no odieis mi memoria.

Cármén nada contestó.

En los ojos de Víctor se vió de nuevo brillar la ira.

Aquella ardiente mirada fué á fijarse en Cármén, y como si obedeciera á un secreto impulso, se acercó rápidamente á la jóven y la estrechó en sus brazos.

Cármén dió un agudo grito y luchó por desasirse.

Víctor la estrechaba delirante.

—Te amo, decia, pugnando por acercar sus labios á los labios de la jóven; te amo y quiero que seas mia...

En aquel momento se oyó vibrante y claro el eco de una corneta.

—¡Maldicion! murmuró Víctor, me llaman...

Cármén alentada con aquel inesperado socorro, hizo un brusco movimiento y se vió libre de los brazos de Víctor.

—Adios, dijo éste, adios Cármén, pedid al cielo que yo no muera, porque entónces podeis morir aquí abandonada!

Y enviando una última mirada á la jóven, salió y cerró en pos de sí las puertas de la casita.

—Dios mio, Dios mio, ¡qué va á ser de mí! murmuró Cármén llena de dolor: es-

toy á merced de ese hombre que es un infame.... Manuel, Manuel, continuó llorando, ¡por qué no vienes á salvarme!

Una idea la hizo estremecer; la de que hubiese sido muerto.

En aquel momento se oyó un leve ruido, y Cármen volvió la cabeza. Un objeto blanco y pequeño habia caido cerca de ella.

Lo tomó con extrañeza, y vió un papel liado á una piedrecita.

Le desdobló llena de emocion, y leyó:

«Animo y esperanza. Manuel vive y vendrá á salvaros; no estais sola.»

—¡Dios mio! exclamó Cármen cayendo de rodillas; gracias por vuestra misericordia, Manuel vive, ya no temo nada!

Cármen se asomó á la ventana para ver si descubria al misterioso autor de aquel aviso, pero á nadie vió, y hubo de resignarse á esperar.

Cármen estaba completamente sola en la casita.

Víctor le llevaba por sí mismo cada dia algunas provisiones y cuando las eventualidades de la guerra se lo permitian, pasaba algun tiempo á su lado.

Cármen sólo á él veia; á veces desde las ventanas descubria á lo léjos grupos de

soldados, ó algun viejo labrador que cruzaba de prisa los campos ocupados por el enemigo.

No se explicaba de qué modo habian sabido su paradero, y cómo esperaban protegerla.

Pero tenia fe en Dios y amaba, es decir, tenia la fe del alma y la fe del corazon, y esto bastaba para poblar de esperanzas su soledad.

## CAPÍTULO VI.

## AMOR Y DELIRIO.

Manuel del Castillo, capitán del primer batallón de voluntarios de Aragón, llegaba á su casa loco de alegría por la victoria obtenida contra los franceses.

Abrazó á su hermana con entusiasmo, y preguntó por Estrella.

—Ven, le dijo Blanca, está al lado de ese jóven herido...

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Está muy malo?

—Yo creo que sí; ven conmigo.

Blanca y Manuel, asidos de las manos, fueron á buscar á Estrella.

Esta saltó al cuello de su hermano, é instantáneamente se echó á llorar.

—¿Qué tienes? le preguntó Manuel.

—¡Ah, Dios mío! exclamó Blanca, lo habia olvidado!

—¿Qué teneis? decidlo pronto.

—Cármen... balbuceó Estrella.

—Acaba, dijo palideciendo el bravo militar.

—¡La han robado!

—¿Qué dices? ¡Cómo! ¿Quién?

—Un oficial francés.

—¡Dios mio! ¿pero de qué manera?

—Yo no lo sé; venia conmigo, un grupo de soldados nos separó, y la ví cuando muy léjos ya, huia con ella un oficial francés.

—¡Maldicion!

—Ahora vendrá su padre que ha ido á buscar un médico: quiere verte.

Manuel estaba muy pálido, y en su frente ántes tan serena podia leerse una desesperacion sombría.

—Veamos á ese herido, dijo.

Y llegó hasta su cama, en la cual descansaba Luis.

Una fuerte calentura le postraba, y algunas frases incoherentes que se escapaban de sus secos y descoloridos labios, demostraban que el delirio no cedia.

Manuel lo miró algun tiempo en silencio.

—No lo conozco, dijo: ¿qué es?

—Capitan de Guardias españolas.

—Ah! pues entónces, muchos de sus

compañeros son amigos míos y me dirán su nombre.

En aquel instante entró Valcárcel con un médico que no era el mismo que había curado á Luis.

Al ver á Manuel corrió hácia él y estrechó en silencio su mano, cambiando una elocuente mirada.

—Animo! murmuró éste por lo bajo; la salvaremos!

Y se dirigió con el médico al lecho del herido.

Este lo examinó y movió la cabeza en señal de disgusto.

—¿Tiene este jóven familia en Zaragoza? preguntó á Manuel.

—No lo sé, no lo conozco.

—Convendría saberlo para avisarla.

—¡Qué! ¿está muy grave?

—En mi concepto gravísimo: tiene una fiebre intensa y puede sobrevenir una inflamacion, un derrame interior.

—Ah! ¿y qué haremos?

—Buscar entre los papeles de ese jóven á ver si se halla un indicio de su nombre.

—Blanca, dijo Manuel saliendo á un gabinete cercano en que sus hermanas se hallaban; mira, hija mia, si hay entre la

ropa del herido algo que indique su nombre; está muy malo y sería preciso avisar á su familia.

Blanca, estremadamente pálida, se puso de pié, y vacilando fué á cumplir los deseos de su hermano.

Estrella quedó llorando.

Sin explicarse el motivo, aquel jóven la interesaba vivamente.

Blanca encontró en los bolsillos del capitán una cartera, una cajita de terciopelo rojo y una bolsa con algun dinero.

Dejó la bolsa en el mismo sitio y ya iba á llevar á su hermano los demás objetos, cuando una curiosidad de mujer le hizo desear ver el contenido de la cajita. Se detuvo, pues, la abrió y faltó poco para que diese un grito. La caja encerraba un retrato y aquel retrato era el suyo. En uno de los lados de la miniatura se leía un letrero imperceptible, *Blanca á Luis*.

—¡Dios mio! exclamó Blanca cayendo sobre una silla, hay para volverse loca! ¿Cómo tiene mi retrato?

Cerró la caja y la ocultó en su pecho.

Después abrió la cartera.

La nobleza de sentimientos, tan propia del carácter español, la hizo detenerse.

Sorprender los secretos de un hombre que herido de muerte no podía defenderlos, era vil y miserable.

—Sin embargo, se dijo Blanca, es preciso; necesitamos saber quién es! Yo creo adivinar su nombre, pero puedo engañarme. Además, dijo, nadie lo sabrá, porque sea lo que quiera lo que esta carterita encierre, juro por la memoria de mis padres que sólo su nombre diré.

Y abriéndola con impaciencia buscó los papeles que contenía. Eran algunas cartas dirigidas desde Barcelona á D. Luis de Sandoval, capitán de Guardias Españolas en Zaragoza.

La firma era un nombre de mujer, *Luisa*, y la letra algo gruesa y desigual, demostraba una mano ya trémula.

—De su madre, dijo Blanca sin leerlas y guardándolas cuidadosamente; no debo verlas puesto que ya sé su nombre.

Y fué á buscar á su hermano.

—Se llama, le dijo, Luis de Sandoval, es de Barcelona, nada más he podido saber.

—¡Qué dices! ¡Luis de Sandoval! entonces es nuestro primo, ¡ah, Dios mío, conocerlo para verlo morir!

—¡Nuestro primo! dijo Estrella que ha-

bia escuchado á su hermano.

—Sí, el hijo de la hermana de nuestra madre...

Y dirigiéndose al doctor que acababa de empapar los vendajes de la herida en una tintura de árnica, le dijo conmovido:

—Este jóven pertenece á mi familia; sólo á nosotros tiene aquí, y ya comprenderá Vd. el interés que su vida nos inspira...

—Yo no puedo hacer imposibles, caballero, pero cuanto esté en mis atribuciones de médico lo haré con el mayor gusto.

—Gracias; Vd. dirá qué hay que hacer.

—¿Quién ha de quedar al lado del enfermo?

—Yo, dijo Blanca, que inmóvil en la puerta del cuarto parecía una estatua de cera.

—Pues bien, señorita, cada media hora dará Vd. al enfermo una cucharada de esta bebida, dijo señalando una botella que acababan de traer; cada hora humedecerá Vd. la herida del mismo modo que lo he hecho yo.

—Está bien, ¿y si desea agua?

—Le dá Vd. la ménos posible; yo vendré al amanecer.

Y dando algunas instrucciones más, se alejó.

Blanca se sentó en una pequeña silla y poniendo en sus rodillas una bandejita con pedazos de hilo, comenzó á deshilacharlos.

La vieja Pilar se acomodó en un sillón para dormir.

—Estrella, dijo muy quedo Blanca, haz á Manuel tomar algun alimento y acuéstate tú, estarás cansada.

—No puedo tenerme de pié...

—Adios Blanca, dijo en aquel momento Manuel; cuidalo mucho.

—¿Te vas?

—Voy á buscar el medio de salvar á Cármen.

—Pero sin comer, sin descansar...

—Nada necesito, adios, dijo besándola en la frente.

—Adios Manuel, Dios te inspire; y mirando á Estrella le dijo con dulce acento:

—Vete á acostar, hija mia, que yo quedo aquí.

Estrella la besó tambien y se alejó.

—Pilar, dijo Blanca.

—¿Qué quiere Vd., señorita?

—Hágame Vd. el favor de poner algo delante de esa lámpara, la luz molesta al enfermo.

La vieja criada obedeció y volvió á sentarse.

Blanca continuaba haciendo hilas.

El antiguo relój de la escalera dió una campanada.

Blanca dejó la bandeja, y tomando la botella que le indicó el médico, vertió una cucharada de su contenido en un vaso, y le acercó á los labios de Luis.

Este bebió la pequeña porcion de calmante y abrió los ojos.

Miró fijamente á Blanca y le sonrió.

—Ah! exclamó delirando, eres tú, Blanca? No te vayas, yo me muero y quiero verte.

—Silencio, por Dios.

—Ya sé que me muero, Blanca, y ántes quiero decirte que te amo.

—¡Oh, callad! ¡Yo os lo ruego!

—¿Te ofende mi amor?

—¡Delira! dijo Blanca, ¡Dios mio, salvadle! Calla Luis, dijo blandamente, el médico no quiere que hables.

—Ah! esa eres tú, esa otra que me hablabas, no; yo callaré si lo quieres.

Y signió mirando á Blanca y sonriendo.

Esta fué á sentarse llorando.

La criada dormia en su sillón.

Blanca fué á ponerse de rodillas junto al lecho.

Algunos instantes hacia que rezaba, cuando sintió que tocaban sus cabellos.

Levantó la cabeza y vió que Luis, extendiendo hácia ella la mano, decia:

—Madre mia, la he visto, es hermosa y la amo.

La jóven guardó silencio.

—Ah! la guerra, mi patria, yo soy valiente, me haré notable y me amaré. Blanca! Blanca! ¿dónde estás?

La jóven no respiraba siquiera.

—La ví en un balcon y la conocí; era ella, yo volveré!...

Una respiracion fatigosa y agitada cortaba estas palabras en los labios del herido.

—¡Dios mio! murmuró Blanca, esa agitación lo matará.

Y siguiendo una inspiracion repentina, se inclinó sobre Luis y le dijo dulcemente:

—Luis: Blanca te ama y quiere que te salves; procura dormir tranquilo.

Luis rodeó con su brazo aquella linda cabeza, y ántes que Blanca pudiera evitarlo, rozó con sus labios los labios de la jóven.

—Yo te amo, dijo en tanto que Blanca caia desvanecida al dar un grito de espanto.

—Qué es eso, señorita, decía Pilar, procurando hacerla recobrar el sentido.

—No lo sé, he creído que Luis moría, balbuceó Blanca. Y reponiéndose añadió, pero ya es hora de humedecerle la herida; hágalo Vd. porque yo no puedo tenerme de pié.

Luis se había dormido de una manera tranquila.

## CAPITULO VII.

## ASTUCIA Y VALOR.

Manuel y Valcárcel salieron juntos, y bajando la calle para salir al Coso, siguieron hasta la plaza del Mercado.

Allí habia numerosos grupos que se entusiasmaban al hablar de la gran victoria alcanzada, del heroismo que todos habian demostrado, y de las pérdidas del enemigo.

Cada cual referia una hazaña que habia presenciado, ó de que habia sido héroe, y la alegría del triunfo animaba todos los semblantes.

Alguna tropa se mezclaba á los paisanos, y si un oficial cruzaba lo detenian para saludarlo y felicitarlo.

Manuel habló allí á algunos de sus compañeros, y despues de cambiar varias palabras con ellos, dijo á un jóven teniente que le saludó con gran cariño:

—Ponce, ¿quieres venir?

—¿Adónde?

—Me acompañarás un momento.

—¿Qué te sucede?

—Ya lo sabrás.

—Sin duda, una desgracia; estás muy alterado.

—Así es; vente, pues.

—Vamos. Y saludando se alejó con Manuel y Valcárcel.

—Tengo tanta fe en tu amistad, que no vacilo en pedirte ayuda.

—Haces muy bien: ¿de qué se trata?

—Tú conoces á la hija de nuestro amigo, dijo Manuel señalando á D. Diego.

—¿A Carmencita? Seguramente.

—Pues bien, hoy ha salido con mi hermana Estrella á llevar refrescos á las baterías y á curar los heridos...

—¿Y ha sido herida?...

—Acaso valiera más, dijo Manuel suspirando; ha sido robada por un oficial francés.

—¡Robada! ¿Es posible?

—Por desgracia es muy cierto, dijo Valcárcel tristemente.

—Pues bien, exclamó Ponce de una ardorosa manera, iremos á recobrarla...

—Cuento contigo para ello, dijo Manuel

tendiéndole la mano que Ponce estrechó con cariño; pero es preciso que formemos un plan para obrar de comun acuerdo.

—¡Diablo! es verdad, á mí sólo se me ocurre ir y desafiar á todo el ejército francés.

—Mira Angel, yo tengo una idea bien extraña, pero que acaso diera buenos resultados.

—Tú dirás.

—Pero es peligrosa...

—Bah! estamos acostumbrados al peligro!

—Tú sabes francés, ¿no es cierto?

—Sí; he estado algun tiempo en Francia y hablo el idioma de esos malditos, casi como el nuestro.

—Pues bien, si tú disfrazado con el uniforme de un soldado francés te pasaras al vivac enemigo, quizá pudieras saber lo que ha sido de Cármen y el medio de salvarla.

—¡Soberbia idea! exclamó Angel con entusiasmo; tienes mucha imaginacion, Manuel.

—Yo no puedo permitir que este caballero exponga su vida por salvar á mi hija, dijo noblemente Valcárcel.

—Yo iria á salvarla, á no ser porque al

dejar mi puesto vacío deshonraria mi nombre; pero Angel no es lo mismo, soy su jefe y yo diré que ha sido herido; además es mi verdadero amigo.

—¡Oh, sí! exclamó Ponce, puedes disponer de mí y ahora mismo vamos á poner en práctica tu teórico plan.

—Yo no sé cómo demostrarles mi gratitud, pero yo me opongo, dijo D. Diego.

—Amigo mio, le dijo Manuel cariñosamente y separándole á un lado, ¿tiene Vd. confianza en mi amistad?

—¡Oh, sí!

—Pues entónces le ruego que vuelva á su casa y que no dé un solo paso para hallar á su hija; yo que la amo, yo que cifro en ella mi felicidad, la salvaré.

—Gracias, Manuel, yo le juro á Vd. solemnemente, que si hallamos á mi pobre hija, será su esposa; pero yo no quiero tener la vida de un hombre sobre mi conciencia.

—Le ruego que me deje seguir mi inspiracion.

—Pues bien, Manuel, obre Vd. con libertad; yo confio en que Dios nos dará acierto.

—Gracias; retírese Vd. á tranquilizar á

su esposa, creo que la salvaremos.

D. Diego saludó á los dos amigos, y despues de estrechar en silencio la mano á Manuel, se alejó.

—Hablemos ahora, dijo Manuel; es preciso salvarla; yo la amo, ya lo sabes, y la idea de que esté en poder de esos infames, me vuelve loco.

—Pues bien, vamos á buscar el uniforme de uno de los soldados muertos que tenga mi estatura, y confía en mí yo te prometo hacer tanto como harías tú.

—Cada noche dejas en el puente del rio Huerva una nota de lo que haya de nuevo, yo la recogeré y te dejaré en el mismo sitio mis instrucciones.

—Así lo haré.

—Doy por supuesto que no dejarás de oír y observar sus planes...

—¡Desde luégo!

—Puedes prestar un gran servicio á la patria, al mismo tiempo que me haces á mí un favor tan grande, que te deberé más que la vida.

—No hablemos de ello; la amistad es tener una bolsa para dos, una misma espada y una misma vida.

—Gracias, Angel; tú sabes que la mia te pertenece.

—¡Pardiez! ya lo sé; vamos á buscar ese disfraz.

Los dos amigos se dirigieron hácia uno de los Hospitales.

—Ah! dijo sencillamente Ponce al llegar, y si me matasen, ¿cómo podrás saberlo?

Manuel se estremeció.

—Dios no querrá que así suceda, pero si no tengo aviso tuyo en tres noches seguidas, comprenderé esa desgracia.

—Corriente, ¿y si tú mueres?

—La misma señal te servirá; en ese caso te diriges á Valcárcel.

—Está bien; ya verás como sirvo perfectamente para soldado francés.

Manuel pidió y obtuvo el uniforme de un soldado gravemente herido, que habia sido trasladado entre los heridos españoles. Por casualidad, el soldado era alto y delgado como Angel, y éste se desnudó rápidamente, vistiéndose el uniforme de su enemigo.

El aturdido jóven se rió mucho al verse con aquellas prendas, y como le conviniera tener algunos antecedentes, fué á donde agonizaba el soldado napoleónico.

—¿Cómo te llamas? preguntóle en francés.

—Valentin, contestó el herido.

—Yo soy un compañero que he logrado escapar...

—Te matarán; los españoles son leones salvajes.

Angel dominó un impulso de ira.

—Dime, ¿á las órdenes de qué jefe servias tú?

—Yo pertenezco al sexto batallon de infantería, que manda el comandante Perusét.

—¿Y hácia qué lado atacásteis hoy?

—Por la derecha; yo soy uno de los que llegaron al cuartel de caballería.

—¿Y allí te hirieron?

—En las calles; esos malditos son fieras.

—Cómo dices que te llamas; si logro escapar te recomendaré al jefe.

—Valentin Mallet, soldado del sexto batallon de infantería...

—¿Recuerdas cómo se llaman los jefes de tu compañía?

—El teniente Víctor de la Rochet, el capitan Paul de Saint Germain...

—Está bien: ánimo y confianza.

—Ya sé lo suficiente, dijo Angel á Manuel; voy á ocupar el lugar de ese soldado, al que ha faltado poco para que lo despene.

—¿Por qué?

—Nos insulta á los españoles...

—¡Pardiez! Hé ahí una cosa que yo encuentro natural.

Angel se envolvió en una capa para que su uniforme no llamase la atención de las patrullas y avanzadas y salió con Manuel.

Ambos se dirigieron á la Puerta del Cármen y cruzaron por entre los centinelas y avanzadas sin obstáculo alguno, pues Manuel era conocido y llevaba á más su uniforme de capitán.

Los dos amigos siguieron andando hasta llegar al convento de Trinitarios, donde se detuvieron.

—Adios, dijo Manuel abrazando á Angel y con voz conmovida; buena suerte y buen ánimo.

—Adios, nada temas, tengo astucia y valor.

Manuel estrechó por última vez su mano y le siguió con la vista hasta que se perdió entre la sombra.

La noche era oscura y serena.

El eco de los centinelas que pedían el quién vive se oía de vez en cuando, y el paso de las patrullas.

Manuel se volvió solo á la ciudad y se

detuvo en la Puerta del Cármen.

Uno de los jefes salió á su encuentro.

—¡Cómo! le dijo, ¿estais aquí, capitán? Os creia descansando para entrar luégo con los vuestros de refresco.

—Vengo de recorrer los alrededores para observar los movimientos del enemigo.

—¿Y habeis notado algo?

—No: están acampados en las montañas que rodean la ermita de Santa Bárbara y en la Bernardona.

—Han llevado una buena leccion; la derrota ha sido tan grande como inesperada por ellos.

—No será la última.

—Seguramente; *la victoria está por nosotros*. Adios mi comandante.

—¡Qué! ¿os vais?

—Me esperan los míos.

—Adios capitán, buena suerte.

Manuel se alejó tan triste, como si para él se hubiese perdido todo. Su energía, su patriotismo le habian dado valor, pero su corazon se revolvia en una horrible lucha al considerar que Cármen, la mujer que tanto amaba, estaba en poder de sus enemigos.

## CAPITULO VIII.

## ARDIDES DE GUERRA.

Cuando el teniente D. Angel Ponce dejó á Manuel, se dirigió sin vacilar hácia el campamento enemigo.

A cada paso encontraba restos sangrientos de la horrible lucha.

Los cuerpos mutilados, la sangre encharcada, caballos muertos y armas destrozadas le obstruian el paso.

Jóven y valiente no temia las consecuencias de su ardid.

Ansiaba realizar aquella arriesgada empresa que le cubriria de gloria, y además dar una prueba de amistad á Manuel, del cual esperaba obtener otra: la mano de Estrella á quien amaba.

Siguió, pues, hasta el campamento, y como gracias á su uniforme nadie fijó en él su atencion, pudo llegar á confundirse con las tropas francesas para buscar su

compañía, es decir, la del herido á quien sustituía.

Al paso oyó diferentes conversaciones, y en casi todas ellas se ocupaban de la batalla, de la resistencia desesperada de los zaragozanos, á los que los franceses llamaban *idiotas* por su heroica defensa.

Angel, rendido de cansancio, sentóse junto á un grupo de soldados que aseguraban habian estado más de dos horas en Zaragoza.

—Pues yo, dijo Angel en excelente francés y entrando de lleno en su papel, he estado en el cuartel de caballería y he matado más pícaros españoles que un cañon de á 24.

—Bien lo dice la sangre que llena tu uniforme.

—¡Caramba! Ya lo creo: he estado más de una hora entre cadáveres.

—¿Cómo ha sido eso?

—Estábamos en una de las avanzadas, y aprovechando el quedar una puerta desatendida, entramos hasta el cuartel.

—¿Y luégo?

—Luégo los paisanos cargaron contra nosotros, dos de los que iban junto á mi cayeron y yo caí con ellos; entónces tuve

una buena idea: me quedé inmóvil, y sin duda me creyeron muerto, porque pasaron sin ocuparse de mí. Despues, huyendo unas veces, deteniéndome y ocultándome otras, he logrado salvarme.

—Bravo! ¿A qué batallon perteneces?...

—Al sexto de infantería.

—Entraste con él, sin duda; muchos han quedado allí, el teniente La Rochet no volvió solo.

—¿Mi teniente hizo algun prisionero?

—Una prisionera, pero ó la perdió, ó la ha escondido.

—¡Diablo! Mi teniente no es hombre que pierda lo que se encuentra...

—Y más si es una española...

—Bah! Son unas mujeres!... Yo les haria la guerra más bien que á los españoles, dijo uno.

—Adios camaradas, dijo Angel, voy á buscar á mi jefe.

—¡Pues poca vuelta tienes que dar! Deben estar los tuyos hácia la llanura de Val de Espartera.

—Pues allá iremos; buenas noches.

Y contento porque comenzaba con buena suerte, siguió andando con la seguridad del que conoce el terreno.

Todo salia á medida de sus deseos. En aquella confusion nadie se fijaba en él y ocupó el puesto de Valentin sin la más leve dificultad. En la seguridad de que Víctor la Rochet habia robado á Cármen, procuró acercarse á él y á fuerza de astucia lo consiguió.

Víctor fijó su atencion en aquel soldado ágil y valiente, y la primera vez que fué á ver á Cármen le encargó que á larga distancia de la casita guardase su caballo.

Angel apénas le vió desaparecer le siguió cautelosamente, y aquella noche puso bajo el puente del Huerva un papel que decia:

«Ya sé quién la ha robado y dónde está oculta. Todo vá bien.»

Angel no perdía el tiempo.

Al observar de cerca á sus enemigos, tan perfectamente encubierto que nadie habia sospechado la verdad, pues los compañeros del verdadero Valentin, que hubieran podido reconocerlo, habian quedado muertos ó prisioneros en Zaragoza, sorprendia sus planes, adivinaba sus proyectos y los comunicaba á Manuel que lo hacia á su vez á los jefes superiores.

El dia que vimos á Cármen en la peque-

ña casita, habia estado Angel observando atentamente, y cuando la jóven abrió una ventana para respirar el aire del campo, la reconoció.

—¡Victoria! se dijo ¡es ella! la avisaré y quedaré con Manuel en los medios de salvarla.

Inmediatamente escribió la nota que leímos con Cármen, y esperó oculto á que saliera Víctor para arrojarla.

Cuando el teniente la Rochet salió y Angel envió su aviso, corrió por una trocha oculta entre los olivares á alcanzar los caballos que tenia encargo de guardar.

Al llegar á ellos el teniente Víctor, el soldado Valentin fumaba tranquilamente esperándole.

## CAPÍTULO IX.

## TRAVESURAS DE ANGEL.

Nuestro bravo teniente Ponce no perdía el tiempo entre los franceses. Gracias al conocimiento que tenía de su idioma, y á la proteccion que Víctor le dispensaba creyéndole el soldado Valentin, se permitía mil escapatorias que disculpaba siempre con tanta astucia, que jamás sus jefes sospecharon la causa de ellas.

Víctor, el dia que tuvo la entrevista que hemos referido con Cármen, estaba tan contrariado, tan triste, que Angel creyó poder juzgar favorablemente de aquel digusto.

—¡Bravo! decia, la hermosa española no hace feliz al francesito.

Y tomando el acento bonachon y sencillo con que imitaba á Valentin, dijo echándose atrás la gorra y rascándose la oreja como quien no sabe por dónde empieza:

—Mi teniente, sin duda que los españoles nos deparan otra desgracia.

—¿Por qué?

—Porque Vd. está hace unos días preparándose para ello....

Víctor se sonrió.

—Quizá tengas razón, dijo, pero hay otra causa.

—¡Ah, ya! Mi teniente tendrá deseo de ver nuestra Francia...

—Sí, contestó Víctor, y como si tomase de repente una resolución, dijo á Valentin deteniendo su caballo:

—Dime, Valentin, tienes novia?

—¡Ay! Señor, la bayonesa más linda que viste saya corta y pañuelo azul.

—Y dime, la quieres mucho?

—¡Cómo! Vaya, pues cree mi teniente que yo no tengo sangre en las venas?

—No hombre, no digo eso, ¿pero serías capaz por ella de una locura?..

—De mil locuras sería yo capaz por mi Leona...

—¿Se llama Leona?

—Leona se llama, y por mi alma que el nombre le está muy bien.

—¿Es áspera?

—¡Ay! suspiró Valentin por toda contestación.

—Y dime, si tú estuvieses enamorado de ella, y ella, vamos, no te quisiera, qué harías tú?

—¡Cómo! dijo Valentin con una gran candidez; sabe mi teniente que mi Leona no me quiere?

—Hombre, no; es suponer...

—¡Ah! ¡ya! Me habiais dado un susto! Pues bien, si no me quisiera, si no me quisiera, ¡pardiez! si ella no me quisiera, yo no la querria tampoco.

Angel se reia por lo bajo de lo bien que imitaba á Valentin, y se proponia sacar gran fruto de aquella conversacion, pues habia comprendido que Víctor, á semejanza del gran Molière, que leia sus comedias á su cocinera y escuchaba sus consejos, queria exponer su situacion á Valentin para oir el suyo.

Víctor suspiró levemente.

—Y si no podias dejarla de querer?

—¡Tambien es verdad! ¡Caramba! qué talento teneis, mi teniente, no habia pensado en ello.

—Pues bien, qué harías?

—¡Diablo! Es cosa difícil para decirlo así, tan de repente...

—Piénsalo, entónces.

—Pues bien, si no podía dejar de quererla, la obligaría á que me quisiera.

—¿De qué manera?

—No lo sé, pero en último caso...

—Y bien.

—La mataría, dijo Angel mirando fijamente á Víctor.

Este se estremeció y contestó con presteza:

—¡Vive Dios! que tus remedios, Valentin, son peores que el mal...

—Como mi teniente me apuraba.

—Y dime, dijo Víctor llevando la cuestion á su verdadero terreno; si tú estuvieses enamorado y la mujer que amases no te quisiera, y sin embargo se hallara en tu poder...

—¡Eh! Vaya, vaya, la cosa era fácil.

—No: es una mujer altiva y fiera...

—¡Ah! dijo Angel dando á su voz una inflexion de la que se arrepintió instantáneamente; ¿pues no era supuesto lo que hablabamos?

—Oye, Valentin, tengo confianza en tí...

—Mi teniente puede tenerla, yo soy mudo cuando me conviene.

—Ya lo sé; pues bien, hay una mujer de la que estoy locamente enamorado, y esta mujer no me quiere...

—¡Cáspita! ¡Pues tiene muy mal gusto!  
Víctor sonrió satisfecho.

—Es una española...

—¡Ah! son hermosas pero indomables...

—Es verdad, pero la tengo en mi poder...

—Entonces, dijo Valentin con picaresca entonacion.

—¡Ah! me inspira un respeto tan grande como mi amor.

Valentin se estremeció de placer...

—¿Y es hermosa, mi teniente?

—¡Ah, sí! Hermosísima; es tan linda, tan altiva, tan digna, que haria una adorable madama de la Rochet...

—¡Caramba! El señor ha pensado en casarse con ella!

—Sí.

—Es una tontería...

—Casi tienes razon, pero la amo.

—Entonces no digo nada.

—Si te he hablado de esto, Valentin, es porque necesito de tí.

—Mi teniente puede mandarme.

—Gracias; yo quizás no pueda venir cada dia, y en ese caso vendrás tú.

—¿A dónde, señor?

—Ya te se dirá.

—Está bien.

—¿Tú sabes español?

—Ay, mi teniente, no entiendo una palabra de esa maldita jerga.

—En ese caso, tú le dejas las provisiones y te retiras.

—Corriente, dijo Angel, cuyo corazón latía con violencia.

—Mañana te daré instrucciones.

Y arrancando al galope llegó en breve al campamento.

Era ya de noche, y Angel fué á dejar debajo del puente un papel que decía:

«Mañana veré á Cármen: está salvada, nada temas.»

Y volvióse al vivac francés á esperar los acontecimientos.

## CAPITULO X.

### CANDIDEZ DE VALENTIN.

Víctor tenía necesidad de buscar quien le ayudara en el cuidado de su prisionera.

El no podía cada día ir á verla, y la amaba demasiado para dejarla expuesta á sufrir privaciones.

Buscó, pues, al que le inspiraba más confianza, y como Valentin, aunque cándido y bonachon parecia fiel y discreto, no dudó en confiarle su secreto, que estaba muy léjos de suponer no lo fuese ya para el soldado.

Así fué, que un día despues de esta conversacion, se dirigió con Valentin á un sitio solitario con pretexto de explorar el terreno, y dándole la llave de la casita le dijo que fuese á ella y llevase á Cármen provisiones que podria comprar en Alagon.

—Pero mi teniente, y si me habla algo, ¿qué hago yo?...

—Le dices que vas de mi parte.

—Yo! Si no la entenderé, ni ella á mí!

—Ah! es verdad! tanto mejor, entónces no le dices nada.

—Pero y si alguien me vé...

—Dices que vas á una comision mia.

—Está muy bien.

—Toma, le das esta carta.

—Corriente: hasta más ver, mi teniente.

—Adios, Valentin, mucha discrecion.

—Bah! Como una tumba.

Y guardando la carta en el pecho, echó á andar rápidamente á traves de los olivares.

—Es ágil y fiel, dijo Víctor mirándole alejarse, y era preciso valerse de alguien.

Angel habia ya desaparecido y Víctor volvió al campamento.

Sigamos á Angel.

Despues de haberse alejado lo suficiente para no ser visfo, sacó la carta del pecho.

—Bah! dijo: estúpido, la escribes en español porque yo no lo entienda!...

Y desdoblándola se dispuso á leerla.

Víctor aseguraba en ella su amor á Carmen, y despues de explicarle por qué no

iba, le pedia una palabra de esperanza para realizar sus deseos, que eran darle su nombre y ofrecerle su vida.

—Manuel es muy capaz de contestar á esta carta, se dijo Ángel, pero quiero observar á Cármen y voy á dársela.

Poco despues llegaba á la pequeña casa que servia de prision á la linda Cármen Valcárcel.

Abrió y subió despues de cerrar la puerta.

Se dirigió á la primera habitacion que encontró abierta y se detuvo indeciso en el dintel.

Un cuadro encantador se ofreció á su vista.

Cármen, fatigada sin duda de sus inquietas noches y continuas zozobras, se habia dormido reclinada en un alto sillón.

En el suelo, junto á sus pies, habia un largo alfiler de oro que se habia caido de su peinado, y una parte de su magnífica cabellera, desprendida sin este sosten, caia en brillantes ondulaciones sobre sus hombros y su seno.

La cabeza se apoyaba en la palma de la mano, y su brazo blanco y mórbido parecia robado á una estatua griega. La inquietud que agitaba su espíritu habia hecho

palidecer sus mejillas, y como si toda su vida hubiera afluido á sus labios, éstos sólo denotaban en su encendido color, la fuerte sávia de la juventud y la salud de su ardiente sangre.

Angel la contempló un momento con delicia, se inclinó para recoger el alfiler de oro que guardó en su pecho y movió un mueble para hacer ruido.

Cármen despertó con viveza y al ver á Angel lanzó un ligero grito.

—Señora, dijo Valentin en francés y fingiendo la voz: mi teniente me ha encargado que dé á Vd. esto.

Y alargó la carta á Cármen.

Esta la leyó con indiferencia y la rompió en pequeños pedazos.

—Decidle de mi parte, que yo le odio, dijo.

—No comprendo, dijo en francés Angel.

Cármen, que no sabia este idioma, se encogió de hombros y le volvió la espalda.

Angel se aproximó á ella.

Cármen se volvió vivamente y con un movimiento de leona irritada.

—Hablemos como amigos, Cármen, dijo Angel en su voz natural.

—¿Quién sois?

—Qué? no me habeis conocido? Soy Angel Ponce y vengo á salvaros.

—¡Dios mio! ¡Es posible! ¡El amigo de Manuel!

—Sí; yo que disfrazado con el uniforme de un soldado francés muerto en Zaragoza, he venido á buscaros para volveros con auestra familia.

—Oh! Gracias, Angel, gracias; Dios os ha inspirado. ¿Pero cómo es que teneis la llave de esta casa?

—Me he ganado la confianza del teniente Víctor, y vengo encargado por él á traer á Vd. cuanto necesite.

—¿Y me va Vd. á sacar de aquí?

—Ah! hoy no. Es preciso no perder lo adelantado con una imprudencia: Manuel lo sabrá y vendrá en mi ayuda.

—¿Y he de quedar yo aquí?

—Sí, de otro modo seriamos descubiertos y todo se habria perdido.

—Tiene Vd. razon; ¿y qué hay que hacer?

—Esperar: yo voy á Alagon, donde haré que un herrero me haga una llave de esta puerta; una noche vendré con Manuel, y quizá con algunos más, para que Vd., vestida de hombre pueda acompañarnos. —

—¿Y será pronto?

—No lo sé, pero creo que sí; ¿quiere Vd. escribir algo á Manuel?

—No tengo con qué hacerlo.

Angel dió á Cármen un lápiz y un pedazo de papel, en el que ésta escribió rápidamente algunas líneas.

—Ahora comprendo, dijo entregando lo escrito á Angel, era Vd. el que me envió un aviso...

—Sí, pero mucho cuidado, señorita; si el teniente Víctor sospecha, todo se ha perdido.

—No sospechará.

—Entre tanto puede Vd. estar tranquila; la ama demasiado para faltarle.

Cármen se ruborizó levemente.

—Y ahora adios, dijo Angel; nada tema Vd. y confie en mí.

El soldado Valentin, dos horas despues de estos sucesos, daba cuenta á su teniente de la excursion á la casita con una candidez verdaderamente pasmosa.

## CAPITULO XI.

## DOS AMORES.

Volvamos á Zaragoza, donde dejamos á Luis de Sandoval gravemente herido y á las señoritas de Castillo asistiéndole.

Manuel apénas se detenía en su casa, y Blanca era la que cuidaba de que nada faltase á su primo.

Estrella, por una extraña casualidad, estaba enferma tambien, pero su enfermedad volvía loco al viejo doctor que desde que nació la conocía.

Estrella no era ya la niña alegre y riente que hemos visto; era una señorita pálida, triste, pensativa, que no dormía, que apénas tomaba alimento y que lloraba con frecuencia.

—¿Qué tienes, Estrella mia? le preguntaba cariñosamente Blanca.

—No lo sé; pero quisiera morir.

—¡Tú! ¿Por qué?

—Para mí no tiene ya encantos la vida.

—¡Estás loca! ¿Pues hay una criatura que pueda considerarse más feliz que tú? ¿No te queremos todos, no eres jóven y hermosa? ¿Qué te falta pues?

Estrella lloraba y nada respondía.

Blanca creyó como Manuel que la desgracia de Cármen era la única causa del dolor de Estrella; pero en vano le aseguraban que tenían medios de salvarla; el pesar de Estrella no cedía.

El doctor no sabía qué pensar, pues entonces no abusaban tanto de esa disculpa constante de nuestra época, del gran problema de la medicina, *los nervios*: cómoda enfermedad que ha heredado las fastidiosas prerogativas del romanticismo.

Y en verdad que ese mal parece ser patrimonio exclusivo de ciertos seres que encuentran una especie de ocupacion en quejarse de males imaginarios, pues el pueblo que trabaja no llega á padecer esa enfermedad invisible, que tan cara cuesta á ciertos padres de familia y á ciertos maridos, que acaso pudieran afirmar, y no nos atreveríamos á desmentirlos, que los síntomas más alarmantes de esa enfermedad se perciben en el bolsillo.

El bueno del doctor Suarez se perdía una gran evasiva con no culpar á los nervios de Estrella de su mal, y se devanaba los sesos inútilmente para buscar la causa.

A propósito, quisiéramos encontrar la explicacion de la metáfora, *devanarse los sesos*, que hemos usado sin pensarlo y casi por costumbre; pero á la verdad no damos con ella.

Si fuera *devanar las ideas*, es decir, desenredarlas, lo comprenderíamos más, porque á veces la más enmarañada madeja es fácil y llana en comparacion de un pensamiento, pero los *sesos*... no lo comprendemos.

Esto no quiere decir que nos apure el no comprenderlo, pues hay muchas, muchísimas cosas con las cuales nos sucede lo mismo.

Pero no divaguemos.

El bueno de Suarez buscaba en vano la causa del mal de su querida niña y no la encontraba; pues aquella causa, cuyo efecto era tan triste, estaba en el corazon de Estrella, ó más bien en la cabeza.

Y ahora se nos ocurre otra duda.

El corazon si pudiera se quejaria amargamente de ser siempre el *único acusado*

en las *causas* que el amor entabla ante el tribunal de la razón.

Compadecemos al corazón como á una inocente víctima á quien se acusa sin pruebas.

Porque ¿quién asegura que el amor reside en el corazón?

¿Y si ha elegido el alma por asilo? ¿Y si tiene como magnífico palacio el cerebro?

Hé aquí la definición que un hombre de gran talento y no materialista, hace de la formación del pensamiento:

«El alma, dice, es la que concibe, la que siente por una percepción rápida y perfecta, la razón de las cosas.

»El alma por sí misma es la que *piensa*, y sus pensamientos quedan como en depósito en esa grandiosa máquina que se llama cerebro; y allí, por una elaboración misteriosa que la razón no se explica, adquiere la idea su perfectibilidad, su esencia, su luz.»

No queremos plantear una cuestión psicológica con esta teoría, que no se nos negará es notable, y la citamos en apoyo de nuestra idea de salvar al pobre corazón de tantas inculpaciones injustas, porque el amor puede como el pensamiento vivir en el cerebro.

¡Pobre corazón!

Tanto como se ha escrito, como se ha hablado acerca de tus sentimientos, y tú, impassible, sigues tu movimiento regulador de la sangre, como seguía su movimiento el mundo cuando nadie lo notaba, y á Galileo se le hacia callar si lo demostraba así.

Quedemos, pues, en que el amor no tiene residencia fija y en que es cuando ménos gratuita y aventurada la suposicion de que el corazón le preste asilo.

Estrella sentia los primeros alarmantes efectos de esa oculta causa.

Amaba y su pasión, pues bien podemos llamarla así, se excitaba con el dolor de los celos, especie de víbora moral que envenena el alma con su invisible picadura.

Amaba á Luis de Sandoval, que á su vez estaba enamorado de Blanca por una sucesion de circunstancias de que ya hablaremos á nuestros lectores.

La pobre niña no habia podido ver de cerca y constantemente á su primo sin sentir hácia él una vivísima simpatía, que insensiblemente se iba cambiando en pasión.

Cada vez que el herido suspiraba el nombre de su hermana, su alma se llenaba de

dolor y las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Estrella era una niña mimada y caprichosa; su carácter voluble y ligero no habia tenido más freno que el suave y angelical carácter de Blanca y el apasionado cariño de Manuel.

No tenia pues en sí misma, en su razon ni en su inteligencia los medios de vencer, de encauzar al ménos aquel sentimiento naciente que amenazaba envolver sus sentidos, como envuelve el torrente las flores de la selva.

Algunos dias habian pasado.

Luis estaba mejor.

Medio sentado en el lecho oia con gran placer las noticias de las victorias alcanzadas por sus paisanos sobre los franceses, que Manuel le comunicaba.

—Pero, mi querido Luis, ¿cómo estabas en Zaragoza sin decirnos nada, sin venir á vernos? le preguntó.

—Ya lo sabes, Manuel, queria distinguirme y que mi nombre me precediera... Queria conocer á Blanca sin ser visto por ella; la casualidad, ó más bien la Providencia han dispuesto otra cosa, y aquí me tienes, pues, sin haber realizado ninguna de mis ambiciones...

—Seguramente que no entraba en ellas, por muy ambicioso que seas, el ser asistido por estos dos ángeles, dijo Manuel sonriendo y señalando á sus hermanas que llegaban.

—Es verdad! dijo Luis envolviéndolas en una cariñosa mirada.

Estrella vió aquella mirada y palideció densamente.

—Dios mio! qué tienes? dijo Manuel dirigiéndose á Estrella; estás pálida y temblorosa...

Luis miraba á Blanca de una apasionada manera, sin apercibirse de lo que á Estrella sucedía.

Estrella quiso hacer un esfuerzo para contestar á su hermano y no pudo hablar, porque los sollozos ahogaron su voz; se arrojó en sus brazos y siguió llorando.

—¿Qué tienes, Estrella? dime la verdad.

—Yo no lo sé, dijo Blanca aproximándose al grupo que sus hermanos formaban; pero Estrella está sin duda enferma, llora mucho, no duerme, no come...

—Dínos lo que tienes, hija mia, yo te lo ruego, dijo Manuel.

—No tengo nada, dijo la niña tranquilizándose; os lo aseguro, estoy triste porque no veo á Cármen.

—Mi querida niña, dijo Luis sonriendo; permíteme que yo dude de la exactitud del motivo con que justificas tu tristeza.

Estrella se puso encendida como una rosa y nada contestó.

—No, Luis, dijo Manuel; lo que Estrella dice es verdad, pues ya sabes cuán justo es su pesar y cuán desagradable el motivo que lo produce.

—En ese caso rectifico mis dudas...

Blanca pensativa y triste se había sentado con Estrella junto al lecho en tanto se paseaba por el cuarto.

De pronto se oyó un gran ruido en la calle, como si una multitud pasara por ella presurosa.

Manuel se detuvo á escuchar.

En el mismo instante Luis que había palidecido y en cuyo rostro se notaba una contracción de dolor contenida, cayó sobre la almohada casi exánime, y una convulsión desfiguró su expresivo semblante.

Los tres hermanos volaron hácia él; Blanca pálida como si fuera á morir, Estrella horriblemente asustada.

—¿Qué es esto? dijo Manuel, ¿estaba tan bien hoy!...

—Ah! parece que se va á morir, dijo en

voz queda Blanca, haz que busquen al doctor, Manuel.

—Yo tengo que irme en este instante, pero lo diré.

—¿Por qué te vas?

—El general Palafox quiere que juremos la bandera de la Virgen; ese ruido anuncia que es ya hora.

—Dios mio! y qué haremos?

—Tú, Blanca mia, como siempre cuidarás de todo.

Y Manuel salió despues de besar á sus hermanas.

—Estrella, por Dios, haz que busquen al médico, dijo Blanca en tanto que pasaba por las sienes de Luis un pañuelo humedecido en agua.

Estrella salió y dió esta órden.

Volvia al cuarto de Luis cuando los pasos precipitados de los que cruzaban la calle llegaron á su oido.

—¿Qué es eso? preguntó á Pilar.

—Van á jurar la bandera de la Virgen.

—Ah! dijo Estrella, y siguiendo sus volubles impresiones en vez de volver al cuarto de Luis, se fué al suyo para ver desde el balcon á la gente que cruzaba.

Blanca entre tanto hacia inútiles esfuer-

zos por volver á Luis á la vida.

—¡Dios mio! dijo llorando de rodillas; yo os ofrezco mi felicidad por su vida... Yo os prometo renunciar á lo que más ame si le volveis la salud... yo ofrezco mi vida entera á vuestra santísima Madre...

Tienen razon los que dicen que no todos los amores viven en el corazon: al conocer el mútuo sentimiento de las dos hermanas, ¿podriamos asegurar que ambos anidasen en él?

El amor de Estrella era uno de esos amores que flotan sobre el pensamiento como la esencia sobre las flores; el amor de Blanca de los que deciden de una vida.

Al más grande, al más puro le guardaba Dios el sacrificio.

## CAPITULO XII.

## ALGO DE HISTORIA.

Ya que la época en que tienen lugar los acontecimientos que nos proponemos desarrollar en esta novela nos relaciona con la gran epopeya de nuestra patria, con la gloriosa guerra de la Independencia, que tan alto elevó á la vista del mundo el pabellon español, séanos permitido detenernos, siquiera sea ligeramente, ante algunos de sus episodios, tanto más grandes cuanto más olvidados están en esta época de continuas agitaciones y de aspiraciones imposibles.

Nada más grato para el escritor que detener su pensamiento con orgullo en las glorias de su patria.

Zaragoza es uno de los astros más brillantes del cielo de nuestra historia.

Nada más grande que su heroica defensa.

Aquella resistencia audaz y desespera-

da, cuando no contaba con ningun medio para sostenerse; aquella enérgica voluntad de vencer y aquella decidida resolucion de morir, eran el grito de alarma dado á la Europa entera, dominada y asombrada por los vencedores de Austerlitz y Marengo.

Es verdad que Zaragoza encerraba una brillante pléyade de caballeros españoles y que ellos, por su *Dios*, por su *Patria* y por su *Rey*, se disponian á morir.

Allí habia héroes como Palafóx; su hermano el Marqués de Lazan, gobernador militar de la ciudad; Cerezo; Renovales; Sas; Qüadros, que fué voluntariamente á morir entre las ruinas de Santa Engracia y del cual Palafóx dice en un documento por él firmado que se conserva en la Academia de la Historia, y del cual tenemos copia testimoniada: «Que el brigadier de los Reales ejércitos, D. Antonio María de Qüadros, gobernador político y militar de Teruel, se presentó con todas las fuerzas que pudo reunir, abandonando su familia, intereses y comodidad, para ofrecerse al riesgo y fatiga de un sitio de la naturaleza del que tratamos. Que pudo permanecer en la ciudad de Teruel, bien á cubierto de toda nota en esta parte, considerando el

Gobierno que servia y distinguidas ocupaciones que allí lo llamaban al mismo objeto, pero prefirió á todo el mérito de la espada, el sacrificarse en defensa de la *Religion*, del *Rey* y de la *Patria*, distintivo de la causa de la virtud y bizarría.»

¿Quién era el brigadier Qüadros? pregunta el distinguido escritor Eguilaz en un magnífico artículo que dedica *al héroe de Santa Engracia*.

Permítannos nuestros lectores que copiemos aquí su contestacion, honrando con ese brillante párrafo nuestras humildes páginas:

«Qüadros, dice el notable escritor, es sencillamente un caballero español: es noble, es rico, es venturoso al lado de una esposa amada y de tres hijos pequeñuelos; manda en Teruel y ninguna obligacion militar le corre en ir á buscar la sepultura en aquella inmensa tumba que se llama Zaragoza; honrosamente podia permanecer en la ciudad y distrito confiados á su mando, gozar allí sin peligro de su ventura y riqueza; pero ya os lo he dicho, era español y caballero, y entre la dicha que en Teruel le rodeaba y la muerte por la patria que desde Zaragoza le sonreia, no

vaciló un instante, y decidido corrió á desposarse con la muerte.»

Corazones así son la mejor defensa de una nacion y Zaragoza nada temia.

Cada dia tenian lugar nuevos hechos de valor heróico, de abnegacion sublime, que eran el orgullo de España y la admiracion del mundo.

España sentia esa embriaguez de sí misma, ese parasismo de grandeza que hace á veces de un gran pueblo una gloriosa cripta de mártires y héroes.

Cada uno llevaba al altar de la patria el sacrificio de sus afecciones, de su sangre, de su vida.

En aquella época no se pensaba en analizar los deberes; sólo se pensaba en cumplirlos.

Los jefes militares se congregaban voluntariamente con las personas y corporaciones más distinguidas para acordar los medios de defensa.

El entusiasmo producido por las últimas victorias se sostenia con noticias halagüeñas, con esperanzas de socorros, y para unir más y más los corazones de aquellos valientes, la junta acordó exigir un público y solemne juramento tanto á las

tropas como á los voluntarios.

En la plazuela del Cármen y en las puertas de la ciudad se agolpaba la multitud para presenciar la ceremonia, á que asistían nombrados por la junta el gobernador D. Pedro Valero, el Vicario de la Seo D. Joaquin Mazad, el regente de la Real Audiencia D. Francisco Lozon, y el decano del Ayuntamiento D. Rafael Franco de Villalba.

Un destacamento del regimiento de Extremadura con su música seguía á la comitiva, llevando la bandera de la Virgen del Pilar.

Cuando las tropas formaron en los sitios designados y elevando esta santa bandera se formuló el siguiente juramento, un silencio solemne y sagrado reinó en aquella multitud, y ni una sola palabra se perdió de esta pregunta que probaba la fe y el valor de aquellos nobles españoles:

«¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, el defender vuestra Santa *Religion*, á vuestro *Rey* y vuestra *Patria*, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros jefes, y esta bandera protegida por la Santísima Virgen del Pilar, vuestra Patrona?»

Una voz unánime, entusiasta, ardorosa; una voz general en que palpitaba la fe y el valor, contestó atronadora:

—*Sí, juramos.*

El pueblo, á quien un juramento unia, el pueblo que levantaba sus creencias y sus deberes por encima de todo, tenia que ser invencible.

Y decimos invencible, porque no se vence al pueblo que muere defendiéndose; y si Zaragoza cayó, fué destrozada y dejando en sus gloriosas ruinas los monumentos más grandes de su valor y su hidalguía; dejando en cada piedra un nuevo timbre para la nacionalidad española, esmaltado con la sangre de sus hijos.

Después de la ceremonia antedicha, el pueblo se dispersó dispuesto á morir luchando á la sombra de su gloriosa y bendita bandera.

## CAPÍTULO XIII.

## UNA BUENA NOTICIA.

Manuel del Castillo ocupaba con su compañía la batería del Portillo, cuando los que trabajaban en ella observaron que hacía las tápias del cementerio, en el camino de Alagon, se veían algunos soldados franceses que hacían amistosas señas á los que coronaban la batería.

Era muy comun el que los franceses se valiesen de esos medios, ya para hacer proposiciones á los españoles, ya para hacer llegar á ellos proclamas ó gacetas.

Los defensores de Zaragoza, creyendo que aquellos soldados intentaban pasarse, contestaron con pañuelos á sus señales, y entónces los franceses avanzaron decididamente hácia ellos.

Algunos soldados y oficiales saltaron los parapetos y fueron á encontrarse con sus enemigos.

Manuel era uno de ellos; y cuál sería su asombro al reconocer bajo el uniforme de un soldado imperial á su amigo Angel Ponce, que le dirigia una rápida mirada de inteligencia. En tanto que los franceses instaban á los españoles á que les siguiesen, para que fuese mayor el número de los que se unieran á ellos, y los españoles pedian que dejasen los fusiles, Manuel pudo aproximarse á Ponce y cambiar rápidamente algunas palabras.

—¡La he visto! le dijo Angel.

—¿Dónde está?

—En una casita en el campo, cerca de Alagon; ¡está sola!

—Ah! y cuándo la salvaremos?

—Toma, dijo dándole un papel doblado al alargarle un cigarro encendido, tú dirás.

—¿Estos se pasan? preguntó Manuel muy quedo.

—No: es una añagaza; quieren ver un jefe y hacer proposiciones.

—Bien.

—Retiraos pronto.

Angel y Manuel se separaron y cuando el jefe francés expuso á los españoles que debian proponer á sus jefes una capitulacion, pues la resistencia era inútil, cuando

los españoles se retiraron á las baterías coronadas de gente que esperaban el desenlace de aquel suceso, Manuel desdobló en el hueco de la mano el pequeño papel que le dió Angel y leyó en él:

«Manuel, no te olvido, y desde que he sabido que vendrás á salvarme nada temo. No tardes, pues sufre mucho léjos de sus padres y léjos de tí,

CÁRMEN.»

Lo escrito por Angel era más largo; proponia á Manuel los medios de salvar á Cármen, dándole pormenores de la situacion de la jóven.

Apénas se vió libre nuestro bravo capitán, corrió á la casa de Valcárcel.

Los dos ancianos lloraban constantemente á su hija, á la cual no esperaban volver á ver.

Cuando Manuel llegó, una expresion de temor y esperanza se pintó en el semblante de D.<sup>a</sup> Manuela, y saliendo á su encuentro le preguntó con ansiedad:

—¿Qué hay?

—Hemos encontrado á Cármen, contestó sencillamente Manuel.

—¡Dios mio! ¿Y dónde está?

—Es aún un secreto; pero basta saber

que está buena, que la salvaremos, y que en breve estará al lado de sus padres.

—¿Será posible?

—Así lo espero al ménos, y confío en que Dios ha de ayudarnos.

—Pero ¿dónde está, dónde está? preguntó con el ansioso afán de la madre que espera, la Sra. de Valcárcel.

—Señora, dijo Manuel gravemente: comprendo y respeto vuestro anhelo, que Dios sabe quisiera satisfacer á costa de mi vida, pero no puedo.

—¿Dios mio! ¿es un secreto su paradero?

—Un secreto gravísimo. Una palabra dicha imprudentemente, la más leve sospecha, no sólo perdería á nuestra querida prisionera, sino á otro noble sér que expone su vida por salvarla.

—¡Ah! exclamó Valcárcel, ¿aquel plan?..

—¡Chits! dijo Manuel llevando un dedo á sus labios; se ha realizado y respondo del éxito.

—Ah! y en tanto que Vd. y su noble amigo se exponen por ella, yo que soy su padre permanezco en la inacción.

—No por cierto, Vd. debe ayudarnos y á eso he venido.

—Gracias á Dios! Sufria horriblemente

al pensar que nada hacia, que nada podia hacer por mi hija.

—Pues ya ha llegado el momento de contar con Vd.

—¿Y muy pronto?...

—Oh, no! dijo Manuel haciéndole una rápida señal de inteligencia que Valcárcel comprendió, sin duda, pues dirigiéndose á su esposa le dijo dulcemente:

—Manuela, hija mia, porqué no acompañas un rato á las hermanas de Manuel? las pobres niñas están solas.

—Y muy apuradas, segun creo, pues Sandoval está peor!

—¿Desde cuándo?

—Hoy estaba bien, tanto que el médico le permitió sentarse en el lecho, pero precisamente en el momento de yo salir se sintió atacado de un accidente repentino; no sé lo que será.

—¡Pobre Luis! dijo Valcárcel; y dirigiéndose á su esposa que se disponia á salir, añadió:

—Yo saldré quizás con Manuel; no te alarmes si tardo, y sobre todo está tranquila.

—Dios los guie á Vds.; dijo la pobre madre comprendiendo de lo que se trataba.

—Tengamos fé en su misericordia; Dios nunca abandona á los que le aman.

Doña Manuela salió y Valcárcel dijo á Manuel:

—¿Cuándo?

—¡Esta noche!

—Pues en marcha.

Ambos amigos salieron despues de hablar en secreto.

## CAPITULO XIV.

## OTRA ENFERMA.

Doña Manuela Moran de Valcárcel se dirigió á casa de las señoritas de Castillo, triste, pero reanimada por la esperanza de ver salvada á su hija.

Cuando entró en ella olvidó sus temores y sus esperanzas para ocuparse del cuadro de dolor que allí se le ofrecía.

Estrella, echada vestida en el lecho, estaba sin conocimiento.

Blanca se esforzaba en vano por volverla á la vida.

El doctor acababa de sangrar á la bella niña que no habia sentido siquiera que le rasgaban las venas; tan profundo era su desmayo.

Cuando D.<sup>a</sup> Manuela llegó sin ser vista junto al lecho, pues nadie se ocupaba sino de la enferma, la creyó muerta; tan densa era su palidez.

Al verla dejó escapar un leve grito de espanto.

Blanca se volvió vivamente.

—Ah! señora, exclamó, Dios la envia á Vd., ya ve que desgracia!

—¿Pero qué es esto?

—No lo sé.

—¿Qué le ha dado?...

—Señora, señorita, dijo el médico gravemente, les ruego que guarden silencio junto á la enferma; en estos accidentes se suele conservar el oido y hace un gran daño oír sin poder contestar.

Ambas callaron y Blanca volvió á fijar su mirada en el rostro de Estrella.

El médico la miraba en silencio y volvió á tomar su mano para contar sus pulsaciones, cuando Estrella haciendo un brusco movimiento abrió los ojos, miró con espanto á todos y los cerró de nuevo, llevando su mano al corazón y exhalando un gemido.

—Estrella, Estrella mia, se apresuró á decir Blanca, qué sientes?

—Callad, señorita, dijo el doctor, le hareis daño!

Y aproximando á los labios de la linda enferma un vaso que contenia un medicamento, le dijo:

—Bebed esto, señorita.

Blanca acudió presurosa á levantar su cabeza y Estrella bebió lentamente.

Un arrebatado color de púrpura habia sucedido á su lívida palidez, y apénas podia abrir los ojos que cerraba la calentura.

—Oh, oh! qué es esto? dijo el doctor consultando el pulso, ¡lo que yo temia! Pronto, dijo volviéndose hácia Blanca, descúbrale usted un pié, voy á sangrarla de nuevo.

—Pero qué tiene?...

—Vamos, señorita, no hay tiempo que perder...

Doña Manuela que estaba aterrada, pues habia comprendido por esa mirada hostil que los médicos toman ante el peligro, que la niña estaba muy mala, recogió las ropas de Estrella lo bastante para dejar el pié descubierto y le despojó de su blanca media.

El médico asió aquel pié, que era muy lindo, y sin fijarse en su forma que hubiera envidiado Fidias para sus estatuas, rasgó sus venas.

—A ver, dijo imperiosamente, una almohada más á esta niña, tiene la cabeza demasiado baja.

Blanca obedeció en silencio.

—Bajad esa luz, que vea yo la sangre!

Doña Manuela inclinó la luz y su mano temblaba tanto que á poco la deja caer.

—Animo, señora, dijo el doctor, la cosa no es tan séria como hace un momento he temido.

—Ah!

—Sí: á medida que veo salir la sangre, voy cobrando esperanza.

—¿Pero cómo ha sido esto? Estrella estaba buena!

—No lo sé: se me ha llamado para atender á ese jóven herido, al que he encontrado muy malo, y la niña estaba ya sin sentido. El doctor Suarez, en tanto que decia esto, vendaba el pié de la enferma.

—Señorita, dijo á Blanca, habeis dado al herido la bebida? son las ocho.

—Voy á dársela, contestó Blanca.

Cuando llegó al cuarto de Luis temblaba toda y sus sienes parecia que iban á estallar.

—Dios mio, murmuró, sostenedme, no sé lo que va á ser de mí.

Y reanimándose por un poderoso esfuerzo de su voluntad, llegó junto al lecho y tomó de una mesita próxima en que estaban colocadas las medicinas, una botella y una cuchara.

—Luis! dijo con voz suave.

—Luis, repitió, Luis, soy yo.

Sandoval abrió los ojos lentamente.

—Ah! dijo, eres tú Blanca! qué horrible sueño! He creído morir!

—Bebe esto.

—No quiero nada...

—Bebe, Luis; yo te lo suplico.

Luis bebió en silencio.

Blanca temblaba de tal modo que la cuchara se escapó de su mano.

—¿Por qué tiemblas? dijo Luis.

—Ah! exclamó pasándose la mano por la frente como si despertase; ya lo sé, era verdad.

—¿El qué?

—¡El que Estrella ha muerto!

Blanca se estremeció violentamente.

—No, dijo, está bien.

—¿Por qué me engañas?

Blanca vacilante cayó sobre una silla.

Su cabello descompuesto se escapaba en retorcidos de oro sobre su espalda, el espanto que brillaba en sus ojos y su densa palidez parecían iluminar su semblante.

Luis la contemplaba en silencio.

—Ah! dijo, qué hermosa eres, Blanca mía! Yo te amo!

—Luis, qué locura, á qué pensar en mí!  
Duerme y descansa.

—No, no te vayas, no quiero dormir.

—El doctor te prohíbe hablar.

—El doctor no sabe que mi vida eres tú.

—Necesito dejarte y quiero que me prometas dormir tranquilo.

—¿Por qué te vas?

—Es preciso, pero vuelvo pronto.

Luis nada dijo, pero siguió á Blanca con una mirada de inmenso amor.

Cuando ésta llegó á la habitacion de Estrella la jóven deliraba de una manera confusa. Sus palabras entrecortadas sin sentido, parecian una fatigosa y balbuciente queja.

—¿Cómo está? preguntó anhelante.

—Mucho mejor, dijo el doctor á la jóven; voy á recetar y volveré: ¿cómo sigue Sandoval?

—Queda tranquilo, pero me parece que muy débil; apénas puede levantar la cabeza.

—Es natural; ha perdido mucha sangre: adios, hija mia, ya dejo á Vd. escrito el plan que ha de seguir con los enfermos; descanse Vd. algo, que bien lo necesita.

Blanca acompañó hasta la escalera al doctor y volvió al lado de D.<sup>a</sup> Manuela.

—Señora, le dijo, por más que su presencia sea para mí un supremo consuelo, yo no puedo abusar de su bondad reteniéndola aquí...

—Hija mia, tu hermano y mi esposo han salido juntos, y no volverán esta noche; se trata de Cármen...

—Ah! dijo Blanca; perdóneme Vd: en mi dolor he olvidado el suyo y no os he preguntado por ella.

—Se espera salvarla, no sé nada más; esta noche estoy sola y ya que no podría dormir, la pasaré á vuestro lado.

—Gracias, señora, gracias, acepto con todo mi corazon; no sé si es que estoy loca, pero las ideas se confunden de tal modo en mi pensamiento, que ahora mismo vacilo sin saber darme cuenta de lo que sucede.

—Valor, hija mia; Dios mide la fortaleza de un alma ántes de enviarle sus pruebas...

Estrella continuaba murmurando palabras sin sentido.

Blanca la despojó de sus ropas y la puso en el lecho con sumo cuidado.

Despues fué á sentarse con D.<sup>a</sup> Manuela á un gabinete cercano, junto á una ventana

entoldada de enredaderas, cuyas azules campanitas parecían brillar iluminadas por la luna.

La vieja Pilar quedaba junto á la enferma.

—Hija mia, dijo Doña Manuela con bondadoso acento; si no te molestas, dime qué ha pasado aquí: tengo una gran impaciencia... que disculpa mi cariño.

—Sí, teneis razon; voy á decíroslo todo; á quién mejor que á la amiga de mi madre puedo abrir mi corazon!

—Bien sabes como yo te amo.

—Lo sé, señora, y lo estimo, gracias: va Vd. á saber lo que ha sucedido.

En este momento, un grito de Estrella la hizo acudir presurosa á la alcoba.

La pobre niña, con los cabellos en desorden, las mejillas encendidas y los labios palpitantes, rechazaba á Pilar que pugnaba por tranquilizarla.

—Luis, Luis, decia la enferma, ¿lo ves? quieren alejarme de tí, quieren matarme, sí, matarme, porque yo sin tí me moriré... ¡Blanca!... tú la amas á ella, sí, la amas, yo lo sé, lo he oido, y he creido morir... Me duele la frente; ¿lo oyes? es que mis pensamientos la abrasan... tú quieres morir por

Blanca, yo quiero morir por tí!

Blanca, como el que descubre la clave de un misterio largo tiempo ignorado, oía á su hermana con una sorpresa mezclada de estupor.

Sin atreverse á dar un paso, ni á pronunciar una sola palabra, fijaba en ella una mirada de espanto.

Aquellas palabras, aquella revelacion inesperada, hundian el edificio de sus esperanzas, como hunde el rayo escapado de la tempestad, el templo consagrado á Dios en la cumbre enhiesta de la montaña.

Porque si Estrella amaba á Luis, si Estrella moria por él, Blanca tenia que renunciar á la felicidad.

Para aquel corazon generoso, en quien la abnegacion era innata, no existia como imposible el sacrificio, sino como necesario.

—¡Ah! señora, dijo á Doña Manuela que escuchaba llena de asombro, ahora puede ser completa mi revelacion!

Y tomando la mano de la señora de Valcárcel, la llevó al sitio que ántes ocupaban, y se dispuso á hablar.

Oigámosla, pues; ya es tiempo de que sepan algunos detalles de esta historia nuestros lectores.

## CAPÍTULO XV.

## EXPLICACIONES.

Blanca se hallaba en uno de esos momentos en que la expansion es tan necesaria al pensamiento, como la respiracion á los pulmones. Diríase que la confianza que hace comunicar nuestros sentimientos á una persona amiga, es como una especie de respiracion moral que alivia el alma, disipando las sombras condensadas sobre ella.

—Hace diez años, señora, comenzó Blanca, que hice yo mi primera comunión, y en aquel dia que siempre vivirá en mi memoria, recibí de mi madre un escapulario como éste.

Y Blanca mostró el que guardaba manchado con la sangre de Luis.

Doña Manuela la miró en silencio.

No comprendia por qué la jóven comenzaba de tan léjos la historia de aquellos sucesos recientes.

Blanca prosiguió:

—Un escapulario igual fué enviado por mi madre á su hermana Luisa, para que lo llevase su hijo, que como yo tenia diez años, y como yo hacia su primera comunión. Mi madre adoraba á su hermana que era su única familia, y queria como á un hijo á mi primo Luis, que es ese jóven que está abí herido...

—Es posible? exclamó D.<sup>a</sup> Manuela.

—Los primeros años de nuestra vida, continuó Blanca, los habiamos pasado juntos, ya durmiendo en la misma cuna, ya divirtiéndonos con los mismos juegos. Mi madre me decia muchas veces, cuando mi pensamiento se despojaba de los velos de la niñez, para bañarse en la luz de la razon:

«—Hija mia, no olvides á Luis, él será tu esposo»

Yo no lo habia visto desde que ambos teniamos ocho años; pero su nombre constantemente repetido por mi madre, vibraba en mi corazon. Mi padre habia muerto ya, y mi hermano era demasiado jóven; mi madre sola podia decidir de mi destino. Mi corazon se formaba guardando siempre en su fondo el recuerdo de Luis, el recuerdo y la esperanza; pues él era todo para mí.

Su madre cuidaba de mantener viva en el alma de su hijo mi imágen, y puede decirse que el primer latido de nuestros corazones, que el primer sueño de nuestros pensamientos, han sido del uno por el otro, y del uno para el otro. Mi buena madre voló al cielo cuando yo tenía quince años, y en ese tiempo no era ya una ilusion instable y ligera lo que sentia por Luis, era un cariño profundo que debia llenar mi vida. Conocia su alma por sus cartas, como él conocia la mia, y si deseaba verlo, temblaba al mismo tiempo, pues temia se desvaneciese su amor si no era tal como me creia.

«—El te conoce, decia mi madre adivinando mis temores; te conoce y te ama.»

Cuando mi madre sintió que las sombras de la muerte invadian su cerebro, asió mi mano con delirante afan y me dijo con voz trémula:

«—Hija mia, voy á morir y quiero dejar asegurada tu suerte, por lo méos en lo que cumple á tu voluntad; dime, hija mia, que Luis será tu esposo, dime que solo á él amarás.

»—Lo juro, madre mia, dije yo temblando.

»—Júrame tambien, prosiguió con voz más débil cada vez, respetar á Manuel y amar y velar por Estrella.

»—Tambien lo juro.

»—Que Dios te bendiga, como yo te bendigo! murmuró espirante.»

Una hora despues murió y yo me repetí muchas veces para gravarlos en mi alma los juramentos pronunciados. Mi hermana Estrella tenia á la sazón diez años, y Vd. sabe señora, que en estos seis que han trascurrido yo he sido una verdadera madre para ella.

—Sí, hija mia, sí; has cumplido fielmente tus juramentos.

Blanca suspiró.

—Durante este tiempo he recibido constantemente noticias de Luis y de su madre, pero por una sucesion de circunstancias extrañas, no han podido venir á nuestro lado en estos años. Las cartas de Luis y mias son cartas puramente de hermanos; pero á traves de aquellas palabras que nada decian, su corazon debia leer como el mio, promesas de fe y esperanzas de amor. Hará diez dias, señora, que trajeron á esta casa un herido: era el día de la memorable *Batalla de las Eras* que tan fatal fué para ustedes.

Doña Manuela suspiró.

—Yo no conocia á Luis, señora; yo no sabia que estuviese en Zaragoza, y no sé por qué, sin duda por una irradiacion misteriosa de esa luz que como una estrella interior percibe á veces nuestra razon y que se llama presentimiento, temblé de emocion á la vista de aquel jóven ensangrentado. Los médicos quitaron de su pecho un escapulario para curar y vendar su herida; el escapulario es éste, señora, igual al que yo llevaba, y que me dió á conocer á Luis. Luis tenia un retrato mio, no sé de qué modo le habia adquirido, y me reconoció al recobrar la razon. Nuestro casamiento era una cosa acordada y convenida en nuestras familias, y no se cuidó de ocultar su cariño hácia mí. Esto ha sido una gran desgracia; Estrella á lo que parece se ha enamorado de él, y una gran tristeza alteraba la salud de mi pobre niña, sin que yo conociera la causa. Hoy Luis estaba mejor y nos hallábaros con mi hermano junto á su lecho. De repente una gran palidez invadió su rostro y cayó sin sentido sobre la almohada. Manuel tuvo que marcharse á jurar la bandera de la Vírgen, y Estrella salió á pedir socorro: yo, señora, sin saber qué hacer

pedia á Dios de rodillas la salvacion de Luis, cuando un ruido leve, como de una gota de agua que cayese en el pavimento, llamó mi atencion. Miré y junto al lecho ví un pequeño charco de sangre, que gota á gota se aumentaba. Al grito de dolor y angustia que yo exhalé volvió Estrella, y al verla exclamé media loca de espanto:

«—Luis se muere! mira su sangre!...»

Estrella exhaló un horrible grito y cayó desmayada. Yo creí perder la razon; Dios envió en mi ayuda al doctor, que vendó las heridas de Luis que se desangraba, pues efecto quizá de algun movimiento, sus heridas no cicatrizadas todavía se habian abierto, y volvió á examinar á Estrella, á quien mandó acostar y sangró en seguida. Ahora, señora, Vd. lo sabe todo; ama á Luis, lo ama hasta perder por él la vida: mi madre me hizo jurar que seria su esposa, pero juré tambien velar por Estrella: ¿á cual de mis juramentos debo faltar?

—Hija mia, ¿Luis te ama?

—Sí, por desgracia para los dos.

—Oh, no! Estrella es una niña; ese amor pasará.

Blanca movió su rubia y poética cabeza.

—¡Oh no, no pasará! Ese amor será co-

mo la helada losa que se extiende sobre el mio, como se extiende sobre un ser querido la del sepulcro que le encierra.

—Pero Luis te ama.

—Yo no podré ver morir á Estrella.

—Pero no es sólo tu destino el que decides de ese modo; Luis no la amará, no se cambia en una hora el amor que se ha guardado toda la vida.

—Luis hará por mí ese sacrificio.

—Blanca! tú no puedes, tú no debes exigirlo; tú no harás la dicha de tu hermana á costa de la desgracia de Luis!

—Yo he ofrecido mi vida á la Vírgen si salva á Luis; yo le pediré que en cambio de esa vida ofrecida por la suya, haga feliz á mi hermana.

—Dios mio! ¿sabes lo que has hecho? ¿sabes lo que dices? Tu vida está en su aurora y tú no puedes oscurecer su luz.

—Dichosa el alma que rodeada de la aureola purísima de la inocencia se consagra á Dios.

—Pero eso no puede ser; tu hermano no lo permitirá.

—Mi hermano se someterá como yo á la voluntad divina; vamos, señora, si quereis á ver á los enfermos; Dios iluminará mi pensamiento para su gloria y mi salvacion.

## CAPITULO XVI.

## NUEVAS DESGRACIAS.

Cármén Valcárcel de quien sin duda no se ha olvidado el lector, estaba en la noche que tenían lugar los sucesos referidos sentada tristemente junto á una ventana, bañada por esa luz suave y delicada que esparce la luna en las serenas noches de verano. Aquella mañana habia recibido un papelito arrojado por la ventana, que cuidaba de dejar abierta, como un medio de que llegasen á ella noticias de los proyectos de esperanza de sus amigos. En aquel papelito se le decia que esperase aquella noche algo extraordinario, pero Cármén no conocia la letra de aquel escrito, no tenia firma y no sabia si creerlo favorable ó adverso.

Así es que un gran temor la hacia estremecerse á cada ruido de la noche. No acostumbrada á la ansiedad de esperar, ni

á la incertidumbre de temer, cada instante era un siglo para la pobre niña, cuyo corazón se estremecía entre la duda y la esperanza.

Algun tiempo hacia que esperaba temblando más á cada instante que pasaba, cuando oyó un rumor leve al principio y cada vez más distinto. Se levantó vivamente y apenas dió dos pasos vió aparecer á Víctor de la Rochet en la puerta de su aposento.

—Ah! dijo con desaliento, érais vos!

—Pues qué, hermosa niña, esperábais á otro?

Cármén sin contestar volvió á ocupar su asiento.

Cármén no habia vuelto á ver á Angel Ponce bajo el disfraz de Valentin, no sabia lo que habia sido de él en aquellos dias, y queria saberlo; así es que dijo á Víctor afectando indiferencia:

—Hacedme el favor de no enviar más á ese estúpido soldado...

—Qué, interrumpió Víctor, os ha faltado en algo?

—No por cierto; pero no me entiende y me desespera.

—Ah! el pobre no sabe español!

—Pues bien, si supiera os habria dicho...

—¿Qué?

—Que yo estoy enferma, que anhele volver con mis padres.

—¿Estais enferma? ¡Qué teneis?

—Ya os he dicho que quiero salir de aquí.

—Sí, vais á salir, Cármen, nos vamos á Francia.

—¿Cómo? ¿Qué decís? ¡Yo ir á Francia! No, eso no es posible.

—Es preciso. El general Lebfevre envia á Bayona una comision de la que yo formo parte; vos ireis conmigo oculta con un disfraz de hombre y allí quedareis; si me amais sereis mi esposa, si no me amais...

—Acabad...

—Pues bien, sino me amais... sereis mi querida.

—No seré ni una cosa ni otra, dijo con desprecio Cármen, porque no os seguiré.

—¿Quién podrá impedirlo?

—Mi voluntad, contestó Cármen recobrando en el peligro su energía.

—Vuestra voluntad es ante la mia, como una gota de agua ante el Océano.

—¡Ah os engañais! mi voluntad es todo, porque yo sé morir.

—¡Bah! teneis la sangre demasiado ardiente de vuestros compatriotas, pero ese ardor es como un fuego fátuo, que pasa.

—Ese ardor arrolla las huestes francesas en un *quince de Junio*.

Víctor frunció las cejas ante el recuerdo de aquella derrota.

—Momentáneamente, dijo, pero ellos caerán ante nuestras fuerzas y sentirán nuestra venganza; pero no hablemos de eso, prosiguió, aquí no se trata de luchar, yo no traigo al combate otras armas que mi corazón, y os lo ofrezco; ya lo sabeis, Cármen, yo no quiero deber á la fuerza vuestro amor; quiero que me améis para beber la vida en la ardiente mirada de esos ojos, en la suave agitacion de esos labios, en la transformacion maravillosa de vuestro sér al palpar con el deseo...

Cármen, encendida como una amapola al oír este libre lenguaje, le interrumpió bruscamente:

—El hombre que yo amo está léjos de aquí.

—No, vos no amais, es un error; vos me amareis á mí; yo lo sé, lo espero...

—Os engañais; jamás podré amaros.

—¡Cármen! os pido de rodillas que no

me contesteis así; que no me hagais recordar que os tengo en mi poder.

—Yo os ódio, dijo la valiente niña sin vacilacion alguna.

—Ah! rugió Víctor; siempre igual, es para volverse loco!...

Y volviéndose bruscamente hácia Cármen la dijo con voz temblorosa, que en vano queria hacer firme:

—Señorita, disponeos á seguirme.

—Jamás.

—Bien; en ese caso me obligareis á emplear otros medios.

—No iré.

—¡Ah! ¡será preciso que os mate! dijo roncamente Víctor, en tanto que pasaba con ademan sombrío la mano por su frente, como para retener las ideas que en ella se agitaban.

Cármen guardó silencio.

Acostumbrada á la soledad pudo escuchar un rumor muy leve que para Víctor pasó desapercibido.

Un latido de esperanza reanimó su corazón recordando el misterioso aviso que habia recibido en aquella mañana.

Víctor esperaba que la jóven hablase.

La actitud pensativa y silenciosa que

guardaba Cármen, le hicieron creer que meditaba en sus palabras.

—Cármen, dijo volviendo á usar el tono suplicante que ántes empleara; yo os amo, ya lo sabeis; vuestra dicha es la mia, no hagais que me olvide de mi amor para recordar mi derecho.

—No os temo.

—Escuchadme, Cármen; si accediendo á vuestros deseos, consintiera yo en que volviéseis á Zaragoza, quizá no hallaríais ni á vuestros padres, ni á vuestros amigos, ni acaso piedra sobre piedra en vuestro hogar.

—¡Dios mio! ¿Qué decís?

—Que las bombas francesas han convertido en ruinas vuestra ciudad; que los zaragozanos se entregan á discrecion; que los míos entrarán á sangre y fuego y no dejarán con vida á uno solo de esos insensatos.

—Ah! exclamó Cármen llorando, eso no puede ser.

—Yo os lo aseguro por mi honor; de ese modo, si yo os devolviera esa libertad que me pedís, seria sentenciaros á muerte, porque seguramente que no os respetarian.

—Yo prefiero morir con los míos, á vivir para vos.

—Yo quiero que vivais.

—Y qué me importais vos? acaso no sea verdad todo eso que me decís! ah! me asegurábais que sólo vuestro corazón traíais á este combate! no, traíais la mentira y la amenaza; pero no me asustais, no os creo.

Víctor palideció.

—Nadie ha dudado de mis palabras, dijo.

—Pues yo dudo.

—Cármen; parece que teneis empeño en que me vuelva loco? oidme aún; si no fuera verdad lo que os he dicho, habria otro peligro más grande para vos en volver con los vuestros.

—¿Cual?

—La deshonra: yo diria á vuestro amado y á vuestra familia: esa niña que creéis tan pura ha estado quince dias en mi poder, me he cansado de ella y ahí la teneis.

—Pero eso es una infame calumnia, dijo Cármen levantándose irritada.

—Por hoy sí, pero puede llegar á no serlo...

—Ah! la cobarde amenaza de que estoy en vuestro poder; pues bien, infame, nada temo, veremos quién vence á quién.

Cármen, con su ademan altivo é impo-

nente, en aquella orgullosa y soberbia actitud estaba hermosísima.

Víctor tenía fija en ella una ardorosa mirada, y á la expresion irritada de su semblante se sucedió una de apasionada admiracion.

La hermosura de Cármen ejercia una extraña fascinacion sobre sus sentidos.

—Ah! dijo; es preciso que me ameis, Cármen; es preciso que seais mia.

La jóven guardó un despreciativo silencio.

—Cármen, Cármen, dijo Víctor cayendo de rodillas á los piés de la jóven española; mirad, nunca he llorado, y estoy llorando; jamás he suplicado, y os suplico; yo os amo, más que á mi honra, más que á mi salvacion... si vos me amais, yo abandonaré mis banderas para seguir las de vuestros hermanos; yo seré vuestro esclavo, pero amadme...

En los ojos de Víctor brillaban las lágrimas; sus manos temblorosas se tendian hácia Cármen, que estaba visiblemente conmovida.

—Yo no puedo amaros, dijo con dulzura, pero si me volveis á mi familia, guardaré siempre vuestro recuerdo como el de

un hermano, como el de un amigo, pues en verdad, habeis sido muy generoso para mí.

—Necesito vuestro amor; para nada quiero vuestra amistad.

Cármén, fatigada con aquella lucha, apoyó su frente sobre su mano derecha y miró distraida al campo que iluminaba la luna con su débil claridad.

Un grito involuntario de sorpresa, en que se mezclaba la alegría al espanto, se escapó de sus labios.

—¿Qué teneis? preguntó Víctor con viveza; por qué gritais?

Cármén trémula, casi convulsa, se quitó de la ventana para impedir que Víctor se asomase á ella, pero éste se abalanzó rápidamente y miró.

No vió nada que justificase el grito de sorpresa de Cármén.

—¿Qué os ha asustado, Cármén? decidme la verdad.

—No lo sé; ha sido una cosa involuntaria.

Víctor calló, pero en sus miradas se advertia una recelosa desconfianza.

—Vamos, señorita, dijo, no puedo esperar más; de grado ó por fuerza disponeos á seguirme.

—¡Oh, no! exclamó Cármen con terror.

—Es preciso; además podiais asustaros de nuevo, y os amo demasiado para no evitarlo.

—No saldré de aquí, caballero.

—Cármen! os ruego, por vuestro propio bien, que no me desesperéis, pues no respondo de mí.

—No saldré.

—Ah! vos lo quereis, pues sea!

Y avanzando rápidamente hácia la jóven, la asió por la cintura con fuerza desesperada.

Cármen lanzó un grito de espanto.

—Callad! vive Dios! si no quereis que os mate, rugió Víctor.

Cármen luchaba por desasirse y gritaba á pesar de las amenazas del francés.

—Manuel, gritó con desesperada energía, Manuel mio, ¿dónde estás?

—Ah! dijo Víctor con una expresion de odio inmenso; se llama Manuel el hombre á quien tú amas; vive Dios, que por más que le llames no te ha de oír.

En aquel momento resonó claro y distinto el galopar de un caballo.

—Ah! dijo Cármen, por esa revelacion misteriosa que el corazon siente á veces

antes de darse la explicacion de un suceso; ahí está! lo he llamado y ha venido!

Víctor que arrastraba á Cármen contra su voluntad, se detuvo mortalmente pálido al oír estas palabras, y con los dientes apretados y la voz trémula y ronca de rabia murmuró:

—Me alegro, por quien soy, de encontrarle: en cuanto á tí, tu amante no te amará más, porque no se ama á los muertos.

Y desnudando rápidamente su daga, la alzó sobre Cármen que dió un grito de terror é hizo un brusco movimiento de espanto.

La daga se ocultó en su pecho, pero su movimiento desvió la direccion, que la agitacion de Víctor hacia insegura, y fué á clavarse no en su corazon sino en el seno, junto al hombro izquierdo, desnudo por la forma de su traje.

La sangre saltó, salpicando de una manera horrible su vestido.

Víctor con la mirada extraviada de un loco, trémulo y casi sin sentido, la sostuvo en sus brazos.

En aquel momento se oyó el crugir de una llave en la cerradura y momentos despues los pasos de un hombre.

Víctor no los oía.

Angel Ponce apareció y al aspecto de Carmen ensangrentada y sin sentido, lanzó una exclamacion de espanto.

—M. Víctor, dijo en español y con la voz descompuesta por la ira, sois un cobarde!

Víctor lo miró con extravío:

—¿Eres tú? le preguntó.

—Yo soy D. Angel Ponce, teniente en el primer batallon de voluntarios de Aragon, y en nombre de mi patria y de esa desgraciada á quien has asesinado, voy á matarte como á un perro.

—Ah! no eres Valentin! Veamos si vive Carmen, lo demás me importa poco.

Angel sacó un pañuelo para limpiar la sangre de la herida de Carmen, y acercándose á la ventana tocó un silbato.

A Víctor no le ocurrió siquiera matar á Angel que estaba desarmado.

Un temblor convulsivo lo agitaba: la sangre de Carmen habia manchado sus ropas y miraba con estupor aquellas huellas de su crimen.

—Pronto ocultaos, dijo Angel, van á venir y no quiero que os maten; eso para despues, vuestra vida me pertenece á mí solo.

Víctor no se movió.

—No oís, que no quiero que os maten, gritó Angel, y asiéndolo bruscamente lo llevó á una habitacion cercana, cuya llave guardó, dejando en ella á Víctor que no opuso resistencia.

Manuel y Valcárcel subian ya las escaleras, cuando Angel deteniéndolos dijo á este último:

—Permítame Vd. que diga dos palabras á Manuel.

—¡Otra dificultad! exclamó con tristeza el pobre padre.

—Es preciso, amigo mio.

Y llevando á Manuel á un lado le dijo muy de quedo:

—Evita al pobre padre que vea á su hija herida...

—Dios mio! qué dices? de gravedad?

—No lo sé; ven tú solo.

—Amigo mio, dijo Manuel á Valcárcel, espéreme Vd. aquí.

Y avanzó rápidamente sin poder dominar su ansiedad.

Cármén comenzaba á volver en sí; al ver á Manuel se reanimó y le llamó con alegría.

—Cármén! Cármén! Quién te ha herido?

Angel la hizo una rápida señal.

—No lo sé: sácame pronto de aquí.

Manuel envolvió á la jóven en una manta para que su padre no viese la sangre de que estaba cubierta y la sacó en sus brazos.

Angel se habia adelantado y dicho á Valcárcel.

—Cármen está algo enferma, la emocion puede hacerle daño, nada le pregunte Vd.

Manuel llegaba en aquel instante con su preciosa carga.

Valcárcel besó la frente de la pobre niña y nada la dijo.

Esta habia cerrado los ojos y no lo vió.

Manuel montó á caballo y Angel puso en sus brazos á Cármen.

—¿A dónde vamos? preguntó D. Diego con tristeza.

—A Alagon, contestó Manuel, y añadió suspirando: Cármen no puede llegar á Zaragoza.

—Yo me quedo, dijo Angel, tengo que hacer aquí.

—¿Pero irás á Zaragoza?

—Esta noche.

—Pues adios.

Angel subió á buscar á Víctor. Cuando

abrió la puerta del cuarto, retrocedió un poco. Víctor estaba tendido en el suelo, sobre un charco de sangre. Angel se inclinó hácia él.

Era un cadáver.

## CAPITULO XVII.

## PADRE Y AMANTE.

Es imposible expresar la ansiedad que el estado de Cármen despertaba en Valcárcel y Manuel.

El uno sentia como padre, el otro como amante.

¿Cual de estos dolores era más intenso?

No vacilamos en asegurar que el primero.

El amor á los hijos con nada del mundo puede compararse.

D. Diego sentia una inmensa amargura y un desaliento que lo anonadaba, que lo vencia.

Al ver á su hija inanimada habia sentido temblar su corazon, y sin decir una sola palabra, sin poder formular un pensamiento, se ahogaba en llanto.

Manuel sentia tambien un dolor vivísimo, unido á una profunda ira. Hubiera

querido despedazar entre sus manos al que habia herido á Cármen, y en su deseo de venganza se olvidaba á momentos hasta del peligro de su amada.

Cuando llegaron á Alagon, D. Diego se encargó de buscar una casa donde Cármen fuese depositada, y recordando en medio de su atonía, que allí vivia uno de sus colonos, preguntó por él y se dirigió á su casa sin vacilar. En ella fueron recibidos con toda la buena fé y el cariño de las gentes del pueblo, que se enorgullecen de prestar un favor á sus señores.

La labradora, que era una agradable muger, arregló con presteza su cama, en la que la niña herida fué colocada con todo género de precauciones.

El médico de la villa vino bien pronto y declaró no ser grave la herida, si bien exigia gran cuidado.

D. Diego y Manuel, oyeron el diagnóstico del doctor con gran alegría, pues les daba una esperanza que en esos casos es el todo.

Cármen fué curada, tomó un caldo, y más reanimada comenzó á darse cuenta de lo que le sucedia.

Su primera mirada fué para Manuel; su

primera palabra para su padre.

—Padre mio, dijo con voz débil; ¿y mi madre?

—Buena, hija mia, contestó Valcárcel temblando de alegría al oír la voz de su hija; si quieres vendrá.

—¿Está aquí?

—No, en Zaragoza.

—¿Pues dónde estamos?

—En Alagon.

—Ah! dijo profundamente Cármen, ¿y quién me ha traído aquí?

—Yo, dijo Manuel.

—Ah! sí, ya recuerdo: y Cármen quedó pensativa.

—No te fatigues, hija mia, en pensar en nada; ya estás conmigo y no volverás á separarte de mi lado.

—Dios lo quiera, dijo la bella niña suspirando.

—¿Por qué no duermes, Cármen? dijo Manuel con cariñoso acento; el descanso te hará bien.

Cármen lo miró con sorpresa. Parecia advertirle con su mirada que olvidaba la presencia de su padre.

Manuel lo comprendió así.

—No temas, le dijo; tu padre me ha

concedido tu mano, estoy pues autorizado para hablarte así.

Cármen miró con afán á su padre.

—Sí, hija mia, dijo éste; cuando estés buena se celebrará vuestro matrimonio en la iglesia del Pilar.

—Dios lo quiera, dijo dulcemente Cármen.

Y fijando una mirada de amor en Manuel, quedó tranquila hasta que sus ojos se cerraron, y el suave movimiento de su pecho demostró que dormía.

Valcárcel y Manuel guardaban silencio. Sin duda que unos mismos pensamientos los preocupaba.

Los variados sucesos de aquella noche podían impresionar al ánimo más sereno.

Manuel con ayuda de Angel había concertado un plan para salvar á Cármen de fácil y pronta realizacion.

Manuel saldría con cualquier pretexto de la ciudad y lo mismo D. Diego.

Una vez fuera de ella hallarian ropas de labradores para disfrazarse, y llegando á cierto sitio convenido de antemano, Angel los guiaria á la casita en que Cármen estaba oculta.

Si como era de esperar estaba sola, abri-

rian valiéndose de una llave que ya tenía Angel, y la llevarían consigo, internándose en Zaragoza, lo cual era bien fácil, gracias á que Manuel era conocido de casi todos los que guardaban las puertas.

Manuel quedaria en su sitio y Valcárcel se llevaria á su hija.

Angel no sabia la órden recibida por la Rochet de marchar á Bayona con una comision del general Lebfèvre, y creia que con el solo aviso que envi6 á Cármen, ésta les esperaria sin que nada hubiese que temer.

Pero al acercarse solo á la casita, anticipándose á sus amigos para explorar el terreno, halló el caballo de Víctor atado á un árbol cercano, y aunque esta contrariedad le irritó, decidió esperar y hacer esperar á sus amigos, para evitarse el cometer un crimen matando á un hombre indefenso.

A él fué al que vió Cármen cuando lanzó un grito, pero supo ocultarse prontamente y Víctor no lo vió.

Cuando llegaron Manuel y Valcárcel, se oian las voces de Cármen, que bruscamente asida por Víctor pedia socorro; Angel no pudo contenerse y entró en la casa.

Ya hemos visto qué triste desenlace tu-

vieron estos sucesos; Manuel despues de saber que no peligraba la vida de Cármen, pensaba en un medio de ir á encontrar á Angel y que le explicase quién habia herido á su amada.

Pero no se atrevia á dejar solo al pobre padre que tanto sufría.

Algun tiempo habia pasado así, cuando la labradora, en cuya casa estaban, y á la que llamaremos Isabel, le hizo una señal desde la puerta del cuarto, y Manuel salió á su encuentro.

—¿Qué hay? preguntó.

—Un caballero pregunta por Vd. y dice que quiere hablarle.

Manuel salió presuroso y se encontró con Angel.

Al ver á su amigo, cuyas facciones alteraba una emocion profunda, le preguntó vivamente:

—Qué ocurre?

—Mucho malo: ¿cómo está Cármen?

—La herida no es grave.

—Mas vale así... el infame que la hirió ha expiado ya su crimen.

—¿Le has matado tú?

—No por cierto, se ha suicidado.

—¡Cómo!

—Le he hallado muerto; parece que estaba enamorado de tu novia.

Manuel se estremeció.

—¡Miserable! dijo.

—Será lo que tú quieras, pero para ella ha sido generoso; la ha respetado.

—Y dime, dijo Manuel con visible disgusto; ¿qué nuevas malas tenias que comunicarme?

—Ha volado un almacén de pólvora, las desgracias son horribles.

—¿Qué dices? cuál?

—El Seminario.

—¡Oh! ¿y yo aquí?... vámonos á Zaragoza, Angel, me he olvidado de mi patria por mi amor.

—Aún hay más...

—¿Qué? ¡acaba!

—Los franceses, queriendo aprovecharse del espanto y la confusión de los defensores, se dirigen hácia la ciudad.

—Pero los rechazarán...

—Así lo espero.

—Y esa explosión...

—Ha sido horrible, yo acababa de llegar á Zaragoza, cuando oí el horroroso estampido: acudí como todos al lugar de la catástrofe, y allí, ¡oh! jamás olvidaré el cuadro

de espanto y desolacion que presencié. Edificios que ardian y se desplomaban; miembros palpitantes de séres mutilados, despedazados; trozos de pared que bamboleaban, techos que crugian; ayes desgarradores de las víctimas que agonizaban entre los escombros; voces que pedian ayuda... ¡ah! te aseguro que jamás lo olvidaré. Además...

—¿Hay más?

—Los franceses atacan al monte Torrero... lo tomarán... ya lo intentaron, y cuentan con el triunfo.

—¡Dios mio! ¡qué horrible alternativa! aquí ella, allí...

—Aún tengo otra triste nueva que comunicarte.

—¡Ah! ¡creí que lo habias dicho todo! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! habla pronto...

—Estrella...

—¿Qué?...

—Está enferma.

—¡Enferma! Ayer estaba buena... ha sido herida, muerta quizá en ese horrible suceso?

—No, te aseguro por mi honor que no es nada de eso. Ayer al salir tú, fué acometida de un accidente...

—¡Cuántas desgracias!... Vámonos á Zaragoza.

—¿No te despides de Valcárcel?

—Tienes razon, lo habia olvidado.

Manuel se dirigió al aposento de Cármen; ántes de llegar á él se halló con Isabel.

Comprendiendo que en el estado de Cármen toda emocion era peligrosa, decidió llamar á Valcárcel.

—Isabel, la dijo, hágame Vd. el favor de llamar á D. Diego, tengo que hablarle.

—El pobre señor se ha dormido junto á la cama de su hija, que ahora mismo ha tomado un caldito; me ha preguntado por Vd. y como no conviene hacerla hablar, le he dicho que estaba Vd. descansando; no sé si he hecho bien.

—Perfectamente, y le doy las gracias por su cuidado; necesito ver á D. Diego; siento despertarle, pero ello es preciso.

—En ese caso voy á llamarlo, dijo Isabel desapareciendo.

A poco llegó Valcárcel.

—¿Qué sucede, Manuel?

—Tengo que volver inmediatamente á Zaragoza, oculte Vd. á Cármen que me he marchado, y adios.

—¿Pero qué ocurre?

—Mi deber me llama: no puedo permanecer aquí ni un momento más.

—¡Me quedo solo!

—Vd. cuidará de Cármen, y yo volveré tan pronto como pueda; ahora adios: Angel me espera ahí...

—¡Ah! quiero estrechar la mano de ese valiente á quien debo el haber recobrado mi hija, porque espero que se salve.

—Yo lo espero tambien, vamos pues.

Manuel y Valcárcel salieron, y despidiéndose el anciano de los dos jóvenes, los siguió con la mirada hasta que se alejaron.

Despues volvió tristemente al lado de su hija.

El amante se alejaba para cumplir un deber: para el padre que ante el peligro de su hija lo habia olvidado todo, no habia más deber que velar junto á su lecho.

—¿Y Manuel? preguntó Cármen al verle entrar solo.

—Ha ido á Zaragoza á dar cuenta á tu madre de lo sucedido, y volverá.

La jóven no dijo más, y su padre continuó prodigándole sus cuidados.

## CAPITULO XVIII.

## CUADRO DE GUERRA.

Manuel llegó con Angel á Zaragoza, cuando las sombras de la noche envolvian á la ciudad

Sin poder dirigirse á su casa, á pesar de su ansiedad por Estrella, tuvo que ocupar su puesto, despues de oír con verdadero dolor que los franceses habian ocupado á Torrero, y construido una batería en la Bernardona.

Muy poco tiempo hacia que Manuel estaba en Zaragoza, cuando semejante á un encendido globo vieron cruzar el espacio, y caer en las orillas del Ebro la primera granada que arrojaba desde Torrero el enemigo.

Desde aquel instante bombas y granadas se sucedieron sin interrupcion, y su infernal estrépito llevó la alarma y el espanto á los habitantes de la heróica ciudad.

Sin saber qué hacer en los primeros horribles momentos, unos se echaban á la calle, otros se escondian en los sótanos ó cuevas, otros huian sin saber dónde dirigirse. Los toques que dejaba oír una campana, anunciaban despues hácia qué lado venian las bombas, para que pudieran precaverse de ellas; pero en las primeras horas de confusion y terror nadie sabia qué hacer para librarse del mortífero globo, que al estallar hacia retemblar los edificios, que á veces incendiaban y destruian.

Nuestra pobre Blanca sintió un gran terror, más que por ella por sus queridos enfermos, y pidiendo á Dios las fuerzas y la inspiración que la faltaban, hizo trasladar los lechos en que estaban á las cuevas de la casa, instalándose ella allí para cuidarlos ó protegerlos.

La casa quedó confiada á Pilar, que á cada explosion bajaba corriendo las escaleras para refugiarse junto á su señorita.

La señora de Valcárcel estaba á su lado.

Las diez de la mañana serian, cuando un soldado llegó con un papel doblado para dicha señora y en él se le decia que Carmen estaba salvada y quedaba en Alagon al lado de su padre, que el bombardeo de

Zaragoza habia impedido que penetrase en esta ciudad.

La pobre corrió llena de alegría á dar á Blanca tan buena nueva, y ésta lo dijo á Estrella que tuvo en ello un gran placer y no escaso consuelo.

Como se vé, aprovechando Manuel hábilmente el pretexto del bombardeo, no daba explicacion alguna sobre el estado de Carmen que de saberlo hubiera llevado la ansiedad y el dolor al alma de su madre.

En medio de tan tristes vicisitudes, habia una noticia agradable, y Blanca la acojia como un consuelo y una esperanza.

—Pero Blanca, le decia Luis con ansiedad; ¿por qué este afan de trasladarnos aquí? debe suceder algo nuevo y terrible.

—No, Luis, sino que los disparos de cañon te hacen daño y lo mismo á Estrella.

—Dime la verdad; ¿no ves que sufro con la duda? ¿esas explosiones que yo oigo resonar sordamente, son disparos de cañon?

—Yo no lo sé, dijo Blanca que no queria mentir, pero así lo dicen.

—No, tú sabes lo que es y no quieres decírmelo; son bombas que estallan; ¿no es así?

—Acaso, pero no tenemos que alarmar-

nos; nuestros hermanos velan.

—¡Y yo aquí sin poder ayudarles! Blanca, yo quiero levantarme y salir á batirme.

—¡Qué locura! Tú estás enfermo, Luis.

—Y bien, ¿qué más da morir aquí ó morir en el combate? allí hay gloria, aquí ignominia, porque es vil y cobarde el que no se ofrece á morir por la patria.

—Tú no eres cobarde, Luis, y bien lo prueba la horrorosa herida que te ha tenido, que te tiene aún al borde del sepulcro; pero nada puedes hacer en el estado en que estás; no podrias sostenerte de pié ni manejar el fusil.

—¡Oh, es verdad! pero yo quiero probar el último esfuerzo, quiero salir á batirme.

—No, yo no lo consentiré.

—Tú no puedes oponerte á mis deseos.

—Tengo el derecho y el deber de oponerme á una locura que comprometa tu vida.

—¡Blanca!...

—Yo no te retendria ni un momento si estuvieses bueno, porque yo tengo en más tu honra que tu vida; pero si sales en el estado en que estás, si en los primeros ins-

tantes la energía de tu voluntad te sostiene, caerás luégo, y como á nadie le será posible atenderte, los caballos de tus compañeros pasarán sobre tí destrozando tu cadáver... Tú no tienes derecho á disponer así de tu vida, y no saldrás porque yo no lo consentiré.

—Sea como quieras, Blanca, por hoy te obedezco; pero tan luégo como pueda levantarme iré á batirme.

—¡Oh! desde luégo. ¿Quién te niega ese deber á que no puedes faltar?

—¡Ah! Blanca... Blanca mia, eres un ángel.

—¡Chits! dijo Blanca.

—¿Por qué?

—Pueden oirnos.

—¿Quién?

—Estrella.

—¿Y qué importa? ¿no sabe que te amo?

—Conviene que lo olvide.

—¡Ah! ¿me explicarás por qué?

—Estrella está enferma.

—No comprendo...

—Despues te lo explicaré todo, mi querido Luis; ahora haz que Estrella olvide que me amas, y... añadió suspirando, prueba á olvidarlo tú.

—¿Qué dices? preguntó Luis vivamente sorprendido.

—Hoy no puedo explicarte mis palabras: para oír esa explicación como para ir á buscar la muerte en el combate, necesitas haber recobrado la salud.

—¡Oh, Blanca! por Dios te ruego que te expliques. ¿Será que tú no me amas?

Blanca fijó en él una mirada tan triste y tan expresiva, que Luis replicó vivamente:

—Perdóname; no dudo de tu amor, pero no sé qué pensar.

En tanto que hablaban, se oía de vez en cuando el estallar de las bombas y granadas, el retiemble de los edificios, la campana que avisaba.

—Luis, dijo con gravedad Blanca; en tanto que la muerte ruge sobre nuestras cabezas, en tanto que el viento viene impregnado en la sangre de nuestros hermanos, no debemos hablar de nuestros amores; es una profanación á la horrible solemnidad de estos momentos, despues...

—Tienes razón, Blanca; y cree que mi corazón, como el tuyo, se olvida de sí mismo para no pensar más que en esta horrible hecatombe en que se convierte Zaragoza.

—Pidamos á Dios se apiade de nosotros.

—Pídele tú que eres un ángel.

—Adios, Luis, voy á ver á Estrella.

—¿Cómo está?

—Mejor, la pobre niña sufría...

—Es digna de ser muy feliz.

—Yo espero que lo será.

Blanca se alejó al otro departamento de la cueva en que Estrella habia sido colocada.

Una muy débil luz entraba por los respiraderos de la cueva y á su reflejo se veia á la niña medio adormecida, aunque se estremecía poderosamente á cada nueva explosion.

Doña Manuela sentada junto al lecho rezaba con las manos cruzadas.

El terror de Blanca era inmenso.

Una dolorosa angustia alteraba aquel dulce semblante.

—¿Qué iba á ser de su pueblo, de su casa, de sus hermanos? se preguntaba.

Y á aquella pregunta contestaba el cuadro horrible de muerte y desolacion que á su alrededor se extendia.

Blanca habia visto en los primeros momentos salir espantadas en confusion inmensa las mujeres con sus hijos huyendo

sin saber á dónde; los hombres correr sin direccion fija; pero cuando volvió á subir á las habitaciones de su casa para tomar algunos objetos precisos, vió que la calma habia sustituido al espanto. Que resguardados en los pisos inferiores de las casas ó en las cuevas, ya no huian, y que hasta algunos con notable atrevimiento se asomaban á los sitios elevados para ver desgajarse los proyectiles que esparcian la muerte.

Más tranquila tambien con el ejemplo de sus compatriotas, pero sin olvidar á su hermano al cual hacia tres dias que no habia visto, volvió á cuidar á sus enfermos con más valor y más serenidad.

Entre tanto Manuel se batia como un héroe.

Los franceses, creyendo que los defensores no podrian resistir el espanto y la desolacion que las bombas sembraban en las baterías y que éstas quedarian abandonadas, embistieron con poderoso empuje para apoderarse de las puertas del Portillo y Sancho.

Las bombas caian sobre las baterías de estas puertas con una precision aterradora, y lo mismo en las de Santa Engracia y el Cármen.

Los parapetos, débiles por sí y contruidos á la ligera, iban cayendo dejando descubierta la artillería.

Los defensores no desmayaban y los parapetos se coronaban de valientes, que con un fuego vivísimo y sostenido hacían retroceder al enemigo.

Pero este continuaba enviando un horroroso fuego, y los valientes zaragozanos apenas podían respirar.

Sin esperar á la noche, bajo el fuego enemigo se reconstruían las baterías con sacos de tierra y lana, y resguardados apenas por ellas, se defendían con heróico valor.

Hubo un momento en que la confusión se hizo inmensa.

Una de las granadas cebó las municiones, y un capitán y algunos oficiales fueron quemados.

El espanto cundió, y algunos defensores retrocedieron: las baterías estaban llenas de cadáveres; los cañones sin artilleros, pero los jefes yendo de un punto á otro lograron reanimar el espíritu de voluntarios y soldados.

Renovales llevó su ardor hasta hacer disparar contra los fugitivos: él mismo, con

algunos que le siguieron, ocupó la batería é hizo frente á los franceses.

Volvió una granada á cebar las municiones y un sargento se incendió y murió quemado.

La muerte tendia su manto de horror por todas partes.

Los cadáveres esparcidos, pues faltaba el tiempo para retirarlos, las bombas que caian con horrible estrépito, el ejército enemigo que atacaba, formaban un cuadro tan horrible que parecia imposible librarse de la muerte.

En medio de aquel horror, el espíritu español se demostraba en toda su grandeza.

Los jefes despreciando la muerte daban ejemplo de valor y bizarría.

Renovales sostenia una puerta; Acuña formaba un cuerpo de caballería; Quiáros desempeñaba las comisiones más difíciles, y todos rivalizaban en valor y serenidad.

Manuel del Castillo, loco de ira porque habia visto caer á su lado á su bravo teniente Ponce, hacia un vivísimo fuego contra el enemigo, y herido ligeramente por un casco de granada seguia peleando sin cuidarse para nada de su herida.

La puerta del Portillo donde él estaba se vió un momento casi abandonada, pero su energía la sostuvo hasta que fué reforzada con nuevas tropas.

La voz de que habían llegado refuerzos cundió rápidamente y dió aliento y confianza á los defensores.

Los franceses debieron comprender que no era empresa tan fácil apoderarse de Zaragoza como pensaban, y en vista de su desesperada resistencia, acordaron dar una batalla decisiva desplegando todas sus fuerzas.

Al llegar la noche todos comprendieron que los franceses no desistían y que se aplazaba la gran lucha para el próximo día 2 de Julio, glorioso para los españoles, pues alcanzaron una nueva victoria.

Si en vez de escribir una novela escribiésemos una historia, nos detendríamos con íntimo placer en cada uno de los episodios de los sucesos de esa grandiosa epopeya; pero las condiciones de este libro no nos lo permiten, y sólo como españoles, orgullosos de las glorias de nuestra patria, recogemos á la ligera estos datos que la honran y enaltecen.

Renunciamos, pues, á describir la bata-

lla del 2 de Julio, que ya saben nuestros lectores fué favorable á nuestros hermanos y en la que los franceses se vieron siempre rechazados, siendo ellos un ejército numeroso y aguerrido, un ejército que se llamaba á sí mismo vencedor de Europa, y siendo nuestros valientes compatriotas, infinitamente ménos en número, y la mayor parte agenos al manejo de las armas y á los ardidés de la guerra; luchando además con la desventaja de guarecerse en una ciudad abierta, sin más muros ni fortificaciones que unas débiles tapias de tierra y unas baterías que el fuego enemigo arrollaba.

Dichoso el pueblo que como España, tiene en el pasado altos ejemplos á que volver la vista y en que inspirarse; dichosos los que recojen de sus padres una herencia de gloria, que sea norma y ejemplo de su conducta.

Los soldados que se guarecian bajo la santa bandera de la Virgen, su Patrona, que luchaban por su Dios y por su patria, tenían bastante para ser invencibles con la bendicion del cielo que prestaba aliento á la natural grandeza de sus corazones.

## CAPITULO XIX.

## SUICIDIO MORAL.

La victoria alcanzada el 2 de Julio por los defensores de Zaragoza, dió algun descanso á la ciudad, pues los franceses, cambiando de táctica en vista de tan firme y desesperada resistencia, se replegaron para esperar refuerzos, y dejando á la vista de Zaragoza una fuerza considerable, hicieron algunas excursiones por la provincia.

El entusiasmo de los zaragozanos despues de tan gran victoria no tenia límites.

Con las puertas de la ciudad abiertas, con unas débiles tapias que podian asaltarse sin escalas, con unas baterías inseguras, rechazaron y arrollaron al ejército tenido por más disciplinado y valiente del mundo.

El capitan general les animó con ardorosas proclamas en que se les ensalzaba por su brillante victoria.

Cuantos no habian podido batirse, salian á explorar el campo y al verle lleno de cadáveres se estremecian de orgullo y las lágrimas se agolpaban á los ojos de todos al pronunciar la palabra *victoria*.

En este dia de gloria para los zaragozanos habia tambien muchas lágrimas vertidas por los séres queridos que habian pagado con su vida el tributo de honor debido á la patria.

Uno de los que habian muerto en las baterías era nuestro amigo Angel Ponce, el bravo teniente que habia salvado á Cármen, y su capitan Castillo habia sentido su muerte como la de un hermano: aunque en las circunstancias especiales en que estaba Zaragoza no se daba á la muerte la terrible importancia que realmente tiene, porque esperándola todos con calma, rodeándola el áura de la gloria, no se la teme ni se la huye, ántes bien se recibe como un suceso natural.

Manuel del Castillo al terminar la batalla volvió á su casa, ansioso de abrazar á sus hermanas y de reposar de su inmensa fatiga.

Adelantémonos para encontrar ántes que él á Estrella y Blanca.

Al cesar el bombardeo Blanca hizo volver los enfermos á sus respectivas habitaciones, y cuando los encontramos de nuevo, Estrella medio recostada en la cama oía con suma ansiedad á su hermana que sentada junto al lecho y asiendo en sus manos las de Estrella, le decia dulcemente:

—Sí, hija mia, me engañaba al creer que amaba á Luis; al verle he conocido mi error y pienso decirle leal y francamente que queda libre del compromiso formado por nuestras madres.

—¡Pero es posible! ¿No me engañas, Blanca?

—¿Te he engañado alguna vez?

—No, jamás.

—Pues no lo temas ahora; además he comprendido que Luis tampoco me ama, que Luis ama á otra...

—Qué dices? dijo palideciendo Estrella!

—A una bella niña que lo ama tambien, que lo ama tanto, que moriria sin su amor, dijo Blanca con una sonrisa tan triste como si sonriera para alejar el llanto.

—Ah! dime, dime; ¿te lo ha dicho él?

—No; ni eso era posible, pero lo he adivinado.

—Ah! te engañas! El te ama á tí.

—No se ama á los muertos.

—Dios mio! qué dices? vas á morir!

—Voy á morir para Luis y para el mundo; voy á hacerme religiosa de Santa Rosa.

—Oh! no! yo no puedo consentirlo, Blanca mia! Amale tú, yo moriré.

—Mira, niña mia, hay séres que al nacer tienen marcado invariablemente su camino de espinas y lágrimas... en vano es señalarles otra senda... han de recorrerlo, es preciso; pero acaso, acaso al final de ese camino, donde llegan con los piés ensangrentados y el alma dolorida, les espera la recompensa eterna; quizás al llegar solos, con la cruz del dolor agoviando al alma, á ese calvario de la vida, nos espera una resurreccion de gloria... Dios ha trazado mi camino: es inútil querer desviarme de él.

—Pero yo no puedo consentir que por mí te sacrifiques.

—¡Oh! ¡no hay sacrificio! es la voluntad de Dios!

—Blanca, exclamó llorando Estrella, yo te amo y no quiero verte sufrir, tú has sido para mí una madre... Luis te ama, sé tú la esposa de Luis, yo iré al convento de Santa Rosa.

—Es en vano ocuparse de esto. Yo no amo á Luis, ni Luis me ama; ámale tú, y Dios quiera daros la felicidad; en cuanto á mí, mi resolucion es irrevocable. No hablemos más de ello.

—Pero Blanca...

—Es inútil, Estrella, que insistas: de todos modos tu insistencia ha de hacerme sufrir, evítame al ménos ese sufrimiento.

—¿Qué te pide mi querida niña que no puedes concedérselo? preguntó Manuel que llegaba.

Blanca se levantó y lo abrazó vivamente.

—¡Ah! Gracias á Dios que vuelves á mi lado.

Manuel besó su pura frente y corrió á la cama de Estrella.

—¿Qué tienes hija mia? le preguntó con cariño.

—Me puse mala el dia que te fuiste.

—¿Pero qué te dió?

—Segun Suarez, dijo Blanca, un ataque cerebral.

—¡Dios mio! Cuanto habrás sufrido mi pobre Blanca, dijo Manuel sentándose sobre la cama de Estrella; y atrayendo hácia sí y mirando á Blanca con fijeza, añá-

dió: Pero qué pálida estás; tú sí que realmente debes sentirte enferma.

—Te aseguro que no; yo estoy siempre pálida.

—Podrá ser, pero algo te sucede. Veamos, ¿qué te pedía Estrella que tú le negabas?

—¡Bah! una imprudencia... quería levantarse, á pesar de que Suarez se opone á ello.

—Pero niña, ¿no ves que tu pobre hermana te niega por tu bien esa pretension?

Estrella guardó silencio.

Habia comprendido que Blanca rehusaba una explicacion, y respetó su reserva; pero al ver la abnegacion de su hermana, sus ojos se llenaron de lágrimas y los sollozos hincharon su pecho.

—¡Dios mio, qué niña tan mimada! exclamó Manuel; ahora llora; así no te pondrás nunca buena.

Y asiendo entre en sus manos la linda cabeza de Estrella, besó repetidas veces su frente y sus labios!

—Vamos, no llores más: tengo que darte una buena noticia.

—¿Cuál? preguntó Estrella secando las lágrimas.

—Cármén está salvada.

—¡Oh! ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Por su madre...

—¿Ha estado aquí?

Me ha acompañado constantemente en el mal de Estrella.

—Pobre señora! Iré á darle las gracias. Y Luis?

—Está mejor: ya se levantará mañana.

—Más vale así: tú, mi pobre Blanca, has sufrido una buena temporada. ¿Te asustaste ayer?...

Y Manuel comenzó á contar los accidentes de la batalla, sin dar tiempo á su hermana de contestar.

Blanca puede asegurarse que no le oía; completamente abstraída en sus meditaciones, sentía hundirse el soñado mundo de su felicidad.

La promesa hecha á su hermana era el suicidio de su alma.

Era la abnegacion elevada á sacrificio de que sólo es capaz el alma de una mujer.

Así es que su pensamiento daba una triste despedida á sus locas quimeras, á sus doradas ilusiones, y mártir de su propio corazón, le imponía silencio con la firmeza

del que está decidido al sacrificio.

¡Si Manuel hubiera podido leer en la frente de su hermana los pensamientos que la agitaban!

Pero Dios los ha envuelto en un velo impenetrable...

Su sabiduría infinita ha previsto que no pudiendo ser comprendidos, era fácil que fuesen profanados!

## CAPITULO XX.

## ENTRE DOS CORAZONES.

No habia dado Blanca más que el primer paso en la senda del sacrificio.

Le faltaba la prueba más difícil, la más penosa.

Tenia que exigir á Luis la misma abnegacion que á sí misma se habia impuesto, y... ¿era acaso posible que él accediera?

¿Tenia ella derecho para fijar el porvenir de aquel hombre á quien apénas conocia y que era, sin embargo, el sueño de su vida?

Blanca fluctuaba entre la abnegacion y el amor. Era débil y vacilaba ante la amargura del primer pesar.

Sin embargo, el alma se acostumbra al dolor como el cuerpo al veneno, y vemos á personas delicadas sufrir con firmeza pruebas tan terribles que matarian al más fuerte, como vemos á un chino tragar una

cantidad de opio que mataría á un europeo.

El alma en pugna siempre con el cuerpo mortal en que se encierra como una esencia en un vaso, quiere dar á los dolores su inmortalidad!

El corazón acaba por acostumbrarse á ellos.

En vano el alma se rebela...

El tiempo se encarga de ir apagando la intensidad del dolor; en el fondo del corazón queda un sedimento amargo, pero el recuerdo ya no tiene bastante fuerza para revolverlo!...

¡Es triste, muy triste, pero ni el dolor es eterno en la vida!

El tiempo lo apaga contra la voluntad del que lo siente, pues hay dolores que forman como una historia sublime, agena á la historia de la vida, á los cuales se apega el corazón.

Blanca no estaba aún acostumbrada á sufrir.

No sabía que un corazón y un pensamiento, son los principales agentes que atraen á esa fría sombra que se extiende sobre la luz de la vida con la pesadez de la niebla sobre las flores.

En aquellos tiempos la educación que se

daba á las niñas era muy limitada:—no quiere esto decir que hoy valga más la que se dá, pues se enseña poco bueno y mucho inútil ;—queremos decir solamente que Blanca no habia buscado á traves de la historia el secreto de la vida.

De ser así habria sabido que el talento ha sido siempre como un sello de dolor, impreso por Dios á los que elije para el martirio.

Que ninguno de esos séres que han logrado imprimir una huella visible á su paso por el mundo, ha dejado de pagar á la gloria su tributo de lágrimas.

Fatiga el ver que todas las grandes inteligencias han sentido amontonarse sobre sí las tempestades de la vida, sus miserias, sus desengaños.

En cambio una inteligencia limitada, y aún nula, casi siempre vive y muere en una plácida y tranquila felicidad!...

Blanca tenia un gran corazon y un talento brillante.

Aún con estas cualidades le faltaba la fuerza moral que se adquiere con la costumbre de sufrir.

No es extraño que vacilara ántes de fijar de una manera irrevocable su destino.

Cuando volvemos á encontrarla está de pié cerca de Luis, que ocupa un sillón, y que revela en su doliente aspecto cuanto ha sufrido.

—Veamos, le dice, qué secreto tan grave tienes que comunicarme, Blanca mia.

—Ante todo prométeme, Luis, que cumplirás mis deseos.

—¡Oh, sí! ¿puedo yo negar nada al ángel á quien debo la vida?

Blanca tembló al oír el apasionado lenguaje de Luis, y le dijo con voz trémula:

—Es que acaso sea muy difícil para tí lo que te pida.

—Mi vida es tuya: ¿la quieres?

—Acaso.

—¡Ah! pues dime qué deseas: no hay mayor felicidad que morir por tí; pero siéntate á mi lado, Blanca mia; ¿no soy tu prometido?

—Luis, es tan triste lo que he de comunicarte, que me falta valor.

—¡Dios mio! ¡me asustas Blanca! habla.

—Un dia, cuando tu herida se abrió y te inundaste de sangre, te creí muerto y conmigo cuantos te vieron.

—¡Y bien!...

—Desesperada y loca ofrecí á la Virgen si con un milagro te salvaba...

—¿Qué?

—Consagrarle mi vida.

—Y bien, Blanca mia, yo no me opondré á ello; yo uniré mi amor y mis oraciones al amor y las oraciones de mi esposa.

Blanca movió su rubia cabeza.

—No, dijo, eso no puede ser; al ofrecer mi vida ofrecí renunciar al mundo, entrando en un convento.

—¿Qué dices? ¡estás loca!... ¿Monja tú? ¡oh! no ¡jamás! Tú no eras libre; ese voto no tiene valor alguno, tú eras mi prometida, tú serás mi esposa.

—No, Luis, y hé aquí precisamente lo que tenia que pedirte. Yo quiero cumplir mi voto y desde el convento pediré á Dios por tí; pero es preciso tambien que la voluntad de mi madre se cumpla. Yo renuncio á ser tu esposa, que lo sea Estrella; hija por hija, mi madre no se hubiera opuesto si viviera: que su alma me bendiga desde el cielo.

—Blanca, tenias razon que era más difícil de conceder que la vida lo que me pedias. Yo no puedo renunciar á tí; ese voto es nulo; Dios no ha podido acojerlo; lo dirás á un sacerdote y te dispensará de él.

—Quiero cumplirlo.

—Blanca! ¿pero no ves que tú no tienes derecho para arrancarte así á nuestro cariño? Ah! Manuel lo sabrá y te negará su permiso; esos votos necesitan estar autorizados por la persona de quien dependemos.

—Manuel se someterá como yo á la voluntad de Dios.

—Pero Blanca, ¿por qué ha de querer Dios tu desgracia y la mia?

—Tú no serás desgraciado; Estrella es dulce, buena, angelical; serás feliz á su lado.

—No, yo no la amo, á tí sola quiero.

—Luis, por Dios, no olvides que me has ofrecido cumplir cuanto te pida.

—Yo no sabia que ibas á pedirme lo que está muy por encima de mi voluntad, de mi razon, de mi sér todo.

—Pues bien, si rehusas concederme lo que deseo, si crees que te es imposible hacer la dicha de mi hermana, entónces tendré el derecho de decir desde el claustro, que en cambio de mi vida sacrificada por tí, no has querido concederme lo que hubiera sido mi felicidad.

—Mira, Blanca mia, hay algo que yo no comprendo que motiva tu resolucion; la

idea de que no me amas, de que buscas un medio de huir de mí, me vuelve loco, y sin embargo no puedo desecharla.

—Esa idea es absurda: te amo tanto, que por tu vida ofrecí la mía.

—Entonces, ¿por qué me exiges que sea esposo de tu hermana?

—Porque así creo cumplir la voluntad de mi madre.

—La voluntad de tu madre era y es que lo sea tuyo.

—Yo seré la esposa de Cristo: todo lo demás ya no existe para mí: yo diré de hoy más y por siempre:

«El que á Dios tiene nada le falta; sólo Dios basta.»

Luis quedó pensativo.

En la sombría palidez de su frente se adivinaba una lucha dolorosa.

—Blanca, dijo con voz grave; te juro por mi honor cumplir tu voluntad, si me contestas la verdad á lo que voy á preguntarte.

—Y yo te juro por la memoria de mi madre no engañarte, si ántes te obligas con una promesa de honor á guardar el más profundo secreto, dijo Blanca con acento solemne.

—Lo juro por mi honor, pronunció brevemente Luis.

—Puedes preguntar.

—¿Es verdad que has hecho una promesa por mi salud?

—Sí.

—¿Pero entraba en esa promesa la de renunciar al mundo, la de encerrarte en un claustro?

—No.

—¡Ah! ¡lo sospechaba! Y dime, ¿qué ha sucedido despues para obligarte á tomar esa resolucion?

—Mi hermana te ama; mi hermana morirá sin tu amor; mi madre me la confió al morir, y yo por su vida y por la tuya doy mi felicidad.

—Pero esa felicidad era tambien la mia; sin tí no la quiero; ese sacrificio es absurdo; si Estrella muere, que muera, yo solo á tí amo.

—¡Ah! ¿qué dices? olvidas que me has jurado cumplir mis deseos y que en cambio de esa promesa has sabido la verdad!

—Pero es horrible, Blanca mia; ¿por qué he de renunciar á tí, á quien amo más que á mi vida, para unirme á Estrella á quien quiero como á una hermana, pero á la que no amaré jamás?

—Yo te pido ese sacrificio.

—¡Ah! tú, porque no me amas, porque no es amor lo que has sentido por mí; al verme tu ilusion se ha desvanecido, yo no soy el sér que tú esperabas; pues bien, dime eso y no me obligues á ser desgraciado.

Blanca lloraba en silencio.

Se encontraba colocada entre su hermana y Luis, y estos dos séres la atraian con fuerza, pero con muy distintas impresiones.

Hubo un momento en que ese iman misterioso que el amor irradia llegó hasta su alma, casi movió los labios para dar á Luis la seguridad de ser suya; pero en aquel instante la sombra de su madre moribunda recomendándola á Estrella, pasó por su pensamiento, y entónces, hallando fuerzas en su mismo dolor, dijo á Luis:

—Adios: nada te pido ya.

—¡Ah, no! Blanca, perdóname, yo te amo, no huyas de mí!

Y como Blanca guardase silencio, Luis la dijo con apasionado acento:

—Dime que nada te impide ser mia, dime que yo soñaba, que deliraba ahora; repíteme tu amor.

—Luis, sin duda quieres poner á prueba el temple de mi alma al usar ese lenguaje; es tan poco generoso, como lo seria hablar de las dichas de la vida al que fuese á morir...

—¿Pero es al fin verdad que he de renunciar á tí?

—Es preciso.

—Yo lo niego.

—Inútil negativa; Dios no lo quiere.

—Pero Blanca, ¿tienes tú acaso derecho para deshacer mis sueños de felicidad, mi esperanza del porvenir?

—¿Lo tienes tú para negarme lo que te pido?

—¡Me pides un imposible!

—¡Imposible amar á Estrella! No, Luis: ella es buena, es pura, es hermosa, te ama y te hará feliz.

Luis pasó su mano por la frente con sombría desesperacion; sus labios temblaban y sus ojos brillaban á momentos con fugaces reflejos de lágrimas.

Blanca de pié con las manos juntas, esbelta, pálida, con los rubios cabellos recogidos sobre sus sienes, parecia una estatua ideal del dolor animada por el soplo de un ángel.

—Sea como tú quieras, dijo al fin Luis graduando lentamente sus palabras; seré el esposo de tu hermana; no dirás, noble mártir, que he tenido ménos valor que tú para el sacrificio.

Blanca sintió que la razon se escapaba de su pensamiento, que sus ojos se nublaban y tembló toda.

Una ráfaga de muerte debió cruzar por su rostro, porque Luis asustado dió un grito.

—¿Qué tienes? la preguntó.

—Nada, no es nada, confio en que Dios te dará la felicidad en cambio de tu bondad para mí. Y alejándose lentamente, como si vacilara, con las manos extendidas como una ciega, salió del cuarto de Luis.

Algunos pasos habia dado, cuando Luis oyó el ruido de un cuerpo al caer en tierra. Asiéndose á los muebles, pues su debilidad no le permitia andar, salió y vió á Blanca sin sentido en el suelo.

Luis pidió socorro, y como si le faltaran fuerzas para presenciar la agonía de aquella alma, se volvió lentamente á su cuarto.

## CAPITULO XXI.

### HERIDAS DEL ALMA.

Aquellos que no hayan sufrido uno de esos golpes que cambian bruscamente el curso de la vida, no comprenderán lo que sufría Luis al quedar solo con el alma herida por un mortal desengaño. Su pensamiento era un caos donde se amontonaban las sombras en horrible confusion.

¿Sabeis lo que es ese amor, dulce, puro, tranquilo, que nace en el corazon del niño y con él va creciendo hasta convertirse en la pasion del hombre? Pues en ese amor que forma como una especie de costumbre, como una segunda vida, van reasumiéndose todos los amores, todas las aspiraciones, todas las esperanzas.

Como la vida ofrece en cada hora un nuevo dolor, al guardar en el alma un sentimiento tan puro, hácia él se vuelve nuestra vista pidiéndole como una proteccion,

como una esperanza que aleja el desaliento.

Luis habia conservado el recuerdo de Blanca como si él fuese la estrella de su vida, y cuando al verla la habia amado más, la luz se oscurecia.

Luis parecia loco.

Su única idea era morir; la vida en esos momentos se hace difícil.

—Yo he debido morir, murmuraba; ella me ha salvado para matarme despues de un modo más cruel; las heridas del cuerpo no duelen como las del alma! ¡Y hasta el dolor que me ha producido aumenta mi admiracion hácia ella! Su alma debe sufrir como la mia, y sin embargo ha tenido valor para exigirme el sacrificio. ¡Qué abnegacion! ¿Y si sólo fuera una prueba? Pero no! imposible; estaba trémula, mortalmente pálida: y bien! que se cumpla la voluntad de Dios!...

Y sin saber qué hacer, vacilando como un ébrio, probó á dar algunos pasos por su cuarto.

El doctor Suarez llegó con Manuel al cuarto de Luis.

—Oh! dijo el primero al verle de pié; parece que la cabeza está firme: veamos, veamos.

Y tomando la mano de Luis se dispuso á juzgar por su pulso de la regularidad del movimiento de su sangre.

El doctor frunció las cejas con visible disgusto.

—Hay una alteracion que no me explico, pues ayer lo dejé bien.

Luis nada contestó.

—Y la herida? preguntó Manuel.

—Bien, dijo Luis; tan bien, que mañana pienso salir.

—Es una gran locura de la cual no seré yo cómplice, dijo gravemente el doctor.

—Bah! dijo Luis con amargo acento; la vida vale bien poco.

Manuel lo miró con extrañeza.

—¿Qué tienes, Luis?

—Nada nuevo, Manuel; pero la vida que se debe á la patria no se le debe negar; mañana saldré á buscar á los míos...

—Es una verdadera locura; aún no estás bueno.

—¡Y qué importa si se trata de morir!

—Cuento afortunadamente con medios de vencerte; saldrás más tarde, mañana aún no es tiempo.

—Tú no querrás que yo me avergüence de mí mismo; ya estoy bien y mañana saldré.

—Pues señor mio, dijo el médico con acento sério como el de un hombre que se ofende si no ve cumplir sus prescripciones; puesto que Vd. se empeña yo *lavo mis manos* y no soy responsable.

—Oh! desde luégo, mi buen doctor, dijo Luis tendiéndole la mano; mi gratitud pagará siempre sus cuidados, á los que debo la vida.

—He cumplido con mi deber, dijo el doctor levantándose y disponiéndose á salir.

—¡Qué! dijo Manuel, ¿se va Vd. ya?

—No tengo un momento mio.

—¿No vé Vd. de nuevo á mi hermana?

—No hay necesidad; está bien, el cansancio material y la agitacion moral de estos dias han alterado su salud; pero Blanquita es fuerte, á pesar de su aspecto delicado, y se repondrá en breve.

—¿Y Estrella?

—¡Ah! Estrella está ya buena.

—Más vale así: adios, querido doctor.

—Adios, señores; ruego á Vd., caballero, añadió dirigiéndose á Sandoval, que no abuse, porque juega la vida.

—Gracias, contestó éste.

—Dime, dijo Manuel cuando quedaron solos, ¿por qué ese empeño de salir mañana?

—He sabido que mi coronel con una compañía de cien hombres y trescientos veinte voluntarios que ha extraído de Teruel, ha llegado felizmente á la ciudad; que Palafóx para premiar este brillante hecho le nombrará comandante de Santa Engracia, y quiero luchar á su lado!

—¿Quién es tu coronel?

—D. Antonio de Quadros.

—Ah! lo conozco mucho. ¿El gobernador de Teruel?

—El mismo.

—Que ha abandonado su familia é intereses para venir á ofrecerse en aras de su patria! Es apreciado de todos; y si los jefes lo distinguen, los soldados lo adoran.

—¡Así es!

—Ha estado hoy muerto.

—¿Por qué?

—Porque la gente que habia reunido el gobernador de Daroca, que le seguia, se le ha retirado y sólo á fuerza de valor y con muchos apuros logró volver á Zaragoza.

—¡Cobardes!

—Era gente no acostumbrada al manejo de las armas.

—No importa; para saber morir no se necesita costumbre.

—Es verdad. También ha entrado una gran remesa de pólvora!

—Bravo! esa es una buena nueva.

—Hay grandes preparativos de defensa.

—Ya lo sé.

—¿Por quién?

—Por quien me ha dado las anteriores noticias; por uno de mis compañeros que ha sabido mi paradero por una casualidad y ha venido á verme.

—No hay temor, triunfaremos.

—Y dime, dijo Luis que olvidaba al hablar de la patria el dolor de su alma, el enemigo...

—No cede; se prepara á la ofensiva, pero en vano.

—¿Los olivares se cortan?

—Sí, en los alrededores apenas tienen ya donde ocultarse.

—Es una gran ventaja.

—¡Ya lo creo!

—Y dime aún, dijo Luis con un suspiro, porque la pregunta que iba á formular renovaba sus recuerdos; ¿tu novia dónde está? se salvó al fin?

—Sí, gracias á un amigo mio, que murió combatiendo á mi lado en la batalla del 2 de Julio.

—¿Está en Zaragoza?

—Aún no: está en Alagon y su padre cuida de ella.

—Pero ¿por qué no viene?

—Está herida.

—¡Herida!

—Sí, pero nada digas á mis hermanas que lo ignoran; el oficial francés por quien fué robada queria arrastrarla á Francia; Cármen se opuso y parece que él desesperado quiso matarla.

—¿Y ese infame no ha sido castigado?

—Dios le ha hecho castigarse á sí mismo; se ha suicidado.

—¡Vive Dios que lo siento! Hubiera querido saber si heria tan fácilmente á un soldado español como á una débil mujer.

—Cármen está casi restablecida, ó por lo ménos fuera de peligro. Su herida es leve...

—Ah! las heridas del cuerpo se curan fácilmente, dijo con tristeza Luis.

—¿Te atreves á dar un ligero paseo apoyado en mi brazo?

—Sí, vamos á donde quieras.

Manuel se levantó y ofreció el brazo á Luis, que se apoyó ligeramente en él.

Salieron á un corredor y siguiéndolo lle-

garon al gabinete cuya ventana se entoldaba de plantas trepadoras y que ya conocemos.

Allí Blanca y Estrella formaban un lindo grupo en su descuidada soledad.

Estrella sentada en una pequeña silla, tenia suelto su magnífico cabello de color castaño, que Blanca peinaba con el mayor cuidado.

Al ver á Luis hizo tan brusco movimiento, que el peine de marfil que tenia en la mano se enredó en los cabellos.

Luis habia quedado inmóvil en la puerta del gabinete.

—Ah! parece que no esperabas esta sorpresa, dijo riendo Manuel; tu primera visita debe ser para tus enfermeras.

Y llevándolo hácia un sillón le hizo sentar.

—Quizá las moleste.

—No, dijo Blanca que habia conservado su dulce y triste sonrisa; tú no puedes molestarnos nunca.

—¿Cómo estás, Estrella? dijo al fin Luis á la jóven que separaba con la mano las bandas de sus cabellos para verle mejor.

—Ya estoy bien: y tú? preguntó casi trémula.

—Oh! demasiado bien, porque debiera haber muerto.

Manuel creyó que Luis decia estas palabras aludiendo á lo peligroso de su herida; pero Blanca comprendió la tristeza que encerraban y sus labios pálidos temblaron ligeramente.

—Y tú, Blanca? dijo pronunciando de prisa su pregunta, como si quemase sus labios.

—Tambien estoy mejor; gracias, Luis.

—Permitidle que os acompañe hasta mi vuelta, mis queridas niñas; el pobre se cansa de estar solo.

—Te vas? preguntaron Luis y Blanca.

—Sí, pero vuelvo pronto; hasta luégo.

—Adios! le contestaron los tres.

## CAPITULO XXII.

## NIÑA Y MUJER.

[ Nada hay en el mundo más egoísta que un corazón feliz.

Podeis repetir ante el que es dichoso todos los males de la vida, todos los dolores... si os presta atención, si os escucha, tened por seguro que no os oye, que su pensamiento vuela muy lejos del cuadro de pesares que le habeis trazado, que sus ojos no le ven.

Es verdad que esa felicidad celestial, esa ráfaga de gloria que llena el pensamiento vive á veces un día, á veces una hora, á veces un instante.

Porque la dicha en la vida es, como si entre un torrente dejase Dios caer una estrella, brillaria un momento entre sus ondas y en ellas se apagaría.

Estrella sentía esa fascinación que en-

vuelve los sentidos en una atmósfera extraña; no vivía: soñaba.

Blanca en cambio contenía el dolor que destrozaba su alma.

Había querido arrancar de ella su primer amor, y sin lograrlo la había destrozado.

Porque ese amor no era la galana flor que vive un día y cuyas hojas sin esfuerzo caen al más leve soplo de contrariedad; no era la planta de tenues raíces que un leve impulso de la voluntad arranca, era el corazón mismo transformado por el sueño de toda su vida en árbol del paraíso donde se cobijaban alegrándola con su canto las dulces aves de la primavera de la vida: la esperanza y la ilusión.

Estrella ni adivinaba ni comprendía el dolor de su hermana: ella era feliz y olvidaba todo lo demás.

Era una niña que gozaba de su primer sueño; no la culpemos nosotros, que el tiempo se encargará de arrancar una á una las hojas de su virginal guirnalda, y castigará ese egoísmo de dicha que todo corazón siente en su primer latido.

Luis las miraba sin atreverse á romper el silencio, sin darse cuenta de lo que sentía.

Miraba á Estrella como si la viese por vez primera, y en su mirada habia tanta admiracion como extrañeza.

No hay hombre que al saber que es amado, no mire con interés á la mujer que lo ama.

Y es que en el amor hay como una especie de atraccion que nunca se puede rechazar por completo.

Jamás se sabe sin que se conmueva alguna oculta fibra de nuestro corazon, que hemos inspirado un sentimiento simpático.

Y el hombre que, salvo honrosas excepciones, tiene una gran facilidad, casi pudiéramos decir una propension para esa idolatría de sí mismo, que más ó ménos en secreto, oculta con mayor ó menor habilidad, todos profesan; el hombre acepta casi siempre el amor que inspira, como un culto que se ofrece en las aras del altar que en su orgullo á sí mismo se ha erigido, y sin extrañarlo lo recibe, por más que como todos los sentimientos á que el orgullo da vida, pasen efímeros sin dejar la menor huella.

Luis aunque era uno de esos hombres que sienten y saben lo que sienten, aunque unia á un talento brillante un alma deli-

cada y tierna y una percepcion rápida y profunda, era hombre y no podia dejar de lisonjearse de que una niña tan linda lo amase de un modo delirante.

Mirándolas, si no lo pensaba, por lo ménos lo presentia, que no perdia en el cambio.

Eran las dos hermanas, como un lirio y una rosa.

Puesto que el lirio queria marchitarse ante el altar para enviar á Dios su perfume, él tomaria la rosa para alegrar su vida.

Estrella estaba muy linda.

La enfermedad no habia podido marchitar la frescura de su tez, sólo habia palidificado algun tanto, lo cual daba á su semblante una expresion más dulce, pues sus facciones correctas y suaves perdian con la palidez la expresion risueña y animada que la hacian parecer más una alegre niña que una mujer bella.

Su frente blanca y tersa era pequeña y graciosa, sus ojos pardos, muy abiertos como si se asombrasen de la vida, parecia que dejaban ver su alma; su boca fresca era risueña y cándida, sus mejillas redondas y adornadas por dos hoyuelos encantadores.

—Estrella, ¿dejarás en paz la cabeza? dijo Blanca con acento de dulce reconven-  
cion; no te puedo peinar.

—¡Si no me muevo! dijo Estrella son-  
riendo á Luis.

—Sin duda el estar yo aquí te molesta; dijo éste que estaba confuso con la mezcla  
de sentimientos que percibia en su alma.

—Siempre sucede lo mismo, contestó  
Blanca sin cambiar su dulce y triste ex-  
presion.

—¡Si eres tú la que tiemblas y no me  
puedes peinar!

Luis fijó en Blanca una ardiente mi-  
rada.

Los hombres se engañan con frecuencia  
y Luis al ver á Blanca tranquila, en vez  
de creerlo efecto de un supremo esfuerzo,  
habia pensado que su prima le demostraba  
con aquella serena calma no haberlo ama-  
do nunca.

Su conmocion le interesó vivamente y  
por un instante se olvidó de Estrella; pero  
al oir á Blanca contestar tranquilamente á  
su hermana: «¡que yo tiemblo! tú estás so-  
ñando, Estrella»; volvió á sentir como una  
especie de despecho contra Blanca, que tan  
fácilmente se habia resignado á perder su  
amor.

Al fin las gruesas y largas trenzas de la niña estuvieron terminadas, y Estrella corrió ligera á sentarse junto á la reja, donde un canario se mecía en su dorada jaula.

—¿Es tuyo ese c nario, Estrella? preguntó Luis.

—No: es de Blanca.

— No te gusta   t !

—Mucho: pero me olvido de cuidarlo.

— C mo es eso! Pues no piensas que si tú algún dia, como ese canario, estuvieses cautiva en un corazón, por ejemplo, y tu dueño te olvidara, te moririas?

Estrella lo miró entre risueña y triste.

—Tienes razon, dijo.

—A Estrella no se la puede olvidar, dijo Blanca que sin ser sentida habia ido aproximándose á ellos, porque vale mucho.

—Seguramente que seria muy ingrato el que la olvidara, pero pudiera suceder.

—Dios no lo quiera! dijo Blanca.

Estrella como si comprendiera por instinto que se trataba de dolores que no conocia, comenzó á llorar: era la niña que de la vida sólo conoce los sueños.

Blanca fué á su lado y besó su frente: era ya la mujer que conoce el dolor.

—No llores, la dijo, t  serás feliz, nues-

tra madre pedirá á Dios en el cielo por tu dicha y yo le pediré desde la tierra.

—Y tú Blanca mia, tú renuncias por mí...

—Chist! Niña... no me hables nunca de mí, habla de tí...

Luis escuchaba absorto.

La abnegacion, la virtud de Blanca lo admiraba, y el apasionado amor de Estrella lo atraia.

—De mí? Sé yo acaso lo que será de mí!

—Luis; ayúdame á hacer creer á esta querida niña que la espera la felicidad.

Luis comprendió que Blanca le pedia una despedida eterna y todo su amor se despertó de nuevo, más grande, más desesperado, cuanto más imposible.

—Sólo Dios, dijo con acento que deseaba hacer indiferente y que era doloroso, pudiera afirmar lo que encierra el porvenir.

Blanca lo miró con sorpresa, Estrella se estremeció y siguió llorando.

—Lo que sí me permitiré aconsejar á nuestra niña es que no gaste sus lágrimas, porque la vida tiene ocasiones en que todas son pocas.

Y ahora, mi querida Blanca, te ruego

que me des tu brazo, no me encuentro bueno y quiero retirarme.

Estrella, un momento ántes tan feliz, lloraba con desconsuelo despues de haber visto alejarse á Luis apoyado en el brazo de su hermana.

## CAPITULO XXIII.

## LA VUELTA AL HOGAR.

Algunos días han transcurrido desde que pasaron los sucesos que en los capítulos anteriores copiamos, cuando una noche bajaban por la calle del Coso la señora de Valcárcel, y Blanca y Estrella del Castillo.

—Dios mio, decía Doña Manuela en el momento en que la encontramos, que nada les suceda!

—No tema Vd., señora, decía Blanca, muy pronto la veremos.

—Creo que voy á morir de alegría; un mes ya, un mes sin mi Cármen, mi vida y mi alma!...

—Tranquilícese Vd., señora, la emocion puede hacerle daño.

—Nuestras damas siguieron y de repente oyeron algunos disparos.

Doña Manuela se estremeció y se detuvo exclamando:

—¡Ah! ya hay tiroteo, y mi hija!... Dios mio, Dios mio, es para volverse loca!

—Nada tema Vd., señora; Cármen vendrá muy bien acompañada.

En aquel momento, un grupo de hombres salió de una de las calles que desembocan en la del Coso, y se dirigió á nuestras señoras que instintivamente retrocedieron.

Uno de ellos, de mediana estatura y graciosas formas, se dirigió rápidamente hácia Doña Manuela y la tendió sus brazos.

—¡Cármen! exclamó ésta con un grito arrancado del alma, ¿Cármen mia, eres tú?

—Yo, madre mia, que protegida por Dios vengo á su lado.

Y volviéndose hácia sus amigas:

—¡Estrella! ¡Blanca! gritó confundiéndolas en un mismo abrazo; cuánto he pensado en vosotras!

Doña Manuela, tan loca estaba de alegría con recobrar á su hija que no habia visto á su marido; al distinguirlo corrió hácia él y le tendió los brazos.

—Diego! exclamó: gracias á Dios.

—Vamos, repitió casi trémula de alegría, vamos á casa, quiero celebrar dignamente la vuelta de mi hija á su hogar.

—Nosotros nos retiramos, señora, dijo Manuel que, como Luis que habia salido por la primera vez para acompañarlos, habia permanecido en silencio respetando la alegría de la pobre madre.

—Dios mio! Por qué?

—El enemigo prepara una sorpresa, y esta noche no podemos faltar de las batallas.

—Pero ni un instante...

—La patria no espera...

—Pero al ménos, volverán Vds?

—Quién sabe! dijo tristemente Luis.

—Ah! es verdad! dijo Blanca suspirando, ¡quién sabe!

—Van Vds. á entristecernos con sus presentimientos; acaso Dios no oirá los ruegos de una pobre madre que les debe su hija?

—Yo, señora, dijo Luis, sólo he tenido la honra de acompañarla esta noche, ningún mérito me cabe en ello.

—Yo nada he hecho, dijo vivamente Manuel; el que la ha salvado ya no existe.

—Ah! dijo la pobre madre con acento triste, qué locura es soñar la felicidad! Cuando recobro yo á mi pobre hija otra madre ha perdido el suyo, y esto es para mí un dolor eterno.

—Angel Ponce ha muerto al pié de sus banderas, como español, y Vd. no debe tener remordimiento alguno. *СВАТОН*

Y despidiéndose con Luis de Doña Manuela y sus hermanas, siguió por el Coso, en tanto que las señoras y Valcárcel se volvian para buscar la calle de Santa Engracia.

Cármén, á la que el traje de hombre sentaba muy bien, iba delante con sus dos amigas; y sus padres algo detrás, les dejaban libertad para hablar.

El ruido de la fusilería se hacia más tenaz y de vez en cuando tronaba el cañon.

Blanca se estremecia poderosamente y Cármén y Estrella dejaban de hablar temblorosas tambien, como si aquel ruido vibrase en sus corazones.

Cuanto amaban estaba entre las balas. Al llegar á la casa de Valcárcel Doña Manuela les tenia preparada una modesta cena, y todos sentáronse á la mesa; pero Cármén al verse sentada entre sus padres con aquel extraño traje, dijo á su madre sonriendo:

—No le parece á Vd., madre mia, que debia yo ir á vestirme con mis ropas para acompañarles á la mesa?

—Como quieras, hija mia.

—Tienes razon, Cármen, dijo Valcárcel; vé con tus amigas y vístete.

Las jóvenes salieron y los dos esposos comenzaron á dar gracias á Dios por su proteccion para con su hija, y por la dicha que les ofrecia al volverla á ver.

Sigamos á las jóvenes.

Las tres niñas se dirigieron ligeras al cuarto de Cármen y se dispusieron á ayudarle en su tocado.

Cármen preparó su ropa y comenzó á desnudarse.

Al sepasar la camisa que llevaba puesta sus amigas lanzaron un grito.

—¡Ah! ¿qué es esto? murmuraron.

—Qué, no os lo ha dicho Manuel? He estado herida!

Y mostraba á sus amigas la cicatriz fresca y rojiza todavía de la herida causada por el puñal de Víctor.

—¡Pobre Cármen! ¡Cuánto habrás sufrido!

—Mucho.

—¿Y cómo te hirieron?

—Bah! no hablemos de ello, ya pasó; pero vosotras sin duda estais enfermas, habeis palidecido, estais más delgadas!

—Estrella lo ha estado y de gravedad; yo no, gracias á Dios, dijo Blanca.

—Es particular! Pues cualquiera creeria que lo estás ahora, dijo Cármen y añadió: ¿no sabéis que mi padre supo ya que amo á Manuel y consiente en nuestra union?

—Mucha parte tomo en tu dicha; Estrella se casará probablemente en el mismo dia.

—Cómo! y nada me habias dicho?

—Es aún un secreto.

—Díme al ménos con quién.

—Con ese jóven que te acompañó esta noche: es hijo de una hermana de nuestra madre, y la ama...

—Ah! no digas eso, Blanca, él no me ama.

—Cómo! exclamó con curiosidad Cármen, ese es vuestro primo...

—Luis.

—Ah! ¿pero no era á tí á quien amaba, Blanquita?

—Nos engañábamos, era á mi hermana.

—Dí más bien que tú sacrificas por mí tu corazon.

—Estrella, te he dicho muchas veces que te engañas; Luis no me ama.

—Pero yo no comprendo...

—Yo te lo explicaré Cármen; pero vámonos ahora, nos esperan tus padres.

Las tres jóvenes, tristes y pensativas volvieron al comedor.

Cármen lo miraba todo con curiosidad y alegría.

Su madre le hacia pregunta sobre pregunta.

Cármen contestaba siempre lo mismo, y su contestacion era de acuerdo con su padre y Manuel, la más apropósito por tranquilizar á su madre.

Decia Cármen que robada por un oficial francés, éste herido por una bala cayó, y ella quedó libre; que entónces corrió sola por los campos, huyendo de los franceses y sin saber á dónde ir, hasta que habiéndola visto unos labradores de Alagon la llevaron con ellos, y allí estuvo algunos dias sin saber cómo avisar á sus padres, hasta que el teniente Ponce la descubrió y se ofreció á ello; que inmediatamente habia ido su padre y habian esperado una ocasion para volver á Zaragoza.

La pobre madre no se cansaba de oir, y cada instante la hacia nuevas preguntas, que á veces hacian vacilar á Cármen, pues tenia que combinar los detalles como los

sucesos y no estaba avezada á mentir.

La cena fué triste, á pesar de la delirante alegría de la pobre madre, cuyo hogar volvía á tener luz y calor.

El eco del fusil y del cañon continuaba oyéndose, como si se hubiese empeñado una batalla.

Así era en efecto.

Los franceses ansiando sorprender á los zaragozanos habian intentado una salida, pero los defensores estaban prevenidos y los rechazaron con grandes pérdidas.

Cuando á las doce de la noche Blanca y Estrella se retiraron acompañadas de Valcárcel, no habian vuelto Luis ni Manuel, y el combate parecia empeñarse más y más á juzgar por los frecuentes disparos de cañon que se oian.

## CAPITULO XXIV.

## LAS DOS HERMANAS.

Es incomprendible á veces el origen de ese valor que el corazon necesita para cumplir un sacrificio impuesto por la voluntad y oculto por la abnegacion.

Como se pregunta un niño adonde van las nubes por agua, podiamos preguntarnos adónde vá el corazon por esa fuerza que lo sostiene, si no supiéramos que la encuentra en la seguridad del cumplimiento de un deber, tanto más sagrado, si es su santa y firme base la Religion y la esperanza.

Blanca, la dulce y suave niña que tan bien cumplia los deberes de madre con su hermana, era ya la mujer fuerte, que vá sonriendo al sacrificio sin temer ni vacilar, como si la muerte fuera para ella un glorioso descanso.

Blanca se transformaba de una manera rápida y visible.

Su corazón se había asociado al dolor; ya no lo rechazaba.

Es verdad que sus mejillas suave y tenuamente rosadas, estaban pálidas como las hojas de la diamela; que sus ojos tan brillantes se habían oscurecido, y un círculo oscuro se extendía á su alrededor... sus labios ya no sonreían; á veces se plegaban fuertemente, como contrayéndose para retener el llanto... pero nada más.

Su espíritu no vacilaba. El sacrificio estaba aceptado; su alma, según ella decía, se *abrazaba á la cruz*; pero era preciso llegar al *calvario*: ¿podría llegar?

Hé aquí lo que se preguntaba á sí misma cada día, repitiendo las santas palabras:

«El que á Dios tiene nada le falta; solo Dios basta.»

Estrella, aunque por su edad y los sentimientos de su corazón, fijaba una mirada vaga en todo cuanto la rodeaba, es decir, se veía á sí misma, y nada más; notaba con pena la alteración de Blanca.

Además la pobre niña sufría; Luis no la había dicho ni una palabra de amor; y

si Blanca la aseguraba que este amor existía, necesitaba para ser feliz una prueba de él.

Luis desde que pudo salir, parecía buscar la muerte con empeño.

Sus compañeros habían celebrado su restablecimiento, y sus jefes, de quienes era muy querido, lo acogieron con placer.

Muchos de sus amigos faltaban, y Luis se dijo que acaso él seguiría la misma suerte, y así terminaría todo.

Su aspecto triste y sombrío extrañaba á sus amigos y más que á nadie á Manuel, que no sospechaba, ni remotamente, la causa del dolor de su primo.

Así habían pasado algunos días, y en el que volvemos á encontrarlos en nada habían variado los sucesos.

Nuestras niñas al llegar á su casa se separaron: Estrella quedó sentada junto á la reja entoldada de flores, y Blanca fué á rezar porque la Virgen salvase de las balas enemigas á Manuel y Luis.

Aquella alma tierna y elevada se olvidaba siempre de sí por los demás.

Así pasó algún tiempo.

Cuando el ruido del cañon dejó de oirse y el silencio volvió á reinar grave y so-

— ¡emne, Blanca fué á buscar á su hermana, que se habia dormido con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

Blanca la besó en la frente.

— ¡Estrella! dijo.

Esta abrió los ojos y preguntó asustada:

— ¿Qué hay?

— Nada, hija mia; sino que puedes recogerme; es tarde y te pondrás mala.

— ¿Y tú?

— Yo esperaré, por si Manuel se retira; Dios quiera que nada le haya sucedido.

— ¡Ah, qué horrible sueño he tenido! dijo la niña pasando la mano por su frente.

— ¿Qué soñabas?

— Que Luis moria...

— No lo quiera Dios, contestó Blanca estremecida: vamos, niña mia, vete á acostar.

— No, Blanca, quiero hablar contigo.

— Veamos qué grave asunto tienes que comunicarme: ¿se trata de que te dé mi parecer sobre si has de llevar cinturon azul ó rosa con tu trage blanco? dijo Blanca con ligero acento.

— Oh, no! bien sabes que se trata de algo más grave.

— Veamos...

—Quiero hablarte de Luis.

—Ya te escucho, dijo con suave calma la triste jóven.

—Luis, dijo vacilando Estrella, no me ama; tú te engañas.

—Puede ser, no pretendo ser infalible, pero tambien puedes engañarte tú.

—No, dijo llorando Estrella; tú no te engañas porque lo sabes como yo, me he equivocado, he querido decir que tú me engañas.

—Yo no sé, Estrella, si Luis te ama, pero sé que será tu esposo.

—Y dime, dijo Estrella gravemente, más gravemente de lo que se podia esperar de su carácter; podré yo ser feliz, aunque me llame su esposa, si no tengo su amor?

Blanca se estremeció poderosamente.

Pensó que Estrella tenia razon; que quizá buscando su dicha iba á asegurar su desgracia.

—Si Luis no te ama, te amará, yo te lo fio; además él es siempre caballero y tu dicha á su lado está asegurada.

—Oh, no! Yo no necesito para ser feliz sus consideraciones, su atencion, necesito su amor, su alma entera, de otro modo no puedo ser feliz.

—Hay que tomar á veces lo que la Providencia nos ofrece de felicidad, aunque nos parezca una muy pequeña parte de lo que deseamos, despues está en nosotros mismos el que esa dicha se aumente, ó el que acabe para siempre.

—Quizá tengas razon, pero yo quisiera, hermana mia, que tú procurases leer en el corazon de Luis; si no me ama, sino puede amarme, dímelo; yo prefiero morir á esta duda.

—No quieras investigar nunca la esencia de las cosas, hija mia; acepta el sentimiento tal como te se ofrece; en el fondo del corazon humano no hallamos jamás la perfeccion, dijo con voz que ahogaban las lágrimas Blanca.

—¡Ah, no! Es que yo he comprendido tu piadosa mentira; es que tú para que yo viva me das la vida de tu alma; yo sé tambien morir, hermana mia, y yo no quiero que tú mueras por mí.

—¡Error! Yo no hago ningun sacrificio; mi vida es de Dios, así se lo he ofrecido.

—Tú estás enferma, Blanca; Cármen tiene razon; perdóname si he necesitado oirlo de una voz extraña para conocerlo; tú estás enferma, y solo una gran pena puede ser la causa.

—Te engañas, Estrella. No estoy enferma, sino agitada porque temo por nuestra patria, por nuestro pueblo, por nuestros hermanos, por nosotras mismas.

—Pues bien, asegúrame que hablarás á Luis, que me dirás francamente la verdad, y aceptaré esa dicha que me ofreces.

—Te lo aseguro, Estrella mia, dijo Blanca besando su frente, y ahora vete á acostar, estás delicada y puede hacerte daño.

—¿Y tú?

—Espero á Manuel.

—Adios hermana mia, hasta mañana.

Las dos hermanas cambiaron un beso y se separaron.

La una llevaba el corazon lleno de esperanza; la otra le sentia ahogarse entre sus lágrimas, que se esforzaba en contener.

¡Los ángeles formaban la corona que habia de adornar las sienes de la Santa Mártir!

## CAPITULO XXV.

## DESPUES DE UNA VICTORIA.

Cuéstanos gran pena no poder reproducir en detall los hechos gloriosos de la defensa de Zaragoza; pero nuestro libro es muy pequeño marco para tan gigante cuadro.

Recogiendo los sucesos que interesan á nuestra narracion, tenemos que hacer un resúmen de los más grandes, y quiera Dios que más adelante podamos consagrar un recuerdo más digno á las glorias de nuestra patria.

Así tenemos que hablar de las acciones del 29 y 30 de Julio, tan sangrientas como grandiosas, consignando sólo el triunfo de los defensores y su arrojo en el peligro, pues el enemigo, habiendo en gran parte pasado el Ebro, los estrechaba cada vez más, amenazando con bloquear la ciudad y aislarla de todo recurso, una vez cerrado el cerco.

La bizarría y arrojo de los españoles hizo una vez más desistir á los franceses de sus proyectos, pues en sus sorpresas, en sus ardidés, siempre hallaban alerta al valor español, dispuesto á disputarle palmo á palmo el terreno y á conseguir la victoria.

Entre los que más se distinguieron, según se consignaba en los partes oficiales, fueron los guardias españoles, batallón ligero de Zaragoza y voluntarios de Aragón, y entre estos valientes estaban nuestros amigos Manuel y Luis: el primero cumplía con su deber como bueno; el segundo buscaba la muerte, y por lo tanto su valor rayaba en desesperación.

Más de una vez, al verle sus compañeros acometer con furia y adelantándose de sus líneas perseguir al enemigo, se habían dicho con pena:

—Sandoval está loco; vá á buscar la muerte, y no á combatir.

Pero la muerte huye de quien la busca, pues Sandoval salió ileso, á pesar de su temerario valor por todos admirado.

El ya brigadier Qüadros, á cuyas órdenes servía, hizo mencion honrosa de su valor en el parte dirigido al capitán general, y cuando al otro día se comentaban los ras-

gos más notables de la batalla, allí donde cada hombre era un héroe, se citaba á Luis de Sandoval como modelo de valor y bizarría.

Luis, en tanto, en vez de gozar en su triunfo, despues de la victoria obtenida sobre el enemigo, se disponia á sostener una más dolorosa lucha consigo mismo.

Estrella continuaba enferma, si no de cuidado, de una manera leve y lenta que alarmaba á su hermana.

Esta habia suplicado de nuevo á Luis que pidiese á Manuel su mano, para que la seguridad de su amor devolviese la salud á la pobre niña.

Luis habia pedido un plazo.

El primero de Agosto debia dar á Blanca una contestacion decisiva, y de ahí sus dudas y temores.

Eran próximamente las seis de la tarde de ese dia de descanso para Zaragoza, pues en el órden moral como en el físico, á la tempestad sucede la calma, cuando Luis llegaba á la casa de sus primos en que seguia habitando.

Manuel no habia vuelto aún; Estrella habia pasado con Cármen, y Blanca estaba sola en el jardin.

Luis vaciló, porque la amaba aún demasiado para darle un adiós eterno; pero noble y caballero, se decidió á cumplir con su deber, y se dirigió al jardín.

Al ver á su prima se detuvo.

Esta, creyéndose sola, lloraba en silencio, y sus labios se movían como si orase entre sus lágrimas.

Ese extraño sentimiento que revela siempre la proximidad del ser amado, la hizo alzar su vista para fijarla en donde Luis inmóvil la contemplaba.

—¡Ah! dijo levantándose y secando sus lágrimas, ¡al fin has venido! ¡Gracias!

—¿Me esperabas?

—Sí; y no dudé que vendrías.

—Yo cumplo siempre lo que ofrezco; tú lo sabes Blanca.

—Lo sé y lo espero.

—Haces bien de esperarlo; he venido á decirte: Blanca, mi vida es tuya, puedes marcarle su destino, mi voluntad no se opondrá.

—¡Ah, Luis! ¡No es eso lo que yo deseo! Quiero que no sea solo mi voluntad, sino tu propio convencimiento quien te lleve ante el altar con Estrella.

—Quieres un imposible Blanca: por tu

voluntad iré, pues la mujer á quien tanto he amado tiene el derecho de disponer de mi vida; por la mia no, pues yo no puedo hacer traicion á mis sentimientos, y yo te amo.

Blanca buscó en vano fuerzas en su corazon para contestar á Luis.

La voz se ahogaba en su garganta sin vibrar en sus labios; temblaba toda, y un encendido color de rosa habia invadido sus mejillas.

El sol se ocultaba entre celajes rojizos que matizaban anchas franjas de oro; el viento, ese viento suave y ardoroso del verano, mecia los árboles dulcemente; el cielo azul y espléndido parecia sonreir con su luz al grupo de amor medio oculto entre flores.

Hay horas que inspiran por sí solas una dulce y vaga voluptuosidad.

Luis y Blanca callaban dominados por la solemne calma de aquel momento.

Al fin Luis, venciendo su emocion, tomó las manos de su prima y con acento trémulo la dijo:

—¡Blanca mia! por qué matar nuestros corazones para dar á otro corazon la vida! Yo te amo, déjame pasar la vida á tus piés, déjame ser feliz.

Blanca lo miraba extasiada.

Aquella voz que le hablaba de amor y de felicidad, era la voz tantas veces soñada por ella y esperada tanto tiempo; por uno de esos delirios tan frecuentes en el corazon que sufre y ama, habia olvidado todo lo que no era Luis, todo lo que no era su amor. Sus labios pálidos temblaban, sus ojos irradiaban una mirada de pasion suprema.

Luis la contemplaba enagenado y sin dejar sus manos que estrechaba dulcemente, cayó á sus piés y cubrió de besos aquellas pequeñas y suaves manos que temblaban en las suyas.

—Blanca, dijo, Blanca mia, dime que es mio tu corazon, como es tuya mi vida y mi alma, dime que me amas...

—Sí, dijo Blanca con la vaga expresion del que delira, yo te amo, yo moriré sin tí.

—¡Morir tú! ¡Ah no! Mi vida es tuya, te amo, te amo... y repitió mil veces esta frase que fascinaba á Blanca.

En aquel momento se oyó cerca el toque grave y sereno de una campana que despedia al dia, pidiendo á los fieles una oracion.

Blanca exhaló un ligero grito.

—¡Ah! dijo, Dios mio, lo habia olvidado!

Luis se puso de pié agitado y tembloroso.

Comprendió que Blanca despertaba de aquel sueño de un instante que lo había inundado de felicidad.

En aquel momento se oyó la voz de Manuel, y poco despues sus pasos en la arena.

—Si me amas, dijo rápidamente Blanca á Luis, no te opongas á lo que voy á hacer.

—Te lo juro, dijo Luis conmovido.

Manuel llegó un momento despues.

Traia en la mano la GACETA extraordinaria del 1.º de Agosto.

—Te felicito, mi querido Luis, dijo alegremente, por los elogios que te prodigan.

Luis estaba tan preocupado que apenas comprendió á Manuel.

—Mira lo que dice aquí, continuó disponiéndose á leer:

«...El brigadier D. Antonio de Qüadros, comandante de Santa Engracia, con sus acertadas disposiciones, apoyadas por sus valientes soldados y artilleros, acreditó de nuevo su valor y conocimientos militares, sosteniendo con sus oportunos y bien dirigidos tiros el ataque de la compañía de Guardias, que á las órdenes de su comandante D. Luis de Sandoval, hizo prodigios de valor.»

—¡Comandante!

—Te se concede un grado.

—¡Bah!

—¿No te alegras?

—De la victoria, sí...

—¿Y de tu distincion?

—Me es indiferente, aunque me halaga.

—Noto en tí hace dias algo extraño.

—Yo te diré lo que es, dijo Blanca que hasta entónces habia guardado silencio.

—¿Tú?

—Yo, sí; ¿te extraña?

—No, porque Luis para tí no tiene secretos.

—Pues bien, Luis tiene algo importante que pedirte, y vacila entre su deseo y el temor de no obtenerlo.

—Permíteme que dude de ese temor, dijo Manuel sonriendo, pues Luis conoce mi cariño: lo que no me explico es que seas tú la que te encargues de participármelo.

—Juzgarás despues, que es lo más natural.

—Veamos.

—Luis quiere, dijo Blanca dominando su emocion; primero que lo perdones por haber guardado contigo un secreto, y luégo que le concedas la mano de tu hermana.

Luis mortalmente pálido no respiraba siquiera.

—¡La mano de mi hermana la tiene concedida hace tiempo; en cuanto á su secreto.

—Es que no se trata de mí, dijo Blanca sin dejarle acabar.

—¡Cómo! ¿qué dices? ¡que no se trata de tí! ¿Pues no estaba concertado vuestro casamiento por nuestra madre, que esté en la gloria?

—Sí, pero Luis ama á Estrella y Estrella lo ama, este era el secreto: nuestra madre hubiera accedido sin dificultad á este cambio que asegura á ambos la dicha...

—¿Pero tú?

—Yo no lo amo, dijo con un supremo esfuerzo: me engañaba; además, yo no puedo ser su esposa por un voto libremente formulado por mí; voy á profesar en Santa Rosa, voy á ser esposa de Jesucristo.

—Yo no comprendo; aquí debe suceder algo, Blanca: esa resolución no es natural; yo no sabia que tú hubieses hecho ese voto.

—Lo habia hecho condicionalmente: si amo á Luis, me dije, seré su esposa; si no lo amo, la voluntad del Señor estará conocida, seré libre y me haré religiosa.

—Yo estoy completamente aturdido, os lo aseguro, dijo Manuel; no esperaba este desenlace; pero jamás contrariaré tu voluntad: haré llamar á Estrella.

—¡Oh, qué has hecho! dijo Luis al ver á Manuel alejarse.

—Cumplir con mi deber.

Manuel volvió silencioso y sombrío.

Le parecía que no eran verdad las palabras de Blanca y sufría.

Estrella llegó en breve.

—Estrella, dijo Manuel gravemente y asiéndola una mano; Luis de Sandoval te me pide por su esposa: ¿consientes tú?

Estrella lanzó un grito de alegría, y se arrojó en los brazos de su hermano.

—¡Oh, sí! dijo, yo le amo; sin él hubiera muerto!

—¡Ah! exclamó Manuel comprendiendo á estas palabras todo el misterio; ¡ahora será ella la que muera!

Y dirigiéndose á Luis le dijo con acento solemne:

—Mi hermana Estrella te concede su mano; que Dios os haga felices.

—Gracias, Manuel, dijo Luis; te juro por mi honor consagrar mi vida á su dicha.

Estrella abrazó á Blanca que parecía

que iba á espirar; tan pálida y trémula estaba.

Manuel se acercó á ella.

—He comprendido tu sacrificio, le dijo en voz baja, y sé noble mártir que das tu vida por la de tu hermana: yo no puedo impedirlo, pero no te alejes de mi lado...

—He ofrecido á Dios mi vida.

—Que él te bendiga por tu abnegacion!

## CAPITULO XXVI.

## LÁGRIMAS Y ESPERANZAS.

Cuando la persona que ha sufrido mucho halla en un libro la descripción de un gran dolor se detiene ante aquellos rasgos, siempre incompletos, pues no hay frases que demuestren la intensidad de ciertos sentimientos, y casi pudiera decirse que los reconoce, que le recuerdan sus propias sensaciones; pero el que no ha sufrido, el que lleva aún sobre los ojos la brillante venda de las primeras ilusiones, á través de la cual la vida aparece tan risueña y tan bella, siente como una especie de enojo contra el que osa levantar el velo de ficciones que le oculta tantas miserias, y deja con desden el libro en cuyas páginas halla confirmadas desconocidas amarguras, como una voz de alerta que el desengaño da á su pensamiento.

Era el 2 de Agosto, á las nueve de la

noche, cuando Estrella y Cármen sentadas en el jardín de la casa de la primera, formaban con las manos enlazadas planes de ventura para el porvenir.

Se había decidido que se casarían á un tiempo, y aunque las dos sentían vivamente perder á Blanca, que tomaría el velo también en el mismo día, preciso es decir que se ocupaban más de sí mismas que de la pobre niña que labraba á costa de la dicha de su vida, la dicha de su hermana.

Estaban en ese período de éxtasis, de alucinación, á que llama con tanta propiedad V. Hugo *el embrutecimiento de la felicidad*.

—Yo, decía Estrella siguiendo al parecer una conversacion comenzada; vestiré siempre del color que más le guste á Luis...

—Yo solo con Manuel saldré.

—Te aseguro Cármen, que me hubiera muerto si Luis no me hubiese amado!

—¡Ya! por eso la pobre Blanca te lo cede!

—¡Ella no lo amaba!

—¿Qué sabes tú?

—Sí lo sé: ella lo cede, y yo no lo cedería por nada del mundo.

—Y bien, el que Blanca sea tan buena,

que anhele tu dicha más que la suya, no quiere decir que no le ame.

—¡Oh, no! la vida no se cede; el amor de Luis es mi vida.

—Quizá es también la de Blanca, y te cede su vida y su amor.

—Además, Luis me ama á mí sola, dijo Estrella con esa atrevida presunción de la niña que tiene una completa fe en su dicha.

—¿Te lo ha dicho él?

—¿Qué más prueba de ello que haber pedido mi mano á Manuel?

—¡Es verdad! Pero no te ha dicho que te ama, insistió Cármen.

—¡Oh! exclamó con misterio Estrella; ayer, después de concederle mi hermano el derecho de esperar que seré su esposa, quedamos solos aquí: él estaba muy pálido, y casi pudiera decir que sus manos temblaban; yo sentí arder mi frente y mis mejillas, y mi corazón latía tan violentamente, que me ahogaba; no me atrevía á mirarlo, y esperaba oír su voz... así pasé algunos minutos; al fin alzé los ojos y los fijé en Luis. Su mirada fija en el suelo era abstraída y vaga, creo que el llanto brillaba en aquellos ojos, que se bajaban sin duda

para ocultarlo... Una expresion muy marcada, muy visible de dolor, alteraba su rostro. Mi alma se oprimió con no sé qué presentimiento triste, pero en aquel instante, Luis alzó los ojos, y fijó en mí su mirada dulce y amorosa.

—Estrella, dijo con voz que procuraba hacer grave; dicen que me amas mucho, ¿es eso cierto?

—Sí, le contesté yo dominada por no sé qué extraña influencia.

—Gracias, añadió, por tu franqueza; voy á pedirte una prueba de que ese amor es verdadero!

—Dí...

—Prométeme no preguntarme jamás si me ves triste, la causa de mi tristeza; yo soy un pobre enfermo del alma y del cuerpo. Tú tan hermosa, tan pura, tan enamorada, puedes curarme y entónces yo te amaré, y mi amor compensará tu sacrificio, si lo hay en la prueba que te pido.

—Te lo prometo, le dije, y tú en cambio contesta á una sola pregunta que quiero hacerte.

—Veamos.

—Esa tristeza que yo he de curar, ¿será incurable? ¿Será entónces imposible que yo alcance tu amor?

—Era una sola pregunta y me haces dos, pero las contestaré con la verdad: te amo ya.

—¡Ah! exclamé yo sorprendida.

—Sí, me dijo estrechando mi mano dulcemente; yo te quiero, Estrella, pero en mi pensamiento se agitan dos encontradas sensaciones, dos fuerzas igualmente poderosas: hay en mi corazón una lucha inmensa; deja que Dios dé la victoria á lo que ha de hacer mi felicidad.

—¡Ah! dije comprendiendo sus palabras, ¿y si vence la otra fuerza?

—No lo espero; pero si esa es la voluntad divina, siempre sabré ser un buen esposo para tí.

—Ya ves, Cármen, cómo me ha dicho palabras de amor; es verdad que está triste, que al ver á Blanca vacila y palidece; pero él es generoso, es bueno, y acaso siente una especie de temor ante la que ha sido su prometida, por haber roto los lazos que unian sus corazones...

—¡Pobre Blanca!

—¿Pero por qué no se queda á nuestro lado?

—Eso no puede ser; Manuel le ha dicho que se vaya con nosotros, pero no aceptará...

—Ese empeño de hacerse monja...

—Blanca ha nacido para el cielo, tiene hasta la forma de un ángel.

—Y dime, dijo Estrella que sin duda sufría con hablar de su hermana, ¿para cuando está acordada tu boda?

—¡Picarilla! yo podía hacerte la misma pregunta, pues son en un mismo día.

—¿Pero cuál?

—Aún no hay uno fijo: hasta que la guerra acabe...

—¡Ah! ¡Dios mio, cómo me asusta ahora la guerra!...

—Sí... sería horrible...

—¿Tienes mucho deseo de llamarte señora de Castillo?

—Tanto como tú de Sandoval; dijo Cármen riéndose.

—Yo iré muy orgullosa apoyada en su brazo, ¿y tú?

—¡Ya lo creo! en el brazo del más valiente zaragozano.

—No: el más valiente es Luis.

—Te engañas, es Manuel.

Manuel, dando el brazo á Blanca apareció en el jardín.

Al verle nuestras niñas se levantaron.

—Cármen, dijo Manuel, vengo á despe-

dirme de tí y de mis hermanas por algunas horas en que no nos veremos.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada: simplemente que entro de guardia esta noche, y como segun parece la cosa puede complicarse, por si no puedo venir mañana he querido verte ántes.

—¡Ah, Dios mio, qué miedo tengo!

—¿De qué?

—Por tí.

—Bah! no temas nada; la Vírgen nuestra patrona me salvará.

Estrella y Blanca se habian alejado cogiendo flores.

—¿Me olvidarás? preguntó Manuel.

—No, dijo ruborosa Cármen.

—¿Me quieres mucho?

—Sí, balbuceó.

—Pues adios, vida mia, tu amor es mi escudo y las balas no llegan á mí.

Y estrechando rápidamente la mano de su linda novia, se alejó sin despedirse de sus hermanas.

## CAPITULO XXVII.

### EL CUATRO DE AGOSTO.

Hemos llegado á escribir una fecha tan inmortal y gloriosa para nuestra patria, que no podemos dejar de consignar, ya que no los hechos que en este dia tuvieron lugar, un resúmen de los más grandiosos.

Dos dias hacia que los franceses bombardeaban á la ciudad con una constancia aterradora.

El dia tres el general Palafóx, comprendiendo que el enemigo se preparaba para una batalla decisiva, habia señalado á cada jefe que tenia á sus órdenes el puesto que habia de ocupar.

El aspecto de la ciudad era imponente y aterrador.

Las familias que vivian en las casas exteriores de la ciudad se refugiaban en el centro, huyendo de las bombas que caian sin interrupcion y estallaban haciendo innumerables víctimas.

Los heridos y enfermos del hospital de Nuestra Señora de Gracia, fueron trasladados á las iglesias para salvarlos del horroroso extrago que las granadas hacian en él, donde muchos infelices perecieron destrozados por la explosion de los mortíferos proyectiles.

Se construian baterías apresuradamente y todos se disponian á *vencer ó morir*, segun decia Renovales á sus paisanos.

Al amanecer el 4 de Agosto los cañones comenzaron á sonar, y su estampido formaba un imponente eco, no apagado, vibrando en el espacio que cubria á Zaragoza.

El enemigo, creyendo desalentados á los defensores, avanzó con su infantería, y al acercarse los defensores lo recibieron ocultos detrás de las nuevas baterías con un torrente de fuego que le hizo retirarse á sus atrincheramientos, dejando el campo lleno de cadáveres.

La lucha empeñada se aumentaba; de una parte el ataque era desesperado; de otra la defensa heróica, casi increíble.

Cuando las piezas destrozaban los parapetos, se rehacian inmediatamente con sacos de tierra y lana; nadie faltaba del

lugar que le habia sido señalado.

Todos sabian que se trataba de morir ó vencer. Inmóviles en sus puestos, esperaban la muerte con una dignidad tan grande y tan noble, que por sí sola hubiera impuesto respeto al enemigo.

El gobernador general, Marqués de Luzan, salió con la caballería para las inmediaciones de la puerta de Santa Engracia, desde donde daba órdenes y hacia extenderse en toda la línea la tropa y paisanos.

Los cañones sostenian el fuego, haciendo inaccesible el paso al enemigo; pero en tanto las tapias caian, las paredes se derumbaban, y muchos defensores morian entre sus escombros.

El enemigo avanzaba y tenia que retroceder dejando el campo cubierto de cadáveres.

Ni un solo jefe, ni un solo soldado dudó en sostenerse, ni vaciló siquiera, ni retrocedió un paso.

Eran los dignos descendientes de Numantinos y Saguntinos; eran los españoles que saben morir sin esclavizarse á extranjero yugo: eran esos héroes, de quienes ha dicho un malogrado poeta que saben hacer

«Frenos para sus caballos  
con los cetros extranjeros.»

Eran los dignos descendientes de los héroes de Lepanto; los bravos nietos de los que en Pavía arrancaron su espada á Francisco I; los que recordaban con gloria á los guerreros que en las Navas triunfaron con la cruz sobre la media-luna; los dignos hijos de los que habian reconquistado á España perdida por D. Rodrigo.

Dice el historiador Alcaide Ibieca, de quien tomamos muchos datos acerca de la defensa de Zaragoza en su historia del primer sitio, que en una hora, quien habia llevado 30 hombres al combate perdió 28; y de este modo la mayor parte de las fuerzas quedaba en el suelo entre muertos y heridos.

Entre los ilustres nombres que cita leemos que: «*El impertérrito comandante Don Antonio de Quiadros, daba sus órdenes con el mayor teson y acierto.*»

Séanos permitido copiar estas palabras como un recuerdo á su memoria.

Comenzó el ataque en toda la línea.

Los paisanos rivalizaban en ardor y esfuerzo con los soldados: el enemigo adelantaba, pero era contenido por el fuego de los defensores, vivo y compacto, sin descanso ni vacilacion.

Los franceses desesperados avanzaban, y redoblando sus esfuerzos arrastraron un cañon y comenzaron á hostilizar de cerca á nuestros valientes.

Sus conductores cayeron y entónces se oyó la voz del brigadier Qüadros que decia con entusiasmo:

— *Una charretera al que clave aquel cañon.* (1)

Uno de sus soldados, José Ruiz, valiente como su jefe, avanzó sin vacilar, y entre una lluvia de balas lo clavó volviendo ileso despues de tan peligrosa empresa.

La voz enérgica y firme de los jefes se oia dominando el estruendo infernal, se daban órdenes con acierto y serenidad.

El extrago aumentaba; los defensores iban quedando al descubierto, pues las tapias caian, los cadáveres se amontonaban sobre las baterías, los cañones quedaban abandonados.

Una batería habia quedado sola, y sus defensores, esparcidos á su alrededor, muertos por las balas enemigas.

Una mujer, la célebre Agustina, arranca de manos de uno de los soldados muertos

---

(1) Histórico.

la mecha aún encendida y pone fuego al cañon, deteniendo y destrozando á la columna que adelantaba, que fué barrida por el fuego.

El Marqués de Luzan al ver que habian perecido todos los artilleros, que no llegaban recursos y que las tapias por tierra dejaban á las balas cebarse entre los defensores, dispuso que los cañones fuesen retirados, y D. Antonio de Qüadros *lo ejecutó á cuerpo descubierto, reparando las brechas bajo el espantoso fuego enemigo* (1).

Entónces pareció que la destruccion se mostraba en toda su terrible grandeza en aquel cuadro de horror.

Edificios que ardian; muros que se desplomaban; cadáveres que con las armas aún asidas en la última crispacion de la agonía parecian estorbar el paso al enemigo; heridos que en vano querian levantarse á luchar y que espiraban gritando: *¡viva España!*

Troncos mutilados que se hacinaban como para resguardar á los que aún conservaban la vida; sangre por do quiera y desolacion; ayes de moribundos y voces de

---

(1) Alcaide Ibieca.

mando; el eco del cañon y el sordo estampido de las bombas que estallaban; tal era este horrible cuadro de muerte que ofrecia la ciudad.

Zaragoza resistia aún.

Los cañones retirados de la Puerta de Santa Engracia, formaron una batería en la entrada de la calle, donde Qüadros rodeado de cadáveres se sostenia con heróico esfuerzo!

Al llevar por sí mismo un saco de tierra para cubrir un cañon que esperaba disparar, una bala lo hirió en la frente, y cayó con la última piedra de la Puerta de Santa Engracia, cuando agotadas las municiones, destrozados los fusiles y muertos y heridos los defensores, en su mayor parte, el enemigo llegaba á la ciudad y penetraba en la calle del Coso.

«Su pérdida hizo una impresion extraordinaria, dice Alcaide, sobre los que cono- cian el mérito que este jefe tenia contraído.»

Qüadros murió como convenia á un héroe español, haciendo de las ruinas que regó con su sangre el monumento de su gloria!

Qüadros es una de las más grandes figu-

ras de nuestra guerra de la Independencia, de esa guerra que es la brillante epopeya admirada por propios y extraños; de esa guerra, baluarte de nuestra grandeza, donde se encierran los más gloriosos hechos de un pueblo siempre admirado, siempre temido y siempre ensalzado.

○ Séanos permitido consagrar á su memoria este recuerdo, y pedir á nuestros lectores sus oraciones para el *Héroe de Santa Engracia*, para el noble brigadier D. Antonio María de Qüadros y Alonso, mártir de su deber, de su lealtad y bizarría!...

. . . . .  
En vano querriamos continuar el relato de esas grandiosas y terribles escenas, que recordamos con legítimo orgullo.

La pluma cae de la mano sin poder condensar aquella potente lucha, en que los zaragozanos, con la energía del valor y la desesperacion, defendian palmo á palmo la ciudad, destrozando y diezmando al ejército invasor.

Su desesperada resistencia, sus heróicos esfuerzos, el teson con que se defendian y mataban en el campo, en las puertas, en las calles, y por último en las casas, aterraba á los franceses, cuyas pérdidas eran inmensas.

Todos rivalizaban en valor; todos arros-  
traban la muerte sin espanto; todos eran  
dignos españoles!

Imposible seria para nuestra débil plu-  
ma seguir el curso de los acontecimientos  
de aquel asombroso dia, ni reasumir todas  
las hazañas de aquellos que ponian por  
bandera de sus parapetos: POR FERNANDO  
VII, VENCER Ó MORIR.

Baste, pues, á nuestro orgullo de espa-  
ñoles, poder consignar que despues de al-  
gunos dias de luchas, de alarmas, de es-  
panto y desolacion, despues de no quedar  
en Zaragoza una piedra que no conservase  
las señales de las balas ó la mancha de la  
sangre, los franceses vencidos, volaron el  
monasterio de Santa Engracia, levantaron  
el campo, y entregando los prisioneros se  
dispusieron á retirarse!

Cómo expresar la alegría, el entusiasmo  
de los zaragozanos, al ver libre de enemi-  
gos su querida ciudad, y al abrazar á sus  
compañeros que creian no volver á ver!

Un libro entero necesitaríamos para bos-  
quejar á la ligera esas escenas, y renun-  
ciamos á esa gloria, de que no es digna  
nuestra pluma, enviando al pueblo que ta-  
les héroes tuvo el homenaje de nuestra  
admiracion y de nuestro respeto!

## CAPITULO XXVIII.

## LO QUE SON LAS ESPERANZAS.

Pocos dias hace que dejamos á Estrella del Castillo soñando con su futura felicidad, olvidada casi por completo de que su dicha se alzaba sobre la desgracia de su hermana, y hoy volvemos á encontrarla de muy distinto modo.

La alegría general de Zaragoza, donde se celebraba un solemne *Te Deum* en accion de gracias por la gran victoria alcanzada en el 4 de Agosto, no tenia eco en la casa de la calle de Santa Engracia, en donde tantas veces hemos penetrado con nuestros lectores.

Luis de Sandoval, comandante de guardias españolas, habia muerto en ese terrible dia, á que se ha llamado por algunos el *dia del juicio*, y su muerte habia llenado de luto á aquellos corazones que le amaban.

Las esperanzas de la vida son siempre así; se alzan sobre una base ilusoria, la base de lo posible á que da forma el deseo; y un soplo, que nunca se sabe de dónde viene, pero que llega cuando no se le espera, arrolla y dispersa aquella nube de sombras á que nuestro anhelo dió la apariencia de una gloria.

¿Qué nos queda despues?

Nada!

El vacío del pensamiento, el enfriamiento del alma.

Dichoso el corazón que al perder la esperanza se hiela para siempre!

Porque la vida cuando nada se espera, cuando el dolor ha descornado el velo del porvenir y ha demostrado la locura de un divino sueño, cuando el pensamiento se pierde en el vacío, es un doloroso calvario que se recorre sin fe, sin deseos, sin luz.

Cuando la muerte se interpone entre dos corazones, que mutuamente se sirven de apoyo en la vida, es mucho más desgraciado el que se queda llorando, que el que va á esperar en el cielo!...

Estrella no sabia sufrir.

No conocia de la vida más que las flores y los sueños; las lágrimas le eran ex-

trañas; natural era, pues, que las primeras que brotasen de su corazón la ahogaran.

¡Qué felices los que alcanzan con el primer dolor la corona de su gloria, y qué desgraciados los que encadenados á la vida van eslabonando una pena á otra pena, en su lucha con el destino!

**Estrella se moria.**

Su puro y tierno corazón no podía, no sabia resistir al primer dolor!

El espanto de ver muerto á Luis; el dolor de sentir hundirse con el soplo de la muerte el mágico edificio de sus esperanzas; el horror de la vida sin el que habia sido su luz, encendieron su sangre con una fiebre ardiente.

Su razón debilitada por tantas y tan dolorosas impresiones dulcificó su amargura velando la realidad en las sombras del delirio, especie de dicha en medio del dolor, porque olvidar es vivir.

Veamos cómo Estrella habia llegado á este estado.

El *cuatro de Agosto*, el día de *gloria y de luto* para Zaragoza, Estrella, como todos los habitantes de la ciudad, habia sentido el espanto de la situación, habia agotado ese letal veneno de la incertidumbre, tan

amargo y tan horrible cuando se trata de un sér querido.

Cuando en la tarde de aquel día, muertos los defensores en su mayor parte, abandonadas las puertas, los franceses entraron en la ciudad, Estrella y Blanca que rezaban y lloraban juntas, oyeron con espanto asegurar á los que pasaban corriendo para perseguir á los soldados franceses, que creyéndose ya dueños de la ciudad, la hacían sufrir las humillaciones de la derrota, oyeron, repetimos, que en la puerta de Santa Eufemia no habia quedado un solo defensor, que todos habian sido muertos por el plomo enemigo.

Luis estaba allí, y Estrella lo sabia.

Quedóse yerta de espanto, y Blanca, que sufría el mismo dolor que queria calmar, no sabia cómo dar esperanzas á la pobre niña en cuyos ojos sin lágrimas, se veía como fugaz llamarada una expresion de dolor y locura.

Cuando la confusion y el espanto crecieron; cuando las tropas francesas se extendieron por las calles é intentaron penetrar en las casas, en la de Castillo se refugiaron varios paisanos, para hacer fuego al enemigo, y Estrella, sin darse cuenta de

lo que hacia, salió por entre ellos, y cruzando milagrosamente las calles, llenas de soldados y paisanos que se defendian, llegó rápida y serena á la puerta de Santa Engracia.

El cuadro de horror que ántes hemos descrito, ofrecia aún su terrible grandeza.

Los cadáveres abandonados se amontonaban en espantosa confusion; la sangre encharcaba el suelo y el humo de la pólvora velaba el espacio de una espesa neblina.

Estrella con la mirada fija y atónita de la locura, con la expresion osada de la desesperacion, se adelantó hácia aquellos cadáveres, tibios aún, y buscó el de su amante.

Junto á un cañon, con una mano afianzada á la cureña como si en la agonía hubiese intentado disparar, estaba Luis con el rostro ensangrentado y la frente partida por una bala.

Sus ojos, ya sin vista, estaban abiertos, su boca se ocultaba en un velo de sangre.

Estrella se puso de rodillas y con la misma cantidad de razon que pudiera tener una sonámbula, limpió con su pañuelo la sangre que cubria el rostro de Luis, cerró sus ojos y besó su boca.

Al contacto de aquellos labios fríos, con ese frío especial de la muerte que hiela la sangre, lanzó un horrible grito, uno de esos gritos que no pueden explicarse, y que sólo se oyen en un momento supremo, y quedó inanimada junto al cadáver del valiente soldado mártir de su deber.

En aquel momento algunos soldados que venían de la puerta del Cármen llegaban á la de Santa Engracia.

El oficial que mandaba á aquel puñado de valientes oyó el grito de inmensa desesperación lanzado por Estrella y detuvo su caballo.

Vió una mujer que caía y voló á su lado.

Si en aquel terrible día y en aquel sangriento sitio se hubiera buscado un nuevo dolor, sólo en el encuentro de su hermana, loca, desesperada, abrazada al cadáver de su prometido, le hubiera hallado Manuel del Castillo.

Sin valor para aquella nueva prueba, él que había estado viendo á la muerte cerneirse sobre su cabeza sin el más leve temor, bajó del caballo y alzó á su hermana.

El traje de la desdichada niña estaba lleno de sangre.

—Estrella, la dijo, ¿qué haces aquí?

Estrella le miró fijamente como si no lo comprendiera.

—Mira, mira mi corona, dijo extendiendo sus manos como si mostrase algo, tiene sangre, ¡oh! ¡sangre! pero no es de Luis; Luis vive, yo lo sé; ¡ese no es Luis!

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! La muerte vale más que este horrible dolor!

Y alzando á su hermana que no opuso resistencia, se alejó con ella hácia la ciudad.

La pobre niña, gravemente enferma, tuvo el consuelo de no saber la verdad; en su delirio llamaba á Luis, le sonreía, y le hablaba de esperanzas.

Era su locura tan dulce y tan tranquila, como uno de esos hermosos sueños en que los niños sonrien á los ángeles.

Dios, supremo compensador de todos los males, habia extendido su mano sobre la frente de la niña enamorada, para rodear su mente de la sola dicha que ya podia gozar: el olvido.

El dia en que la encontramos, estaba en el lecho rodeada de sus hermanos, de Carmen y sus padres.

La hermosa jóven apenas era la sombra de sí misma.

La desgracia habia impreso una huella honda y dolorosa en su hermosa frente.

Era la tarde.

Una luz vaga y débil bañaba la alcoba de Estrella de una incierta claridad.

Todos guardaban un profundo silencio.

Solo se oia la respiracion entrecortada y fatigosa de la niña enferma, y el eco del viento entre los árboles del jardin.

Débil, como aquel eco de la brisa, se oia de vez en cuando una frase incoherente que Estrella murmuraba:

—¡Blanca! dijo de pronto con voz clara y vibrante, ven!

Blanca se aproximó al lecho.

Imposible es decir cómo revelaba en su aspecto un sufrimiento inmenso.

Sus mejillas tenian ese tinte amarillento que da tanta tristeza á un dulce semblante; sus ojos se habian hundido, y un círculo oscuro les rodeaba.

Blanca parecia un cadáver galvanizado, pero su razon permanecia serena, y aunque sufria, como solo puede comprender el que ha sentido estos dolores, la sostenia su enérgica y poderosa voluntad.

Se ven con frecuencia esos extraños efectos; el débil se fortalece en el dolor, el

fuerte se abate, bien así como el cristal resiste el fuego que le da consistencia y el oro se derrite con él.

—¿Qué quieres? la dijo con ternura asiendo su mano.

—Quiero que me perdones el haberte robado el amor de Luis.

Blanca besó su frente en silencio.

—Tú lo amas, continuó Estrella, y por mí renuncias á su amor, por mí entras en el convento... pues bien, el mundo está lleno de sangre y de cadáveres, entre ellos está Luis, pero no está muerto, no, yo lo veo, me llama, su boca está fría, está helada! y su sangre, ¡ah! su sangre en todas partes; mira, mira mi corona como se llena de sangre... Allí está Luis, la sangre le cubre el rostro: ¡ah Dios mio, qué horror!

Y la pobre niña lanzó un grito, tapándose la cara con las manos.

—Tranquilízate por Dios, hija mia, dijo Blanca que lloraba.

—¿Lloras? preguntó Estrella; dichosa tú que sabes llorar; yo solo sé reir.

Y una risa que parecia una crispacion de la agonía, dilataba los labios de Estrella.

—¡Manuel! gritó; ¿estás ahí?

—Sí, dijo éste llegando junto al lecho.

—¿Y Luis?

Todos guardaron silencio.

—¡Ah! ya lo sé; exclamó Estrella; ha ido á esperarme á la gloria y me llama á su lado.

El doctor hacia algunos momentos que de pié y con la cabeza descubierta asistia sin ser visto á esta triste escena.

Llegó con paso solemne junto al lecho.

—¡Ah! exclamó Manuel; doctor, sálvela Vd. por Dios!

—Yo no puedo dar la vida á un cadáver, dijo el doctor señalando con pena á Estrella, que agitando las manos con desesperado afan, abria los ojos y movia los labios en la convulsion de la agonía.

—Que Dios te bendiga, dijo Blanca extendiendo su mano sobre la frente de su hermana espirante; ángel puro, que vas á reunirte con nuestra santa madre: pide á Dios que me lleve pronto á tu lado!

Un grito de dolor resonó como un gemido unánime, exhalado por todos los que rodeaban el lecho.

Estrella acababa de morir.

## CAPITULO XXIX.

## LOS COLORES DE LA VIDA.

Ha pasado un mes desde la muerte de Estrella; y el tiempo, ese gigante que todo lo aplasta bajo su inevitable peso, ese nivelador de los sentimientos del corazón, ha ido convirtiendo en una suave tristeza el dolor desesperado de los primeros momentos.

Ha dicho, no sabemos quién, que la vida es una armonía compuesta de ecos de risa y de ecos de llanto: llorar y reír: hé ahí sus eternas fases: ¿cuál es más dichoso, el que llora ó el que reí? Hé ahí lo que nadie sabe. Dios se reserva la solución del gergolífico de la vida; sólo nos dice como esperanza:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

No temamos, pues, al llanto que purifica al alma; desgraciado del que no sabe llorar.

Los que lloran aman, pues el amor es

una ternura inmensa, que como el dolor, necesita expansiones; los que no lloran suelen odiar, porque el odio es el lujo de un corazón seco.

Amemos, pues, á los que tienen lágrimas para las penas; ellos nos comprenderán y nos prestarán consuelo.....

En el día en que reanudamos esta historia, tenían lugar dos ceremonias muy diferentes; pero ambas tiernas y consoladoras; ambas sublimes, en la heroica ciudad de Zaragoza.

En el templo del Pilar, ante el altar de la preciosísima imagen de esta advocacion, se unian en matrimonio el gallardo capitán de voluntarios de Aragon D. Manuel del Castillo y la linda señorita Carmen Valcárcel, siendo los padres de ésta los padrinos.

Aunque la boda ofrecia cierta tristeza por el luto que Manuel vestia, el semblante de los desposados, y más visiblemente el de la hermosa novia respiraba alegría y felicidad.

Miraba el porvenir tras el blanco velo que envolvía su frente; y el color blanco es en la vida el que forma fantásticos dibujos en el invisible fondo del cuadro del destino.

El color blanco, es la esperanza que toma una forma, la ilusion que halaga, el deseo que se realiza.

¡Dichoso el que puede ver el porvenir á traves de ese puro color que todo lo ilumina!

Cármén era feliz; es verdad que habia sentido profundamente á Estrella; mas... hay siempre algo de egoismo en el fondo de toda felicidad.

Como un sueño, pues el casarse siempre parece un sueño, habia sentido unir su mano á la de Manuel, habia oido no sabia qué palabras que le aseguraban para siempre su amor, y era feliz; tan feliz, que hasta ignoraba que lo fuese, porque la felicidad grande como el dolor intenso, dominan al pensamiento, envolviéndolo en una extraña fascinacion, como en una impalpable sombra, y hasta en esto hemos de admirar la sabiduría suprema del autor de la vida, pues el dolor ó el placer, *comprendidos* en su explosion ¡matarian!

Cuando unidos ya para siempre salieron de la Metrópoli, se dirigieron á la iglesia de Santa Rosa donde otra ceremonia, no ménos solemne, pero más triste, iba á tener lugar.

Por las calles circulaba una alegre multitud, que se enorgullecía con las pruebas de admiración y afecto que de todas partes se ofrecían á la noble ciudad, y algunos de ellos cantaban aquel cantar tan expresivo:

La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa;  
que quiere ser capitana  
de la tropa Aragonesa.

Cármén se conmovió vivamente al escucharles; recordaba cuando con Estrella había ido al campo de batalla, y los dolorosos sucesos que habían sobrevenido.

Llegaron á Santa Rosa.

Blanca del Castillo, tomaba el velo con el nombre de Sor Olvido de los Dolores.

La iglesia, convenientemente arreglada para la triste ceremonia, presentaba un aspecto imponente y sombrío.

Una concurrencia numerosa acudía á presenciar el acto, y cuando la bella novicia apareció, un prolongado murmullo de admiración y lástima resonó en el templo.

Acaso nuestra jóven no lo oyó.

Su pensamiento se alejaba ya del mundo para volar hácia Dios.

Su espíritu, como una luz que flotase sobre la humana sombra, no se detenía en lo terrenal, y buscaba lo divino.

Blanca, llamémosla así por la última vez, veía ya la vida á través del negro velo que habia ceñido á su frente, y este color no refracta nada del exterior, todo se apaga en él.

Así como el blanco dilata ante nuestros ojos divinos horizontes, el negro los apaga en su sombra.

Esos son los dos colores de la vida.

¡Dichoso el que ve siempre á través del blanco velo de la felicidad dibujarse los accidentes de su destino, como un brillante cuadro que ofrece en su último día á las plantas de su Dios!

¡Triste el que por entre el negro velo de sus dolores contempla una oscura sombra, más densa que la noche, pues no brillan en ella ni luz ni astros!

¿Pero quién afirmaría que son los más tristes los corazones que sufren?

¿Quién sabe si al alzarse el velo de misterios de la vida la luz celeste inundará á los corazones que lloran en la tierra?...

No olvidemos que Dios nos dice:

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, POR QUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS.

FIN.



# ÍNDICE.



	<u>PÁG.</u>
DEDICATORIA . . . . .	3
CAPÍTULO I.—El herido . . . . .	5
II.—La sangre española . . . . .	15
III.—Blanca. . . . .	26
IV.—Mision difícil . . . . .	35
V.—Una flor trasplantada . . . . .	41
VI.—Amor y delirio. . . . .	52
VII.—Astucia y valor. . . . .	62
VIII.—Ardides de guerra. . . . .	71
IX.—Travesuras de Angel. . . . .	76
X.—Candidez de Valentin . . . . .	82
XI.—Dos amores. . . . .	88
XII.—Algo de Historia . . . . .	98
XIII.—Una buena noticia . . . . .	104
XIV.—Otra enferma . . . . .	110
XV.—Explicaciones . . . . .	119
XVI.—Nuevas desgracias . . . . .	126
XVII.—Padre y amante . . . . .	141
XVIII.—Cuadro de guerra. . . . .	151
XIX.—Suicidio moral. . . . .	163
XX.—Entre dos corazones. . . . .	171
XXI.—Heridas del alma . . . . .	182
XXII.—Niña y mujer , . . . .	191
XXIII.—La vuelta al hogar . . . . .	199
XXIV.—Las dos hermanas. . . . .	207
XXV.—Despues de una victoria . . . . .	214
XXVI.—Lágrimas y esperanzas. . . . .	225
XXVII.—El 4 de Agosto. . . . .	232
XXVIII.—Lo que son las esperanzas. . . . .	241
XXIX.—Los colores de la vida . . . . .	251

# INDICE

Pág.	
3	INDICATORIA
5	Capítulo I.—El período
15	II.—La sagrada española
26	III.—Blasas
35	IV.—Misión difícil
41	V.—Una tor castellana
53	VI.—Amor y delirio
62	VII.—Asuncion y valor
71	VIII.—Ardeles de guerra
76	IX.—Travesuras de Angel
82	X.—Candides de Valentin
88	XI.—Dos amores
98	XII.—Algo de Historia
104	XIII.—Una poeta nautica
110	XIV.—Ora enferma
119	XV.—Expiaciones
126	XVI.—Nuevas desgracias
141	XVII.—Patria y exilio
151	XVIII.—Quinto de guerra
163	XIX.—Ratichio moral
171	XX.—Furo de corazon
182	XXI.—Liricas del alma
191	XXII.—Niña y mujer
199	XXIII.—La vuelta al hogar
207	XXIV.—Las dos hermanas
214	XXV.—Después de una victoria
225	XXVI.—Lágrimas y esperanzas
232	XXVII.—El 4 de Agosto
241	XXVIII.—Lo que son las españolas
251	XXIX.—Las colpas de la vida



## OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

---

### POESÍAS.

- El héroe de Santa Engracia* (Poema histórico.)  
*Guirnalda de pensamientos* (Poesías líricas.)  
*Recuerdos de un ángel* (Elegías.)  
*El mayor castigo* (Leyenda dramática.)

### ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

- La catedral de Sevilla.* | *El alcázar de Sevilla.*

### ESTUDIOS HERÁLDICOS.

- La nobleza española.*

### NOVELAS.

- |   |   |
|---|---|
| <i>El testamento de un filósofo, primer volumen de la Biblioteca, 8 rs.</i> | <i>El capricho de un lord, dos volúmenes, 7.º y 8.º, 16 rs.</i> |
| <i>Las almas gemelas, segundo volumen, 8 rs.</i>                            | <i>Blanca, un tomo, volumen 9.º 8 rs.</i>                       |
| <i>La Botella Azul, tercer volumen, 8 rs.</i>                               | <i>La muerta y la viva, tres volúmenes, 10, 11 y 12, 24 rs.</i> |
| <i>Romances y poesías, cuarto volumen, 8 rs.</i>                            | <i>El secreto de un crimen.</i>                                 |
| <i>Cadenas del corazón, quinto volumen, 8 rs.</i>                           | <i>Las apariencias.</i>   |
| <i>El odio de una mujer, sexto volumen, 8 rs.</i>                           | <i>Desde Cádiz á la Habana.</i>                                 |
|   | <i>Dos minutos.</i>   |
|   | <i>Fragmentos de un álbum.</i>                                  |
|   | <i>La sierra de Córdoba.</i>                                    |

## CÁDIZ.

---

Revista de artes, letras y ciencias, ilustrada con grabados y redactada por los primeros escritores españoles y americanos.—Se ha publicado los días 10, 20 y 30 de cada mes, bajo la dirección de su propietaria Patrocinio de Biedma. Hay coleccionados cuatro tomos, correspondientes á otros tantos años de su publicación.—Se halla de venta la colección de cada año al precio de 25 pesetas.—Número suelto una peseta.